

Jamás
olvidaré
tu nombre

JAMÁS OLVIDARÉ TU NOMBRE

©Alcaldía de Medellín
Secretaría de Gobierno
Compromiso de toda la ciudadanía

Sergio Fajardo Valderrama
Alcalde de Medellín

Alonso Salazar Jaramillo
Secretario de Gobierno de Medellín

Primera edición: Medellín, Mayo de 2006

Realización: Concepto Visual Comunicaciones

Compilación y edición: Patricia Nieto
Asistentes de edición: Alexandra Catalina Vásquez Guzmán
Lina María Martínez Mejía

Diseño y diagramación: Lina Pérez
Ilustración: Helly Jhoana Blandón Uribe

Impresión: L Vieco e hijas

Impreso y hecho en Colombia.

Prohibida la reproducción total o parcial, con cualquier propósito o cualquier medio, sin la autorización escrita de la Secretaría de Gobierno.

Contenido

1.	Prólogo	
	Patricia Nieto	
2.	Historia de mi accidente	13
	John Ferney Giraldo Giraldo	
3.	Dos muertes que marcaron mi vida	21
	Elizabeth Pérez	
4.	Tres sucesos amargos	31
	Amanda Uribe	
5.	Un papá fusilado	45
	Mariela Ocampo	
6.	Mi diario	53
	Leady Jhoana Reyes	
7.	Urabá manchada de sangre	61
	Yeraldín Zapata Osorno	
8.	Historia de un cocalero	67
	Cristian Yoleimar Cardona Flórez	
9.	La Guerra	73
	Lesmin Yuliana Pérez Gómez	
10.	Crueldad	79
	Blanca Danelis Holguín Pérez	

11.	Muerte presentida Luz Marina Álvarez	85
12.	Mataron a mis hijitos María Edilma Flórez Álvarez	97
13.	El Día Helly Johana Blandón Uribe	111
14.	La primera muerte que yo vi Víctor Hugo Guarín	117
15.	El poder, el hambre y el hampa Ana Chalarca	123
16.	A Uramita, no Rubiela Giraldo Bedoya	133
17.	Mujer con ilusión Luz Amparo Vásquez Flórez	153
18.	Historias de conflicto Cristina Guzmán Pérez Yuri Guzmán Pérez	167
19.	Los Barrenderos Marlin Yuliana Benítez Mosquera	183
20.	Mi amigo Mello Jesús Eduvier Correa Echavarría	189
21.	Navidad y terror Dioselina Pérez	195

Perdonar, pero no olvidar

Durante muchos años, centenares de personas en este país han guardado un silencio total sobre las tragedias que han dejado en ellas los guerreros. A sus padecimientos se suman el miedo y el mutismo y una indiferencia de un amplio grupo de la sociedad. Durante años las víctimas han sido cifras estadísticas sin rostros y sin historia sumidas en la desesperanza y en el olvido.

Para la administración municipal de la ciudad de Medellín escuchar las historias de las víctimas, conocer sus sufrimientos y sobre todo darle un lugar a sus verdades es un requisito indispensable para los futuros procesos de reconciliación. Como sociedad no podremos liberarnos de las dolorosas cargas del pasado sin antes mirarlas en detalle, hablar de ellas y transformarlas; sin propiciar una gran reflexión que nos dignifique a todos.

Construir con los relatos de hombres y mujeres – que han experimentado en carne propia los desmanes de la guerra– la verdad histórica, debe ser un propósito de toda la sociedad colombiana. Es una responsa-

bilidad de todos rechazar las humillaciones, las vejaciones, las violaciones a las que han sido sometidas miles de personas durante décadas, para que poco a poco vamos superando lo que ha sido una vergüenza nacional. Es necesario aclarar los aciagos hechos relacionados con nuestro conflicto interno armado.

Los invitamos a escuchar, con el respeto que se merecen, las voces de estas personas, que se tienen que convertir en un eco nacional, para que los esfuerzos de muchos por construir una convivencia pacífica se hagan realidad.



Alonso Salazar Jaramillo
Secretario de Gobierno de Medellín

Prólogo

Jamás olvidaré tu nombre es una confesión, un lamento y un canto. Veinte voces, reunidas por las circunstancias comunes de habitar en Medellín, vivir con los dolores que les ha dejado el conflicto armado y sentir la escritura como bálsamo reparador y recurso en contra del olvido, se escuchan en las páginas que siguen.

Hace siete meses sólo existía el silencio. Nosotros, los periodistas detrás de esta obra, vagábamos por los barrios en busca de escritores naturales capaces de contar la historia que los convirtió en víctimas de la guerra. Ellos -ignorantes de nuestras pretensiones- asistían a sus rutinas de amas de casa, estudiantes, abuelas, cocineras, vendedores, artesanos, pacientes de hospital, líderes de cuadra. Nos presentábamos en parroquias, grupos juveniles, asociaciones de la tercera edad, grupos de oración, colegios, talleres de atención psicológica, jornadas barriales de integración, y desde el público, ellos nos escuchaban. Luego el deseo de jugar con las palabras los acompañaba a casa.

Lentamente llegaron los primeros escritores. Cuatro meses tardamos en reunir a cuarenta personas dispuestas a entregar su historia con la voz, los gestos, los dibujos y las palabras. Lo primero fue sin

duda una confesión que requería del reconocimiento. Mirarse al espejo para descubrir cuerpo y alma, dejar que la voz vagara por un aula donde oídos afinados eran los receptores y deslizar el lápiz sobre el papel en busca de una voz personal que permitiera contar con autenticidad, fueron los ritos de iniciación en un oficio que requiere tanto de buena pluma como de conciencia de la existencia.

Un poco después aparecieron las lágrimas. Sabíamos que llegarían pero no dónde ni cuándo. Las primeras, según sabemos, acudieron en la soledad de la escritura. Las mujeres, sobre todo las mujeres, contaron cómo el llanto las atacaba cuando en casa, dispuestas como escritoras sobre las mesas de sus cocinas, sentían un puño atrapado en la garganta que se transformaba en lágrimas y suavizaba el viaje del lápiz sobre el papel. Las segundas, llegaron en las comunidades de escritores que se formaron según las vecindades. Las salitas de casas pequeñas, levantadas en asentamientos o construidas sobre vías principales, sirvieron de teatro. A leer las historias se reunían los escritores. A leerlas, a interrogarlas, a completarlas como si se tratará de uno de los históricos círculos literarios donde recibían la bendición los noveles talentos. Allí hubo llanto, lágrimas cruzadas, abrazos y entonces la tertulia se iba a escudriñar otros rincones de la intimidad vedados, por ahora, para los lectores.

Así, de pensar y sentir, nació el canto que hemos compuesto con el deseo de que muchos oídos lo aprecien y de que otras voces se le unan. Lo aprecien por reconocer la veracidad de las historias mínimas que dan cuerpo a la tragedia nacional; y se le unan, por-

que relatar el dolor particular es condición necesaria para construir el relato de la colombianidad.

Cuando usted doble esta página escuchará un canto. Y se irá tras él porque las voces primero seducen y luego, atrapan. Y aún cuando deje atrás el punto final, seguirá tarareándolo porque para entonces ya será una melodía esencial a su pensamiento.

Patricia Nieto

seguir adelante con mi sueño que
 es se asesor de sistema y
 lo voy a lograr con mi
 esfuerzo y no pienso quedarme
 atrás voy es adelante y no
 para atrás ningún paso atrás
 todos acia el frente no me
 podo echar para atrás yo alcan
 sare mi sueño y tengo la
 ilusión que lo voy a lograr más
 adelante.



Historia de mi accidente

John Ferney Giraldo Giraldo

Nosotros vivíamos en la finca La Quiebra Río Verde de los Montes, del municipio de Sonsón. La sola finca conformaba la vereda que lleva el mismo nombre. Nuestros vecinos eran mi hermano y mis abuelos. Entre todos teníamos por lo menos trescientas sesenta hectáreas de tierra. Allí vivíamos todos: abuelos, tíos, padres, sobrinos, hijos, nietos, primos. Todos de apellido Giraldo porque era costumbre casarse entre primos. Sólo en mi familia, formada por Pablo Emilio Giraldo Giraldo y Consuelo Giraldo Agudelo, éramos doce hijos Giraldo Giraldo.

La finca tenía partes planas y otras tan empinadas que si uno se caía iba a dar de una al río Verde o al río Caunsales. La finca era como en forma de triángulo, una cuchilla larga que caía a donde se encontraban estos ríos. Hacía mucho calor por eso no se podía sembrar papa o repollo que son productos de tierra fría. Por allá pegaba el mango, el zapote, la mandarina, la naranja dulce, el tomate de aliño, la yuca que era tan grande que de una sola mata podíamos sacar cinco arrobas, el plátano, el bananito bocadillo, la cebolla de rama, el maíz, el frijol y la coca que algunos cultivaban.

Toda la cuchilla era bosque nativo y en las partes más pendientes también permanecía el bosque natural. Nosotros subíamos con toda la familia; llevábamos cinco gallinas para hacer un buen sancocho. Desde arriba veíamos el paisaje: meras montañas.

La familia mía tenía una casa: dieciocho metros de largo y seis de frente. Era toda encerrada en madera y el piso también era de una madera amarilla. Además de los corredores, tenía una sala, cinco piezas y una cocina. Con tres rollos de manguera llevábamos el agua desde una quebradita hasta la casa.

Teníamos dos perros, Pinto y Flaco, un gato sin nombre y una mula a la que llamábamos Paloma porque era blanquita, blanquita. También había piscos que, a veces, servían para navidad. Otros, se quedaban para cría.

El 26 de mayo de 2004 llegó un grupo armado, llamado las FARC, y le dijo a mi papá que nos saliéramos, que si no, no respondían. A él lo sacaron de la casa diciéndole que tenía que subir donde el comandante. Horas después regresó con la noticia de que teníamos que irnos. En ese momento todos lloramos. Los que no lo hacían, simplemente, bajaban la cabeza. La orden era para todos los habitantes de la vereda y sus vecinos.

Esa era la primera vez que las FARC llegaban a esa zona. Querían apropiarse de todo el terreno. No teníamos más remedio que obedecer. Ya mi papá y mi mamá decidieron salir hasta Argelia con la idea de trabajar en otras fincas mientras los problemas se solucionaban y podíamos volver a la casa.

A la mañana siguiente nos fuimos a recoger y arreglar unos productos que estaban listos para vender. Mientras los hombres estaban en el campo, las mujeres empacaron lo más necesario: de a dos mudas de ropa, tres cobijas, un plato que acompañó a mi mamá como treinta años, un pavo para comer en el camino y otras cositas de mercado.

Dos días después salimos de la casa a las seis de la mañana. Ese día cuando nos levantamos ya la casa estaba rodeada por gente armada. Entonces mi papá organizó tan rápido la salida que ni siquiera pudimos desayunar. Esa mañana salimos veintiocho personas, seis mulas, y el Flaco que era muy apegado a mí.

Ya habíamos caminado tres horas cuando paramos a desayunar. Comimos migas de yuca revueltas con huevo y pedazos de gallina y pescado, tomamos agua de panela con leche. Todo eso lo habían cargado las mulas en ollas y en una caneca. También llevaban mercado para preparar el almuerzo en el camino.

Toda la gente siguió el camino. Yo le dije a mi mamá que quería quedarme tirando baño en la quebrada llamada La Clara. Me quedé con un hermanito mío y dos primos. Mientras chapuceábamos y nos tirábamos desde unas peñas altas, el Flaco intentó atravesar el charco pero una corriente muy fuerte lo arrastró.

Por ahí a la media hora nos salimos del agua, nos secamos, nos vestimos. Ellos salieron adelante. Yo era el último. Con ganas de alcanzarlos, me metí por una trochita que sale al camino principal. Cuando llegué al cruce ya ellos habían pasado. Ya mermé el paso y más adelante paré porque iba cansado. Yo llevaba un

canasto lleno de gallinas. Cuando di el paso para seguir, explotó la mina. Por ahí ya habían pasado todos los de mi familia y las mulas.

Yo caí en el hueco de la mina. Tenía mucha tierra encima y hasta metida en los oídos, entonces con el poncho me sacudí. Yo pensé que eso debía ser una mina. Del hueco logré salir en cuclillas, intenté pararme pero el cuerpo me pudo. Me caí. Me miré el pie izquierdo y ya estaba todo vuelto trizas. Yo vi que no tenía nada qué hacer. Me senté y me limpié bien el pie con el poncho. Me tumbé la tierra que tenía revuelta con la sangre. Yo no tuve nada que hacer y me puse a gritar. Y gritaba. Hasta que un primo se devolvió y me dijo: “¿Qué pasa?” Le dije que me había aporreado una mina *quiebrapatas* y él le dijo a mi papá lo que me había ocurrido.

Mi papá les dijo a los hombres más grandes que lo acompañaran. Eran las once de la mañana cuando ellos bajaron a donde yo caí. Estaba sentado y con las dos manos me tenía el pie. Uno de ellos me cogió de las piernas y otros dos, de los brazos. Me subieron para donde estaba toda mi familia. Ya todos se pusieron a llorar pero yo no sentía dolor.

Estábamos en medio del monte. No había casas. Ni carreteras cerca. A mi papá le dijeron que si no me sacaba ese mismo día, yo me moría. Ellos se asustaron más y no hallaban como hacer una camilla. Entonces yo le dije a mi papá que desbaratara camisas para que unidas sirvieran para sacarme.

En ese momento llegaron unas personas del ELN. Ellos, de una, me saludaron y le dijeron al enfermero

de ellos que viera qué podía hacer para prevenir una infección. Ellos me lavaron las heridas con suero, me pusieron gasas y dos tarros de suero. Además, una de mis hermanitas rezó la oración de estancar la sangre.

Después de caminar dos horas llegamos a un guadual. De allí sacaron las guaduas, las partieron para hacer esterillas, cortaron los palos, los amarraron con bejucos. Fabricaron la camilla con una sábana, me acostaron y me taparon con una cobija. De allí seguimos y como a una hora y media llegamos a una vereda que se llama Palestina. Allá paramos y ellos, los que me cargaban, tomaron agua con panela. Yo no tenía ganas de nada.

Ya el resto de la familia quedó atrás. Yo seguí con cuatro hombres que me cargaban y una hermanita: dos primos, un cuñado y mi papá. Por todo el camino ellos me hablaban. Me preguntaban que si me dolía, si estaba mejor. Yo por ratos dormía. Cuando despertaba trataba de sentarme pero de una me lastimaba y tenía que tirarme otra vez. Ya llegamos a la vereda el Piponcho. Allí nadie habitaba. Sólo unos milicianos de las FARC cuidaban unos cultivos de coca. Les pedimos permiso para que nos dejaran amanecer en uno de esos ranchitos abandonados. Ellos dijeron que sí pero que no tenían comida. Mi papá les dijo que nosotros traíamos mercado para hacer de comer.

Después de comer arroz y huevo, ellos se acostaron. Yo me quedé en la camilla muy desalentado. Después en toda la noche empezaron a pasar las ratas. Cada que me pisaban el pie yo sentía un dolor horrible. Gritaba. Despertaba a todo el mundo. Hasta que

por fin amaneció. A las cinco de la mañana cogimos el camino.

De ahí en adelante empecé a encontrar amigos de la vereda Caunsaes. Ya ellos me acabaron de sacar al pueblo. Al propio pueblo llegamos a la una de la tarde. Me atendieron en Argelia, yo todavía sabía dónde estaba. Sentí que me rajaron el pantalón y hasta ahí me di cuenta de lo que estaban haciendo conmigo. Ya perdí la conciencia. Yo no sabía que me iban a cortar el pie.

Ya el martes primero de junio desperté en un hospital y mi hermanita, la que estaba trabajando en Rio-negro, estaba conmigo. Le pregunté que dónde estaba y me dijo: “Te tengo una sorpresa”. Ella sabía que yo tenía muchas ganas de conocer a Medellín. “Estás donde estabas muerto de ganas por venir”, me dijo. Yo sentí alegría y también le pregunté: “¿Por qué mi pie no está?” Ella me dijo: “Esta sí es una noticia mala. Tú perdiste el pie”. Yo me asusté pero ella me dijo que tenía que ser fuerte. Yo no tuve más que tranquilizarme.

Ya iban pasando los días y llévenme a cirugías y cirugías y yo me iba recuperando. Me fui haciendo muy amigo de los doctores y ya se me volvieron más cortos los días.

Estuve quince días más y ellos me dijeron: “Ya vas a salir de este hospital y nosotros, los doctores, te vamos a extrañar mucho. Cuando vengas a visitarnos nosotros te damos los pasajes”. Ya salí y estuve dos meses en recuperación. A los dos meses me pusieron la prótesis y, a los quince días, me fui para Argelia caminando con una muleta.

Ya iba un mes de caminar con mi prótesis pero yo llegaba a la casa con una heridas horribles en esa cicatriz. Yo decía que tenía que ser fuerte para poder manejar esa prótesis como un profesional. Ya andaba yo sin cojear y así estoy estudiando y no me afecta nada. Es más, yo juego fútbol y así paso mis días felices, y seré feliz para toda mi vida y quiero seguir adelante.

John Ferney

Es capaz de hablar durante horas como Consuelo, su mamá. De ella heredó el gusto por la palabra que acompaña a los demás. A veces, John Ferney ordena las frases para contar cómo fue que una mañana, una mina anti-personal casi lo mata; o para especular sobre el futuro del Atlético Nacional, el equipo que lo motiva a vestirse de verde los domingos. Ferney dice, escribe y repite que es feliz y que siempre lo será porque tiene una voluntad más grande que la tragedia de toda su familia. Recorre las calles de Medellín como si fuera un viejo ciudadano y tiene claro que si su futuro está en esta ciudad, su nostalgia por el campo le arde cada día más.

Yo Elizabeth me siento de una manera muy rara; porque? el 8 de febrero nací mi primera nieta y me sentí muy feliz era como llenar la tristeza que me invade el alma, en el hogar, soy transparente, Tranquila. Pero a veces mal genio da me mantengo muy ocupada para no seguir llenando mi corazón de lágrimas y tristeza, hoy 4 de Marzo del 2006 me siento aburrida, agotada y con el auto estimo por el suelo, a veces quiero tirar la toalla y no saber nada del mundo y dejarme morir de tristeza y dolor y soledad. me siento joven a pesar de mis 41 años de vida, pero siempre me he sentido una mujer físicamente fea pero con un corazón grande. Llegue a este taller y me doy cuenta que escribiendo se des cargan las penas y se alivia el alma.

Dos muertes que marcaron mi vida Elizabeth Pérez

Un 9 de diciembre a las cuatro de la tarde salí a limpiar la parafina que dejaron las velitas que habíamos prendido la noche anterior, el día de la virgen. A los niños los mandé a la tienda a comprar unas cositas y yo me agaché a raspar la esperma con un cuchillo. En esas escuché unos tiros. Miré para el camino y vi a tres muchachos y uno de ellos estaba arrodillado matando a otro. El que disparaba se apoyaba en el piso y por ahí mismo corría el chorrito de sangre del otro, del que se estaba muriendo. Eso fue ahí, al pie de mi casa.

Yo no sé si fue por el miedo que yo no fui capaz de entrarme para la casa, no era capaz, me quedé pasmada, temblando, agachada. En esas llegó ese hombre todo horroroso, que era el demonio, y me puso el revólver en la cabeza. Me apuntó a la cabeza y el otro muchacho le gritaba: "No vas a matar a esa señora, nos metemos en la grande, no la vas a matar". Yo digo que el que gritaba fue como un angelito para mí. El otro hombre me cogía de las manos, me sacudía para que lo mirara, como para él conocerme, me hacía levantar la cabeza y yo ahí mismo la agachaba. Recuerdo que tenía una cicatriz muy fea en la cara. Yo no

era capaz de nada, no gritaba, yo era muda. El tipo me tiró para adentro de la casa y no se cómo cerré la puerta. Me dejó untada de sangre. Yo me puse para enloquecerme. Desde adentro yo escuché que le pegó otros dos tiros al muchacho y se fueron.

Mientras los asesinos iban, los niños míos venían y yo era como loca pensando que les iban a hacer algo. Al momento tocaron y era una vecina mía. Yo a ella la he querido mucho, yo estaba como loca y ella ahí, ayudándome. Era la primera vez que yo veía matar a alguien así. En esa llegaron los niños, que por casualidad escogieron otro caminito, y al ver esa sangre y a ese muchacho en el piso creyeron que la muerta era yo. Lo mataron en toda la entrada de la casa. Entonces empezaron a gritar porque me creyeron muerta y después porque me veían como loca.

Llamaron al papá de mis hijos. Él fue y nos llevó para Itagüí por unos días. Nos quedamos con él hasta que llegó el momento de que los niños entraran a la escuela y yo regresé a la casita. Yo me sentía bien porque estaba tomando unas pastillas y porque me decían que por el barrio todo estaba en calma.

Un día, recién llegados, llegó a mi casa el muchacho que me salvó de la muerte y me dijo: “Señora es mejor que se vaya. El hombre ese la está esperando para matarla, él se mantiene metido en el cafetal vigilándola. Yo le aconsejo que se vaya”. La casa mía quedaba cerca de un sembrado de café y de otro de guamas, la casa quedaba como tapadita, escondida.

Yo lo escuché pero decidí quedarme. Yo no había hecho nada malo y esa era una casita prefabricada

que compré por cuotas y levanté en un lote que mi suegra le dio al papá de mis hijos. Una semana después volvió el muchacho: “Señora, la van a matar. Hoy es el día que la van a matar. Váyase”. Yo lo miré y seguí diciendo que yo de mi casa no me iba.

Como a las seis de la tarde me entró un susto y de repente dije: “Yo me voy”. En esas llegaron una vecina y una cuñada a ayudarme a salir. Ellas vieron a unos hombres en el cafetal pero no me contaron. Yo insistía en arreglar a los niños, empacar la ropa y algunas cosas necesarias, y ellas me acosaban para que saliera así como estaba y rápido. De un momento a otro sentí una punzada y me resolví. Salí con los niños, cogí un taxi y llegué donde el papá de los muchachos.

Ya estaba en Itagüí cuando la vecina y mi cuñada llamaron a contar que seis tipos habían llegado a la casa, cogido la puerta a patadas y a bala toda la casita. Ellas lloraban por ese teléfono y me decían que no volviera, que esos tipos me mandaban a decir que no volviera porque me mataban con todo el que llegara.

A la semana siguiente ya estaban los señores esos apoderados de mi casa. Hicieron un hueco por detrás, se metieron y se apoderaron de todo. Eso fue en 1998. Todo empezó el 15 de enero de 1998.

Los que me amenazaron y me sacaron de la casa se llamaban Milicias 6 y 7 de Noviembre. Después vino una tregua de paz, entregaron las armas y quedaron llamándose Bloque Metro de las Autodefensas; o sea que ya llamándose Metro, siguieron viviendo en mi casa. Después vino otra desmovilización y pasaron a llamarse Bloque Cacique Nutibara. En todo este tiem-

po mi casa fue convertida en lo peor. Allá violaban, escondían armas, llevaban gente amarrada. Mi casa quedaba en un punto clave porque por allá nunca llegaba la Policía, era escondida.

Una vez estaba yo donde mi mamá, que vive en Caicedo, y en el colectivo pasó el tipo de la cara cicatrizada. Él me reconoció y empezó a hacerme señas desde la ventanilla. Señas como de matarme. Yo me llené de miedo y empecé a rodar con mis niños, dormía aquí y allá. Trabajábamos en la plaza mayorista; unos niños, con el papá en un puesto que él tenía; y los otros, conmigo recogiendo cartones y desbaratando guacales para vender. Con eso comíamos y logré conseguir por lo menos colchones porque quedamos durmiendo sobre costales. Yo no podía pagar los arriendos, ni los servicios, ni el gas. El agua me la regalaba la vecina del segundo piso que me dejó tirar una manguera desde la casa de ella hasta la mía. Esa señora fue otro angelito en mi vida.

Llegó un momento en el que yo no podía más, el papá de mis hijos no cumplía con la cuota de alimentación y yo no lograba conseguir lo necesario. Entonces mi papá me dijo que volviera a Caicedo que las cosas estaban mucho mejor. Yo volví al barrio en agosto de 2001 con la ilusión de que me devolvieran la casa. Todavía se llamaban Bloque Metro y estaban en todo ese sector. En La Sierra, donde quedaba mi casa en el sector de Tierra Adentro, estaban ellos.

Llegué al barrio, a Caicedo, y era verdad que todo estaba distinto. Encontré colegio para las niñas, a los hombres no pude entrarlos por falta de plata. Se vivía

un ambiente muy diferente al que me tocó antes. Entonces me animé a preguntar por mi casa. Las vecinas me dijeron que allá seguían viviendo esos hombres. No los mismos porque si mataban a uno entraba otro. O sea que ellos, como grupo, tenían ahí una sede, pero ya no estaban los que me quitaron la casita a mí. Yo tenía la ilusión de recuperar mi casa.

El 5 de mayo de 2002 se murió mi papá a las doce y media de la noche. A la una y media se prendió Caicedo. La funeraria había acabado de salir con mi papá cuando mataron a dos muchachos, entonces se prendió La Sierra. Volvió otra vez el miedo, ese infierno, el temor de ver salir a mis muchachos en la madrugada para la plaza a trabajar. Entonces, resolví llevar a mis hijos para el barrio El Limonar, para la casa de una hermana mía. En esas, se prendió la guerra entre El Limonar 1 y El Limonar 2 e invitaron a mis hijos a coger las armas. Como ellos no quisieron meterse a esos grupos, los jefes aseguraron que los iban a matar, entonces me tocó llevarlos de nuevo para Caicedo. Ya se mantenían entre Itagüí y Caicedo.

A mi hijo lo mataron en la tarde del lunes 3 de noviembre de 2002, día festivo. Él había llegado a la casa para que yo lo cuidara porque se sentía muy enfermo. En esos días ellos estaban donde el papá, pero él no se esmeraba ni por darle una pastilla. Él llegó ese lunes festivo. Me entregó la plata para el gas, ese muchacho era pendiente de todo lo que me hacía falta, y me dijo: “Ay mamá, yo a usted la quiero tanto”. Yo le respondí: “Yo también hijo”. El entró a la casa, se cambió y cuando salió se oyó la explosión de unos pertardos

como a cuatro cuerdas de la casa. De todas maneras él salió y se puso a jugar con los primos.

Yo estaba sentada en la acera de mi casa con un vecino de mi abuelita, mi abuela y mis hermanas. En esas, la pelota con que estaban jugando nos cayó a nosotros, casi le dan a mi abuelita, entonces yo les quité el balón. Mandé a la niña a llevar unas cosas a la casa y mi hijo se fue con ella a traernos unos cigarrillos.

Cuando prendimos los cigarrillos se sintió una explosión tan horrible que yo cerré los ojos y me tapé los oídos, cuando en esas escuché: “¡Ave María Purísima!” Y también escuché: “*Ay amá*”. Eso fue todo. Cuando abrí los ojos, vi que el niño se desplomaba, como a hacer una vuelta canela. Yo cerré los ojos un instante y dije: “Me lo mataron”. Cuando miré yo estaba sola, ya no había nadie. Entonces empecé a gritar que me lo habían matado. Yo lo recogí y lo acomodé. No le dejé encorvado, lo acomodé y empecé a sacarle esas bocanadas de sangre. Cuando lo miré fijamente, él tenía la mirada perdida, fija. Yo vi que él ya estaba muerto.

Entonces los muchachos del Cacique amenazaron a un señor para que nos llevara a la Unidad Intermedia de Salud. El médico nos dijo que ya estaba muerto. Yo ya sabía. Como al cuarto de hora de estar ahí, entraron con mi abuela. Yo dije: “¿También la mataron?” Y una amiga me respondió que no, que estaba herida.

Me fui para la casa y cuando me iba a bajar del carro esa balacera tan horrible y los policías en Tres Esquinas tomando tinto y fumando cigarrillos y eso arriba prendido. Yo les grité: “¡Perros!” Yo tenía mucha rabia. A mi hijo lo habían matado y ellos ahí des-

cansando. Eso eran balas zumbando la cosa más fea. Logré llegar a la casa de mi mamá y encontré a una de las muchachas bregando a lavar esa sangre.

Por la noche fue la fiscal, con el niño ahí en el carro, para hacer la reconstrucción. Como yo estaba fumando, ella pensó que la mamá del muchacho era la abuela y me dijo que la entretuviera mientras bajaban al niño para hacer la reconstrucción. Yo me enojé muchísimo y le dije: “¿Cómo así, es que el niño está ahí?” Y me dijo: “Sí. Ahí viene y lo vamos a bajar para hacer las fotos”. Ellos querían ponerlo en la misma posición para saber cómo le dieron las balas. Yo le dije que no; y ella, que eso era parte del trabajo; y yo, que a mí no me importaba, que yo era la mamá y que no autorizaba una cosa de esas, que si Dios me había dado el valor para recogerlo y llevarlo al hospital, no me lo iba a dar para ver una escena de esas. Entonces, uno de los que venía con ella, me dijo que seguro el niño estaba disparando. Y le dije yo: “Si, y el arma se la dio usted”.

Ellos hicieron unas indagaciones con los vecinos y después la fiscal me dijo que hiciera las vueltas con la Red de Solidaridad. Entonces, el ayudante de ella dijo: “¿Y dónde está la bala que lo mató?”. Entonces, una prima mía le dijo: “La bala quedó metida en una de las piernas de mi abuelita”.

Se estaban enfrentando el Bloque Metro, de La Sierra, y el Cacique Nutibara, de Villa Lilyam. Esa guerra duró del 5 de mayo de 2002 hasta el 3 de diciembre del mismo año, unos siete u ocho meses. Ese 3 de diciembre mataron a un señor que salía con su esposa y sus hijos. Como en La Sierra hay varias entradas, los

muchachos armados salían por esas trochitas a dar bala. Ese día salieron y se encontraron con la familia. Al señor lo mataron y la esposa quedó muy, muy herida. Tres días después empezó el proceso de paz. Ya habían hecho mucho daño, no sabemos qué pasó en el fondo, pero empezó el proceso.

Después del proceso de paz vino la desmovilización. Ahí fue cuando quedaron llamándose Cacique Nutibara. El Bloque Metro desapareció y quedaron en uno solo, y así, ya como uno solo, se desmovilizaron. Ya desmovilizados siguieron viviendo en mi casa. Allá dejaron una cuenta de servicios como de un millón de pesos, se robaron la línea del teléfono, sacaron todos los cables que tenía la casa, se llevaron la caja de los fusibles, todo se lo llevaron, hasta arrancaron el inodoro.

Terminando el año 2004 subí y hablé con una muchacha que era la jefa. Yo me enteré que estaban devolviendo las casas, me arriesgué y subí con una vecina. La jefa me dijo: “Venga, vamos a hablar con el muchacho que está allá”. Él pidió quince días de espera. A los quince días volví y nada. Pasaron varios meses y el muchacho no entregaba la casa. Entonces volví donde la que los mandaba allá. El impacto que me llevé fue increíble porque la muchacha fue, con un arma muy grande, y le dijo al hombre: “*hijuetantas*, salís ya o te mato”. El muchacho agachó la cabeza, entró a la casa, sacó el colchón y salió y cerró. Me dijo: “Yo le entrego la casa pero usted aquí no vuelve”. Él nunca entregó las llaves.

Para poder entrar dimos la vuelta y metimos a un niño por el hueco. Él nos abrió la puerta y entramos.

Ahí fue donde yo vi la casa totalmente destruida. Desde ese día yo no volví por allá. A veces les pregunto a las vecinas pero tienen miedo. Estamos en una paz donde hay muertos, y no son muertes de muerte natural, son muertos con armas, entonces yo entiendo que a todos nos da miedo.

Elizabeth

Dice que escribiendo se descargan las penas y se alivia el alma. Y también sabe que juntar palabras para expresar el dolor por la muerte de un hijo duele, arde y hace llorar otra vez. Elizabeth escribe, llora y descansa. Para eso sirve escribir, asegura.

Vive en la misma casa donde vio caer a su hijo hace unos años. Dice adorarla porque allí siente la paz, la alegría, la protección y la compañía de su hijo, un muchacho que se fue cuando apenas dejaba de ser niño. Cuando está triste - que suele ser a menudo- piensa en sus dos hijas y ellas -sus imágenes, sus perfumes, sus risas- le dan aliento para buscar la vitalidad que necesita.

Tres sucesos amargos

Amanda Uribe

TRES

SUCESOS

AMARGOS

ESTE LIBRO NARRA LA HISTORIA DE UNA FAMILIA HUMILDE, LLENA DE SUEÑOS E ILUSIONES MUY UNIDA Y FELIZ CON MUCHOS E INCALCULABLES VALORES HUMANOS, RESPETO Y AMOR POR DIOS.

VIVIAMOS EN UN PUEBLO Y TENIAMOS UNA CASA ACOGEDORA, BONITA Y ALEGRE CON ALGUNOS ANIALES Y ARBOLES FRUTALES. EL HOGAR ESTABA CONFORMADO POR OCHO PERSONAS QUE ERAMOS. MI COMPAÑERO, CUATRO HIJOS, DOS SOBRINOS Y YO.

EN MI CORAZÓN HABÍA REGOCIJO, ESTABA INUNDADO DE ALEGRÍA PUES HASTA ESE ENTONCES TENÍA CONMIGO TODOS MIS HIJOS. PARA UNA MUJER ERA UN SUEÑO MARAVILLOSO TENER TODOS SUS HIJOS VIVOS, SI LA VIOLENCIA LA FUERTE NOS RONDABA A TODO MOMENTO PUES LOS PARANILITARES ERAN LOS QUE GOBERNABAN EL PUEBLO ELLOS ERAN LA AUTORIDAD, Y HATABAN TAN SOLO

Este libro narra la historia de una familia humilde, llena de sueños e ilusiones; una familia muy unida y feliz, con muchos e incalculables valores humanos, respeto y amor por Dios.

Vivíamos en un pueblo no muy bonito pero sí muy alegre y hospitalario por algunas personas. La fuente de trabajo allá es la minería. Por tal motivo los habitantes gozan de una buena solvencia económica, y teníamos una casa acogedora, bonita, alegre: cuatro alcobas, comedor, cocina, sala, patio grande en la parte de adelante y un solar con una puerta grande de hierro. En el solar tenía gallinas, patos, unas aves llamadas cocoas, un loro al que llamábamos Roberto. También teníamos una mascota particular que queríamos y admirábamos mucho, se trataba de un armadillo al que le pusimos el nombre de Chuchín.

En total lo teníamos todo para ser felices. Las puertas y las ventanas de la casa eran metálicas. El color de la casa era morado-lila. ¡Me encantaba el color de la casa! Tenía comedor de madera, unas poltronas de colores mandarina y gris, las camas de madera, un tocador hermoso... Todo eso lo tuve que dejar. Después me enteré de que algunas cosas las saquearon y a otras las dañaron los bichos.

Perder todo esto me dolió mucho, no porque yo sea apegada a lo material sino por los recuerdos que me traen, pues todas estas cosas llenaban mi vida. Mis hijos me decían que nuestra casa era muy linda. También teníamos un jardín de hortensias, dalias, auroras, cartuchos, aguacates, naranjos y limones. Era una casa finca en el pueblo.

El hogar estaba conformado por ocho personas que éramos mi compañero, cuatro hijos, dos sobrinos y yo. En mi corazón había regocijo, estaba inundado de alegría pues hasta ese entonces tenía a todos mis hijos. Para una mamá es un sueño maravilloso tener a todos sus hijos vivos.

La violencia y la muerte sí nos rondaban en todo momento, pues los paramilitares eran los que gobernaban el pueblo, ellos eran la autoridad y mataban sólo para hacerse notar e infundir el pánico y el terror a todos los habitantes del pueblo.

Mis hijos eran unos muchachos alegres, sanos y trabajadores. Mi hijo mayor tenía veinticuatro años, estudió hasta el grado noveno, le gustaba el baile, el vallenato. Tomaba licor en ocasiones muy especiales. Eran un muchacho respetuoso con todas las personas, sus amigos lo apreciaban mucho; su muerte fue un duro golpe para todos ellos.

Mi hijo mayor me decía Amandutis por cariño. El comentaba que no se iba a andar para evitarme un sufrimiento, que si yo faltaba entonces se iba a recorrer. Pero no nos imaginamos que él sí se iba para siempre, que no iba a regresar jamás.

Las lágrimas asoman a mis ojos. No es fácil para mí traer todos estos recuerdos. Yo pienso y presiento

que nunca voy a superar todo esto que me ha pasado. Yo sé que el tiempo ha sido muy generoso y una buena medicina para mis penas, que me ha amortiguado un poco el dolor, pero nada más.

Mi segunda hija, llamada Érika Adriana, tiene treinta años. Terminó su bachillerato y se graduó como auxiliar de enfermería. Ella es alta, rubia, delgada, extrovertida. Le gusta mucho bailar y es demasiado amable. Esta hija me ha dado dos preciosas nietas.

Mi tercera hija, con nombre Liliana Andrea, tiene veintiocho años. Ella no pudo estudiar porque desde pequeña sufre de sus ojos. Liliana es todo lo contrario de la hermana, de contextura gruesa mas no gorda, seria, de pocas palabras, de pocos amigos y no le gustan las rumbas. También ella me ha regalado una preciosa nieta.

Mi cuarto hijo, su nombre es Jean Jahader, tiene veintiséis años, es serio, trabajador, de pocos amigos, no le gusta el baile y le fascina escuchar música. Terminó su bachillerato, prestó el servicio militar y hoy trabaja en una empresa de vigilancia privada. Mi hijo también me dio una preciosa nieta.

Las niñas son todo para mí.

Mi sobrina, Jenny Marcela, tiene diecinueve años, terminó su bachillerato y ahora estudia sistemas en el Sena; es delgada, de bonito cuerpo, muy seria y le fascina el fútbol. Juan Carlos, mi otro sobrino, es un mucho sano, le gusta estudiar, tiene diecisiete años y es amante del fútbol y de la bicicleta. Ellos me tratan bien, como si yo fuera su mamá. Antes de desplazarnos para Medellín hablé con ellos. Les pregunté si

querían quedarse con los padres de ellos -yo quería evitarles que vinieran a rodar y a sufrir- y me respondieron que se venían conmigo, que donde yo llegara, ellos estarían siempre a mi lado. En estos momentos estamos todos juntos, yo veo en esos muchachos muchas cosas buenas, muchos deseos de salir adelante y mucha gratitud.

Un día, estando todavía en el pueblo, el jefe de los *paracos* dijo que ese monito le caía muy mal. Cuando oí esos rumores mi corazón se hinchó de dolor y mi alma se llenó de amargura, mis ojos se volvieron un mar de lágrimas que salían de lo más profundo de mi alma. Ya no tenía tranquilidad ni para dormir. Mi vida era una constante zozobra y agonía pensando que ya me iban a matar a mi hijo mayor, El Mono, como le decían sus amigos. Mis presentimientos se hicieron realidad a los pocos días.

Una fatídica y amarga mañana tocaron a la puerta de mi casa. Era un grupo de hombres armados y encapuchados. Lo que sentí no se los puedo describir porque no tengo palabras para hacerlo. Llegaron diciendo: "Abran la puerta o la tumbamos". Una de mis hijas, sintiendo un miedo terrible, se vio obligada a abrir la puerta. Ella sabía que si no lo hacía la derribaban. Ingresaron rápidamente, se dirigieron a los cuartos y a todos nos encañonaron, que no hiciéramos ningún movimiento porque nos mataban.

El jefe de esos impíos, desalmados, asesinos, se dirigió al cuarto de mi hijo que aún dormía y que no se había enterado de lo que estaba sucediendo en nuestra casa. En esos momentos, el jefe paramilitar

le dijo: "Levántese hombre y salgamos que tenemos que conversar".

Mi otro hijo, el menor que dormía en el mismo cuarto, nos contó que Alex, así se llamaba mi hijo, le contestó: "Tranquilo Hernando, no hay problema". Alex se puso una pantaloneta, una camisilla, tenis y una gorra que no le podía faltar. Y salieron del cuarto. Al pasar por la sala estábamos todos pasmados del pánico. Mi hijo, al pasar por delante de nosotros, nos miró con una mirada de angustia, con esa mirada nos quiso decir muchas cosas. Para nosotros era imposible hacer algo para salvarlo.

Viendo lo que estaba sucediendo con mi hijo y pensando lo peor, que lo llevaban para matarlo, hubo llanto de parte de todos los que estábamos presentes. Yo, en especial, no podía contener mi llanto. Llegó a mi casa la angustia, la desesperación, la impotencia al ver que no podíamos hacer nada. Ya habían salido de la casa y mi hija les preguntó: "¿Para dónde lo llevan?" Y uno de esos desalmados contestó: "Él ya viene". Todos sentimos un poco de alivio y nuestros corazones se llenaron de esperanzas. En esos momentos me acordé de Dios, empecé a pedirle por la vida de mi hijo Alex. Pero Dios no me escuchó o no me quiso escuchar o será que Dios no tiene nada que ver con las cosas malas de este mundo.

Mi dolor se incrementó más y más al escuchar dos disparos como a dos cuadras de la casa. Mi reacción fue inmediata. Recuerdo que yo pegué un grito desgarrador cargado de dolor de mi corazón. Me decía que habían matado a mi Alex.

Todos nos encontrábamos como clavados en el piso. Ninguno pronunciaba palabra. Al momento llega un vecino y nos dice: “Mataron a Alex”. Todos salieron corriendo menos yo, no creía lo que escuchaba ni lo que estaba pasando. Sentí un impulso que me obligó a asomarme a la puerta. Lo que vi me dejó espantada de terror y de una infinita tristeza al ver a Alex, mi hijo, muerto.

Fueron escenas desgarradoras.

Hubo llanto y gritos de dolor que me arrancaban el alma.

De eso hace algunos años ya pero para mí el tiempo no ha pasado; estas escenas se mantienen presentes todos los días y en cada momento de mi vida. Son sucesos imborrables para una madre. Yo tengo un concepto muy claro de la vida y es que la vida es muy personal, muy de uno, es algo muy propio para que un desalmado se la quite así como si nada, como se la quitaron a mi hijo que era una persona joven, llena de salud, con muchas ilusiones y con muchos deseos de vivir.

Para mí llenar estas líneas con mi historia no es fácil pues es volver al pasado, a revivir todo aquello que queremos olvidar. Pero olvidar no es fácil cuando fuimos tan brutalmente golpeados.

Las horas que siguieron fueron de espera. A mi hijo se lo llevaron para la morgue. Mientras familiares y vecinos arreglaban su tumba yo me encerré en mí misma, no quería ver a nadie ni que me hablaran. Quería estar sola, me encerré en un cuarto, salí cuando llegaron con el féretro de mi hijo. Me acerqué para

verlo. Esos fueron momentos impactantes e impresionantes para mí. Mis ojos eran un mar de lágrimas, yo no daba crédito, lo que estaba viendo era un sueño, yo me repetía una y otra vez: “Esto no me puede estar pasando a mí. ¿Por qué a mi hijo, por qué a mí?”

Mi hijo Alex era un muchacho alto, delgado, varonil, de muy buena presencia, de buen gusto para vestirse. Le gustaba que yo le preparara la comida...

Ahora en mí hay una tristeza inmensa.

La noche transcurría en un ir y venir de la familia, vecinos y amigos. Amaneció un día triste, nublado, con llovizna. Así transcurrieron las horas, sin lluvia. Cuando se acercó la hora del entierro la gente se aglomeró en mi casa. Me sacaron de mi cuarto para que despidiera a mi hijo. En su tumba le hice una promesa y le dije: “Alex, siempre te llevaré en mi mente y en mi corazón, siempre, siempre; viviré para recordarte”.

Estoy escribiendo y también llorando.

Le pedí mucho valor a Dios para hacerlo. Lo despedí para ese viaje sin regreso. Fue muy duro para mí. Llegamos a la iglesia. El señor cura dio inicio a la misa, una ceremonia muy linda. Salimos de la iglesia e iniciamos el recorrido hasta el cementerio. Se escuchaban gemidos y llantos. Yo sentía morirme, por mi mente pasaban miles de ideas y una de ellas era poder soportar el dolor que embargaba mi corazón y mi alma.

Había mucha romería, no vi casi nada. A mí me sacaron rápido, me montaron en un carro y al rato yo ya estaba en mi casa, con un vacío, pues faltaba mi hijo Alex. Estaba en compañía de mis hijos, mis sobrinos,

mi compañero Luis y algunos familiares y amigos. Me dirigí a mi cama y me quedé profundamente dormida. Dormí horas y horas seguidas. No supe cuántas.

Los días siguieron monótonos, sin aliciente para mí. No quería nada. Me gustaba estar sola. De pronto llegó a nuestras vidas una alegría inmensa como un bálsamo a nuestros corazones. Ocurrió un acontecimiento maravilloso: nació Manuela, mi primera nieta, tres días después de haber enterrado a mi Alex. Esta niña trajo alivio a mis penas. Era una preciosa niña. Estábamos muy contentos con la llegada de la bebé.

Habían pasado apenas quince días de la muerte de Alex cuando decidimos desplazarnos para Medellín. Esta decisión fue muy dura para todos nosotros, en especial para mí que ya dejaba un hijo en el cementerio y una casa donde tuve a uno de ellos, donde los vi crecer a todos, donde pasamos ratos tan felices. También abandonaba una mamá, unos hermanos y muchos otros seres queridos.

Vendí enseres como unas sillas mecedoras, cosas de cocina, el tapete de la sala. Lo más duro para mí fue ver cómo mis hijos sufrían en silencio con todo esto. Ellos no me decían nada para no lastimarme. Ellos eran testigos de mi sufrimiento, yo también veía como sufrían porque para ellos era dejar su casa, la casa donde vivieron toda su niñez y parte de su adolescencia. Sus amigos les ayudaban a empacar sus pertenencias con tristeza y en ocasiones con llanto. Ellos me decían que les parecía un sueño dejar la casa, dejar todo con lo que vivíamos tan a gusto. Por fin terminamos de empacar la ropa, las cobijas, algunas ollas

y un poquito de loza. Los animales, los vendí; al único animal que trajimos fue a un perro pequeño de nombre Lenon, él nos acompañó mucho tiempo.

Nadie nos despidió. Los familiares, los vecinos y los amigos no tuvieron valor para decirnos adiós. Yo pienso que fue mejor así porque las despedidas son muy deprimentes y tristes.

Contratamos un camión que nos cobró trescientos mil pesos. El día de la partida yo no podía contener el llanto. Dentro de mí tenía miles de preguntas: dónde íbamos a vivir, en qué íbamos a trabajar, de qué íbamos a vivir en la ciudad. Salimos a las nueve de la mañana del pueblo y llegamos a las dos de la mañana en medio de la lluvia. Nos estaban esperando unos amigos para llevarnos a su casa. No se imaginan cómo me sentía yo en una casa ajena, cuando yo lo había tenido todo. Ese fue un cambio muy brusco para todos.

Alquilamos una casita y a los pocos días nos fuimos muy agradecidos con nuestros amigos. Yo empecé a trabajar con ventas. Mi hijo menor y mi compañero consiguieron trabajo como ayudantes de construcción. Así se nos compuso un poco la situación económica.

Ya llevábamos tres meses en esta ciudad tan dura y diferente a un pueblo cuando un buen día me dice una señora que ella vendía un ranchito en una comuna, que lo vendía barato. Le comenté a mi compañero y a mis hijos. Todos nos ilusionamos con la idea de tener una casita propia en esta ciudad así fuera en una comuna. Nos animamos y fuimos varios a verlo. Lo que vimos nos dejó sin palabras: un rancho parado en un hueco, en la parte baja de una calle, tapado por la ma-

leza; sin servicios, ni agua siquiera. Lo primero que les dije fue: “Esto no es para que vivan personas, y menos nosotros que estábamos acostumbrados a las comodidades”. Pero teníamos que pellizcarnos y aceptar que nuestras vidas habían cambiado y que si no aprovechábamos ese ranchito los ahorros se nos iban a acabar. Lo pensamos mucho y al final se lo compramos.

A los pocos días llamaron del pueblo para decirnos que alguien estaba interesado en comprarnos la casa. Viajé hasta allá para hablar y la persona me ofreció poco dinero, ni la mitad de lo que valía. Como los *paracos* estaban adueñándose de las casas abandonadas, entonces opté por venderla, así fuera por menos precio. Me dolió mucho ver como las personas se aprovechan de la situación del que sufre. Vender la casa me dio una infinita tristeza. Por varios días estuve con una depresión enorme.

Regresé para Medellín y empezamos a hacerle mejoras al ranchito. Construimos dos piezas, echamos el piso y conectamos la energía, el resto del dinero se nos acabó supliendo miles de necesidades.

Pero eso no fue todo. Dos años después de haber hecho los arreglos, la parte de adelante de la casa se deslizó. Estábamos llenos de pánico por el peligro en el que nos encontrábamos y sin tener para donde irnos. A ese derrumbe le hicimos un relleno de costales llenos de tierra para evitar que se siguiera cayendo, pues no teníamos con que hacerle un muro de contención.

A finales de 2005 tuvimos otro percance, otro problema similar. Cayó otro derrumbe, está vez por la parte de atrás, debido a las constantes lluvias. Se

nos vino parte de la calle que pasa por detrás y cayó encima de la cocina, del baño y del lavadero.

Para mí y para mi familia no se acaban los sufrimientos y tristezas porque vivimos en constante peligro pues el talud amenaza con derrumbarse de nuevo. Yo he tocado varias puertas pidiendo ayuda pero todo ha sido en vano; vienen varios funcionarios, miran el desastre y se van, no más. Como ellos no conocen el dolor ajeno no entienden que yo estoy aquí con mi familia en medio del peligro sin saber qué hacer; estoy desesperada, no sé dónde pedir ayuda. Yo le pido a Dios que nos proteja de todo mal y peligro, ya que nuestro rancho desgraciadamente está en terreno de alto riesgo. En este ranchito estamos desde hace ya ocho años y cinco meses. En esta casita hemos vivido ratos alegres más no felices porque la felicidad nunca va a volver a nuestras vidas.

Cuando llegamos a este barrio había una guerra tenaz, tenebrosa. Los de Villa Lilyam, donde vivimos, con los de arriba, La Sierra, como se llama ese barrio. De día y de noche se escuchaban petardos, tiros de carabina y explosiones de granadas. Cuando empezaban esos enfrentamientos nos protegíamos por debajo de las camas. Gracias a Dios esta guerra ya terminó, claro que no del todo porque ahora hay una guerra silenciosa. Esto es muy preocupante.

Un buen día tuve la agradable sorpresa de ver a mi hermano llegar del pueblo. En poco tiempo se colocó en la construcción. Pasó un año y medio. Una tarde llegó del trabajo y me dijo que la obra se había acabado y no tendría más empleo. Pasaron dos meses

y un día llega mi hermano y me dice: “Me ofrecieron trabajo en una finca en Amalfi ganando quinientos mil pesos mensuales libres de pasajes y comida”. Yo le pregunté: “¿Con quién te vas?” Y me dijo que con un muchacho conocido de por aquí y que él mismo lo iba a llevar. Esto me lo dijo un sábado y al domingo a las doce del día llega y me dice: “Me voy”. Yo le respondo: “¿Tan rápido?” Y él me dijo que sí, que ya lo estaban esperando. “Chao, cuando cumpla un mes la llamo”, me dijo.

Pasó un mes y medio y yo esperando la llamada. Los días pasaban y yo empecé a preocuparme seriamente. Una noche llegó mi sobrino y me dijo: “*Amá*, hablé con el que se llevó a mi tío -era un día del amor y la amistad, habíamos pasado muy sabroso con juegos y comida- y dice que lo mataron por allá en Amalfi”. Me dolió mucho esa noticia. Yo tenía la esperanza de verlo de nuevo. Me impactó demasiado. Lloré mucho, era mi hermano, un ser querido para mí.

Una tarde vi a aquel muchacho y me fui a su encuentro: “Joven, hágame un favor, yo necesito saber que pasó con mi hermano, él tiene una familia, todos estamos muy preocupados, no me interesa saber quiénes lo mataron ni por qué, sólo dígame dónde lo mataron, dónde está su cuerpo, dónde lo tiraron”.

Las lágrimas asoman a mis ojos.

El hombre me respondió: “Mire madre, cuando a ese *man* se lo llevaron empezó a hacer cosas mal hechas con otro *mancito*, me enteré que los buscaban para darles, mejor dicho yo creo que ya les dieron”.

Todos estos sucesos y acontecimientos son duros

para mí. Bueno, creo que les estoy dando finalización a estas historias que me marcaron para siempre. En esta historia encontraron realidades humanas: la muerte, la tristeza, la soledad.

Yo elevo una plegaria para que estas guerras terminen. Con estas historias yo les abro mi corazón y espero que comprendan mi dolor.

Amanda

Escribir significó para ella llorar. Con sólo tomar el lápiz y abrir su libreta para reconstruir los sucesos que han marcado su vida, las lágrimas aparecían como fieles compañeras. ¿Qué hiciera Amanda sin ellas? Las necesita para limpiar sus ojos, para aceitar su corazón, para venerar a un hijo que el conflicto armado le quitó, sin haber entrado él en batallas.

Escribió a pulso sus páginas, con la certeza de traer las palabras justas para expresar cómo duele el corazón herido de una madre que, ante el acontecimiento que le cambió la vida, fue capaz de dejar su fabulosa casa pueblerina y empezar una nueva vida en un rancho escondido entre un matorral.

yo María/la Glorifera
Vivo en el Barrio Santo Domingo. Sabe
tengo 60 años me considero ser una
mujer responsable y le gusta
trabajar pero no me siento conforme
tal como soy porque me alumbra tanto
mi imagen de como heva.

tengo muchos problemas en mi casa y
muchos bellos problemas y muy
difícil de solucionar pero así me toca
yo soy delgada y bajita de pelo corto
ojos de cara delgada nariz recta, el tripeña
tengo siete hijos y doce nietos
mi vida foren fue dura por fin me
cobida y me alíen trabajar mucho
me castigaban severa y injustamente
a pesar de que soy una persona responsable
y malgenida no quisiera ser así
deseo mucho conocer a Dios para
poder salir adelante

Un papá fusilado

Mariela Ocampo

Los milicianos se entraron el domingo 22 de julio de 2001, como a las diez de la mañana. Ya habían hecho ir a los de La 29, ya los habían sacado. Los mataban, los cogía la ley, los sacaban escondidos entre las maletas de los carros, ellos se iban muertos de miedo. Los muchachos de La 29 alcanzaron a salir el sábado y al domingo se entraron los otros. Les mandaron a decir que si los encontraban aquí, los tiraban al piso. Entonces se abrieron.

Ellos llegaron aquí a la casa como a las cuatro. Yo me imagino que ya entraban a matarlo porque venían con el chisme en la cabeza, y muy cerquita, en un altico, estaban por ahí veinte mirando para acá. Le hablaron muy maluco y le preguntaron muchas cosas: -¿Entonces qué, usted es muy colaborador de esos pirobos que hay aquí?

-No. ¿Yo con qué iba a colaborar, yo no tengo plata, yo no tengo ni con que darle alimento a mis hijos. No ve que yo soy cojo y no puedo estar en esos ajetreos?

-No lo niegue viejo que ya nos contaron todo. Usted ha hecho muy mal al tener relación con esos gatos.

En esas apareció el hijo mayor, que es mío con el primer marido, y uno de ellos le preguntó:

-Oiga negro, ¿Usted es hijo de este señor?

-No, yo no soy hijo de él. Soy hijastro.

- Lástima usted ser hijastro de este señor, lástima.

Ellos venían como a matarlo, pero aquí había mucha gente. Estaban mis yernos, las hijas mayores y unas amigas de ellas, los niños... Entonces ellos miraban y miraban. Se fueron. Pero de más arriba se devolvieron dos. Yo pensé que lo iban a matar. Ellos lo llamaron.

- Vea *cucho*, no se vaya a ir, no se vaya del barrio que a nosotros nos contaron unos chismes pero nosotros no vinimos a matar a nadie. Quédese tranquilo, relájese.

Entonces el hijo mío le dijo que era mejor que se fuera porque apenas lo vieran por ahí tranquilo lo mataban. Él no se quiso ir, decía que él no había hecho nada para tenerse que ir de su barrio y de su casa.

El marido mío charlaba mucho con el combo que estaba primero. Se trataban por sobrenombres, se salía para la esquina a charlar con ellos pero no les colaboraba. Ellos se metían en una curvita y después en una casa que estaba abandonada. Entonces, desde arriba se veía como si ellos se metieran a mi casa. Decían que se metían a mi casa y era mentira. Se metían a esa de los vecinos a dar plomo para el otro lado.

Mientras ellos hablaban yo intervine y les dije:

-Más les he ayudado yo que les presto las ollas para hacer sancochos, yo les doy agua...

Ellos me miraban muy feo.

De todas maneras él se quedó tranquilo con lo que ellos le dijeron. Pero como una hija mía charlaba con uno de La 29, ya más miedo nos dio. A ese muchacho lo sacaron vestido de mujer. Salió con los labios pinta-

dos, con una pañoleta, le pusieron senos, le pusieron un niño en los brazos y él salió en un taxi como si fuera una abuelita.

Esa tarde llovió mucho. La gente me decía que sacara a esa muchacha porque seguro la iban a matar. Entonces yo salí con ella. Subimos hasta la terminal y allá estaba todo ese combo. Porfirio quería ir a llevarla, pero con esa visita que tuvimos yo le dije: "No, usted se queda aquí". Y me fui con la muchacha. Apenas la monté al taxi, uno de esos negros me miró muy fijo y movió la cabeza como queriendo decir algo.

Arrancamos falda abajo, yo iba con el niño, y él me dijo: "Ay... mamita, ese negro viene detrás de nosotros con otros dos". A mí me dio tanto miedo. Nosotros nos fuimos por la carretera vieja y ellos detrás. Entonces yo le dije al niño: "Corramos". Yo más abajo me quité los zapatos porque no era capaz de correr. El piso estaba muy liso, todo empantanado y los zapatos se me salían. Entonces corrí a pie limpio. Logramos perdernos después de unas curvas y nos metimos por momenticos en unos escampaderos. Al rato llegamos a la casa, yo llegué rendida, asfixiada, nerviosa y al niño lo traje casi arrastrando. Yo temblando, nos quedamos con la luz apagada, y yo helada. No dormí un minuto.

Al otro día, por ahí como a las cinco de la tarde, comenzaron a asomarse por unos muros que se ven desde la casa. Miraban y miraban hasta que de repente se brincaron aquí al patio. Unos miraban por las puertas, entraban y salían como buscándolo. Yo le dije: "Mijo, ¿usted cree que lo van a matar?". Él me dijo: "No, por qué, yo no he hecho nada malo". Pero yo vi que él ya estaba achantado. Yo le dije: "Ay mijo... lo

van a matar. ¿Usted por qué no se va? Y él, pobrecito, me dijo: “¿Por dónde voy a salir, no ve que ya estamos cercados?”. Yo estaba tan confundida que teniendo teléfono no acaté a llamar a la ley.

-Oiga, ¿ahí está Porfirio?

Nosotros nos hacíamos los que no oíamos. Nadie les contestaba nada. Pero en esas llegó uno de los muchachos que estaba en el Centro. Apenas lo vieron llegar se le fueron encima: _ ¿Usted es Porfirio?

A él le dio ese susto tan grande.

- No, no, no, yo no soy... Él está aquí adentro.

Lo divulgó.

-Me lo llama me hace el favor.

Él no quiso salir, estaba acostadito. Yo le estaba arreglando la comida y no era capaz. Yo cogía la paila, la descargaba, la cogía, la descargaba. Y él me decía: “Arrégrame pues la comidita que tengo hambre”. Y yo no era capaz, yo era con la cabeza como toda pesada.

Una señora que estaba ahí conmigo me dijo que él me miraba y me miraba pero yo no lo vi. Una de las niñas entró y le dijo: “Vea papá es mejor que salga, de pronto se entran para acá”. Y él le contestó: “No hija, déjeme aquí, yo me quedo aquí”. Ella se dio cuenta de que estaba rezando. Después fue el hijo mío, el mayor, y le dijo: “Salí, ellos dicen que tienen que hablar con vos”. Lo agarró de la camisa y lo sacó de la pieza. Ahí fue cuando dicen que él me miró con una tristeza tan grande, pero yo no lo vi.

Cuando salió le dijeron:

-Venga maricón que tenemos que hablar con usted.

Una de las niñas se asomó por la ventanita y les gritaba cosas y ellos le contestaban peor. Ya otro de

los hijos la cogió de la cintura y la entró porque si seguía insultándolos nos iba a hacer matar a todos. Cuando yo oí los tiros se me doblaron las rodillas y caí como clavada en el piso. Cuando yo arrimé, él todavía respiraba. Entonces arranqué para arriba a buscar cómo sacarlo, pero tres de esos muchachos se fueron detrás de mí. Una vecina que vio todo me hizo entrar para la casa de ella. Yo le decía que él estaba vivo y ella que no, que con esa cantidad de tiros no podía estar vivo. Cuando dijeron que se había muerto yo me devolví para la casa.

Esas fueron horas muy tristes, todos llorábamos, gritábamos. Hicimos una bulla tan espantosa que esa gente no fue capaz de matar a un vecino. Ellos venían por él porque fumaba marihuana con los de La 29, pero con el escándalo de aquí se fueron y ese muchacho se salvó.

A él lo mataron antes de las siete de la noche y llegaron a hacer el levantamiento casi a las once de la noche. Los policías me preguntaban que por qué lo habrían matado. Yo les decía que no sabía, que motivo no había. Y uno de ellos insistió: “Por ahí dicen que una hija suya es la mujer del jefe de La 29...” El otro me preguntó: “¿Usted sabe quién lo mató?” Y yo: “Pues claro, ese *combo* que se metió ayer. Los milicianos”.

Ya se lo llevaron para Medicina Legal y nosotros nos fuimos a hacer las vueltas del entierro. Cuando ya íbamos para el cementerio llegaron unas niñas del barrio corriendo a decirnos que no subiéramos a la casa que nos estaban esperando para matarnos. Entonces no subimos. Yo mandé a unas para Copacabana, a otras para Zamora, el muchacho mío que estaba meti-

do en los combos se fue para donde unos amigos, y yo me llevé a unos de los niños para donde una amiga.

En la casa quedaron dos hijas mías con los niños de ellas. Siempre las visitaron pero preguntando por nosotros. Yo a veces me quedaba a dormir en las casas donde trabajaba y a una de las niñas le tocó dormir en un parque que queda al frente de la Lavandería Real, en el Centro. Y yo sin poder conseguir una casita para meternos.

A los catorce días conseguí doscientos mil pesos prestados, pagué un mes de arriendo en Manrique Oriental, conseguí comida, mandé a traer las cositas más necesarias y junté a los muchachos. Por allá nos quedamos tres años sufriendo. Yo trabajé de sol a sol, de día y de noche, para juntar los arriendos que eran de ciento veinte mil pesos. Yo trabajaba hasta las once o doce de la noche, de domingo a domingo.

Cuando ya se salieron esos y entraron los de ahora, que son paramilitares, nosotros pudimos volver.

Mariela

Es la matrona de una familia compuesta por hijas, yernos, hijos, nueras, nietos y nietas que requieren de ella todo el día. Por eso los minutos que busca para sentirse sola son interrumpidos por los gritos de los niños que quieren acostarse cerca de la mamita. Ella los recibe, los arropa y cierra los ojos en busca de la última mirada de su marido, esa que conmovió a la vecina minutos antes de que lo fusilaran.

Dos veces a la semana se escapa de su casa y viaja hasta casas lejanas donde lava pisos, limpia vidrios y plancha ropas para recoger el dinero que deja en la tienda a cambio de arroz, panela, sal y aceite.

Mariela narró y escribió su historia con viveza de palabras y con el corazón en carne viva.

5.

Los ladrones, violadores, drogadictos entre otros.

Cuando yo nací dice mamá q. ya se había calmado un poco la situación en cuanto a robo y todo lo anterior pero comenzaba otro tipo de violencia por que cuando yo tenía 15 días de nacida llegaron a la casa muchos hombres encapuchados y armados hasta ya no más a sacar a mi tío Freddy de la casa a media noche mamá dice que casi tumban la puerta y que cuando se le dentan todos esos hombres a la casa ella lo primero que penso fue: -nos van a matar ahora sí, cuando nos dijeron: -donde está Freddy, ~~yo~~ mamá muy asustada mostro la cama de mi tío, entraron y lo hicieron levantar recuerda ~~me~~ ella que estaba llorando muy fuerte y ~~se~~ se lo iban a llevar descalzo y como estaba dice q. ella no sabe de donde sacar fuerzas para

Mi diario

Leady Jhoana Reyes

Hace dieciséis años, por esta época, mi mamá estaba embarazada de mí. Cuando eso La Sierra no tenía milicias populares, sino que eran bandas armadas y delinquían de otra manera, de modo que afectaban muchísimo más a la comunidad. Por ejemplo, atracaban a las personas, desocupaban las casas y a donde llegaban y encontraban mujeres las violaban, las dejaban amarradas, muchas veces golpeadas y en ocasiones hasta muertas.

Era una situación muy dura, pero como tenía más peso la pobreza y la necesidad, mi abuela y sus hijos, incluida mi mamá, tenían que resignarse y rogarle a Dios para que no les pasara nada malo, pues vivían solos en una casa demasiado humilde, que estaba hecha de tablas y cartón y el piso era de barro. Mi abuela trabajaba en casas de familia para poder sostener a sus cinco hijos. A mi mamá, como es la mayor de todos sus hermanos, le tocó trabajar con mi abuela desde que tenía doce años para ayudar económicamente a su familia y un poco para ella.

El estudio para mi mamá fue muy poco, por lo difícil de la situación, pues mi abuelo no vivía con mi abuela. Él era un irresponsable y no ayudaba econó-

micamente con nada. Mi mamá con toda esta situación cumplió su mayoría de edad, sacó la cédula de ciudadanía y tuvo la bendición de Dios de conseguir un empleo en una empresa bananera haciendo el aseo y atendiendo la cafetería. Llevaba dos años trabajando allí cuando conoció al que hoy es mi papá biológico, del cual ella se enamoró y quedó embarazada de mí, la bella y preciosa joven que ustedes ven hoy.

La situación del barrio era muy dura y a ella, como a toda la comunidad, le tocaba sortear situaciones muy difíciles. Una de esas situaciones le ocurrió cuando apenas tenía dos meses de embarazo. Todo sucedió una noche cuando regresaba de su trabajo. Llegando al barrio unos hombres armados salieron de un callejón y le hicieron señas al conductor para que parara el carro, pero el conductor tenía mucho miedo y arrancó a toda velocidad. Mi mamá iba en la parte de atrás del carro, en ese entonces los carros eran unas camionetas destapadas atrás. Cuando estos hombres dispararon la bala pasó por encima de la cabeza de mi mamá. Ella estaba muy asustada. Antes de que el carro parara hicieron otros dos disparos que pasaron rozando el techo de la camioneta. El carro paró en el cuadradero, los pasajeros se bajaron y corrieron lo más que pudieron.

Entre ellos estaba mi madre, que a todas estas se llama Gloria, es bajita, su cabello es como rojo natural y es un poco gordita. Mi mamá recuerda que tenía una falda blanca ceñida al cuerpo, una blusa lila y unos tacones de esos de puntilla. Ella dice que se metió por un peñasco y que hoy en día no sabe cómo ni en qué momento se trepó por ahí, y más en su estado. Corrió

sin saber a dónde iba a llegar, con suerte llegó donde una vecina que, muy asustada, le abrió la puerta pues mi mamá casi la tumba a golpes.

Cuando mamá entró comenzaron a tocar otra vez con golpes fuertes. Doña Elena, la dueña de la casa, no quería abrir, pues creía que era alguno de esos tipos que habían seguido a mi mamá. Pero no, era don Darío, el conductor que se había ido detrás de mi mamá y ella no se había dado cuenta por el susto que llevaba. Le abrieron la puerta mucho después y el pobre entró asustadísimo. Mi mamá comenzó a sentir dolores bajos en el vientre y doña Elena le preparó bebidas aromáticas que los calmaron un poco.

Desde la casa donde estaban, mi mamá y el conductor escuchaban como destrozaban el carro con rabia. Don Darío se quedó escondido como hasta las once de la noche y después se dirigió a su casa. No le importó el carro, él decía que la vida era más importante que cualquier cosa. Después de este incidente a mi mamá le tocó cuidarse mucho por la amenazas de aborto que tenía.

La situación continuó así o peor de violenta unos dos o tres meses después del suceso. Hasta que llegaron las milicias populares, las cuales hacían filas hasta de ocho personas para fusilarlas y por lo general las mataban en la noche. Esto fue lo que la comunidad llamó la limpieza porque acabaron con todos los ladrones, violadores y drogadictos.

Cuando yo nací ya había cambiado un poco la situación en cuanto a robo y lo anterior. Pero comenzó otro tipo de violencia. Cuando yo tenía quince días de

nacida llegaron a mi casa varios hombres encapuchados y muy armados a sacar a mi tío Freddy a media noche y en medio de un aguacero. Golpearon tan fuerte que casi tumban la puerta. Cuando mi mamá abrió entraron empujando y gritando a todos los que estaban dentro de la casa. Ella me cuenta que lo primero que pensó era que los iban a matar a todos. Uno de ellos preguntó por mi tío Freddy y mi mamá les mostró la cama donde él dormía. Esos hombres lo hicieron levantar y se lo iban a llevar descalzo y sin nada con que abrigarse, mi mamá dice que no sabe de dónde sacó fuerzas para decirles que lo dejaran poner zapatos y algo para que se abrigara, ellos dijeron que sí y se lo llevaron sin saber si lo dejarían regresar o qué pasaría con él.

Mi mamá, mi abuela y los que estaban en la casa se quedaron en silencio sin saber qué hacer. Fue mucha la angustia y la zozobra que sintieron, era algo horrible e imposible de olvidar. Pero gracias a Dios mi tío llegó quince minutos después, y le explicó a toda la familia que lo iban a matar por una equivocación. Todo fue porque un muchacho se robó unas cosas de la Acción Comunal y le pidió el favor a mi tío de que se las llevara para la plaza minorista, pero él no sabía que esas cosas eran robadas. De todas maneras la familia estaba muy feliz, porque cuando hacían esto siempre decían a qué hora y en dónde podían ir a recoger el muerto o que cerraran la puerta e hicieran como si nada estuviera pasando.

Esta era una situación muy dura y muy difícil para quienes la vivían. Desde que entraron los milicianos esta situación se repitió cantidad de veces y con fina-

les muy trágicos. Luego vinieron los paramilitares y los enfrentamientos con la guerrilla que dejaron más muertos inocentes, y así sucesivamente.

Gracias a Dios mi mamá consiguió un mejor trabajo en una empresa de chance. Primero como asea-dora y luego la ascendieron a recepcionista y secretaria del dueño de la empresa.

Cuando yo tenía siete años conoció al que hoy es mi papá de crianza. Se casaron y la vida en el barrio no es que haya cambiado mucho que digamos. A mi papá le tocó vivir una de las situaciones más duras de su vida hace unos seis años y medio, en una de las peores crisis de violencia en el barrio. Fue tan difícil que estábamos sin transporte y para mí ir al colegio era demasiado duro por los enfrentamientos tan fuertes.

Un día mi papá y un hermano de él se fueron a pie para el trabajo y trataron de conseguir transporte. Más o menos en Tres Esquinas, donde hoy es el cuadradero de los buses de Caicedo, había un bus con pasajeros listo para salir. Cuando un hombre se le acercó al conductor del bus y le dijo que si no le habían dicho que no trabajara y él le respondió al tipo que sí iba a trabajar. Éste sacó un arma se la puso en la cabeza y le disparó. El bus, como iba a arrancar, se fue contra un poste de energía.

Cuando mi papá se acercó y vio esto se aterró, pero de terco se fue con mi tío más abajo a buscar transporte. Llegaron hasta el Centro pero se devolvieron porque les dijeron que por la tarde iba a estar peor. Regresaron en taxi y cuando iban llegando donde antes habían matado al conductor, los hicieron ba-

jar y le dijeron al taxista que se perdiera. Mi papá y su hermano muy asustados se bajaron y les preguntaron que para dónde iban, ellos asustadísimos dijeron que para arriba, sin decir que para La Sierra, porque si lo decían los mataban.

Mi papá llegó muy asustado y acordó con mi mamá que se iba a vivir donde una hermana. A mi mamá le dio muy duro esto, porque ella estaba embarazada y le faltaban pocos días para dar a luz a mi hermanito. Ocho días después de que mi papá se fue, a mi mamá le dieron las contracciones y le tocó irse caminando hasta el Centro.

También me acuerdo que en esa crisis tan dura que tuvo el barrio nos quedamos sin comida durante quince días porque los muchachos no dejaban entrar ni salir ningún carro, pues pensaban que podían ser infiltrados. Durante ese tiempo, mientras mi mamá estaba en el hospital, me tocó quedarme sola en mi casa.

Recuerdo que en esos días me dirigí al colegio y recibimos clases normales como hasta las cuatro de la tarde, cuando llegaron unos muchachos al colegio y dijeron que no podíamos salir hasta que ellos no lo ordenaran. Me acuerdo que teníamos una profesora muy católica y nos puso a rezar durante dos horas seguidas. Después nos bajaron a todos los alumnos al patio y nos quedamos allí como hasta las seis y media de la tarde. Cuando íbamos a salir unos muchachos encapuchados y armados nos dividieron en dos grupos: los que iban para arriba y los que iban para abajo. A los que subíamos nos acompañaron como seis de esos tipos, y a algunos los llevaban a sus casas.

Después, al pasar algunos días, las cosas se calmaron un poco, pero esto no duró mucho tiempo porque mataron a uno de los jefes de los paramilitares, y la situación del barrio empeoró, ya que no podíamos salir ni a la puerta porque corríamos mucho riesgo.

Cuando la Policía comenzó a hacer más presencia en el barrio, los agentes entraban a las casas sin permiso y a la hora que ellos quisieran a hacer allanamientos y las destruían por completo. Y las cosas siguieron así por mucho tiempo.

Después de estas y más situaciones muy duras, llegó la desmovilización. Al principio no creíamos tanta maravilla. Pero después de esto la vida en el barrio ha mejorado mucho. Aunque la sociedad crea que es uno de los peores barrios de Medellín, sólo por un documental que grabaron hace un par de años.

Leadly Johana

Es de pocas palabras pero de muchos amigos. Su mamá dice que parece un fantasma, pues guarda mucho silencio y aparece de la nada en cualquier momento. Se considera una persona tierna y no le gusta pelear con su familia ni con sus amigos. Siempre quiere sacar buenas notas en el colegio y no apaga el computador hasta terminar la última tarea. Desde pequeña, Leadly ha escuchado balacearas y ha visto muertos. Siente suyo el dolor que la guerra ha dejado en sus vecinos y espera que algún día se respire tranquilidad en todas las calles de su barrio.

Urabá manchada de sangre Yeraldín Zapata Osorno

Yo vivía con mi papá y con mi mamá en la vereda Caucheras que queda cerca de Mutatá. Eso por allá era muy plano y hacía mucho calor. A mí me gustaba mucho jugar en las mangas y también me gustaba ir a pescar al río, porque con lo que pescábamos mi mamá llenaba unas ollas con sancocho. La casa donde vivíamos era de madera y tenía un patio muy grande lleno de matas. En esa época no nos faltaba nada, pues mi papá trabajaba en construcción, arreglaba carreteras y cultivaba yuca, plátano y banano. Vivíamos muy bien hasta que un día llegaron a nuestra región unos encapuchados vestidos de paramilitares a matar niños, ancianos y mujeres embarazadas.

Un fin de semana mi mamá se fue a bañar al río Villartiga, cerca al municipio de Mutatá. Cuando se estaba bañando llegaron unos cuarenta encapuchados armados hasta los dientes. Ella no los había visto y de pronto sintió que uno de ellos le agarró el pelo y la sacó del agua. Esos hombres sacaron de la orilla unas armas que estaban enterradas. Sacaron pistolas, fusiles, granadas, cuchillos, metralletas, mejor dicho sacaron todo tipo de armamento. A mi mamá la culparon de esconderlo y lo más preocupante era que

mi mamá se le murió el hijo que la mantenía. hoy endia seguimos de animados donde nuestra abuela ni papa hizo una casa al lado donde mi mamá pero de fabrica la casa esta en malas condiciones porque la madera esta vieja ya hay donde estamos esperando que el gobierno nos ayude con una casita. hoy endia uraba todavia esta sola despues de que era tan poblado solo hay como unas 5 casitas claro que con mucho temor de que vuelva lo mismo de antes nosotros en este momento queremos volver a nuestra region pero nos da mucho

ella tenía ocho meses de embarazo y por poquito pierde al bebé pues le dieron cachetadas, le pegaron con un palo y le decían: “Ese hijo es de un guerrillero”.

La detuvieron cuatro horas. Muchos vecinos fueron a hablar por mi mamá para que la soltaran, pero esos hombres no la dejaban ir. Hasta que llegó un hermano de la iglesia a donde nosotros íbamos y les dijo que ella era sana, que el hijo que estaba esperando era de mi papá y que ella no tenía nada que ver con ese armamento. La soltaron y después llegó a la casa.

Nosotros empezamos a vernos muy solos en nuestra vereda Caucheras, pues todos nuestros vecinos ya habían sido torturados cruelmente y asesinados.

Días después llegó a mi casa un hombre y le dijo a mi mamá que tenía que preparar sesenta almuerzos. Ella, como tenía nueve meses de embarazo, le contestó que no podía; pero él la obligó. Entonces, a mi mamá le tocó preparar arroz, carnes y patacones. Todo eso lo empacó en unas ollas y ese hombre se las llevó. Ese mismo día por la tarde mi mamá estaba muy preocupada porque mi papá no había llegado a almorzar. Cuando llegó, más o menos a las cuatro de la tarde, estaba muy asustado y con la ropa llena de sangre. A él no le había pasado nada, pero nos contó que mientras estaba trabajando en el punto de Villartiga llegaron unos hombres con una lista y empezaron a matar a todos sus compañeros y como él no estaba en esa lista lo dejaron ir.

Mi papá nos dijo que nos viniéramos para Medellín así fuera para vivir debajo de un puente porque a él lo amenazaron y lo comprometieron a que cuando

viera un grupo armado fuera a decirle al otro. Nos tocó dejar casi todas nuestras cosas, prácticamente sólo salimos con la ropa que teníamos puesta. Viajamos a Medellín y mi mamá tenía ocho días de dieta. Cuando estábamos en el bus éste por poco se voltea, ya que el chofer iba borracho. Mi mamá se recostó para dormir y le dio la bebé a mi papá para que la cuidara, pero él también se recostó y el movimiento del bus tumbó a la niña hacia atrás. Cuando mi papá despertó no encontró a la niña y todo preocupado fue a buscarla atrás y menos mal la encontró.

Cuando llegamos a Medellín, la bebé y yo teníamos mucha hambre. No sabíamos para dónde pegar. Nos comentaron sobre una invasión que estaban poblado y nos fuimos para allá. Mi papá montó un plástico para pasar la noche pero de allí nos sacaron los policías a patadas. No tuvimos más alternativa y nos fuimos para donde una tía y ella nos humillaba y nos echaba mucha cantaleta porque mi papá no trabajaba, todos comíamos mucho y los servicios estaban viniendo muy caros.

Mi papá no aguantó más y sin saber andar a Medellín se fue a buscar trabajo. Consiguió uno en construcción pero era muy duro. Llegaba a la casa con los hombros pelados de cargar cosas pesadas y sólo por darnos un bocado de comida.

Nos aburrimos de las humillaciones de la tía y nos fuimos para donde mi abuela, la mamá de mi papá, que vivía en Caicedo. Aunque la casa no estaba en buenas condiciones nos metimos como pudimos. Mi papá con el trabajo traía mercado para nosotros. Era un mer-

cado muy pequeño que casi no alcanzaba porque eran muchas bocas para alimentar, pues a mi abuelita se le murió el hijo que la mantenía.

Hoy en día seguimos de arrimados donde la abuela. Mi hermanita Yureidy ya tiene nueve años, es una niña muy inteligente y muy despierta. Las dos estamos estudiando y mi papá trabaja en construcción cuando le resulta. Mi papá hizo una casa de tablas al lado de la de mi abuelita que se encuentra en malas condiciones porque la madera está vieja. Lo que estamos esperando es que el gobierno nos ayude con una casita.

Urabá todavía está solo después de que fue tan poblado. En la vereda Caucheras quedan unas cinco casitas, claro que la gente permanece con mucho temor de que vuelva lo mismo de antes. Nosotros en este momento queremos volver a nuestra región, pero nos da mucho miedo vivir lo mismo y que unas niñas tan pequeñas vean torturar cruelmente y matar a los vecinos sin saber por qué. Aquí estamos con miedo de regresar pero yo sé que algún día eso va a terminar y vamos a ser felices en nuestra hermosa y bella Urabá.

Yeraldín Zapata

Lleva nueve años viviendo en Medellín. Cuando salió de Urabá era muy pequeña, pero todavía recuerda el agua, los animales y las mangas donde jugaba. Se considera una persona muy tierna y cariñosa con los amigos y

la familia. Todos los días sueña con ser policía y quiere terminar rápido el bachillerato para poder ayudar con los gastos de la casa.

Aunque ya se acostumbró al ritmo de la ciudad, quiere volver con sus padres y con su hermana a la vereda donde fueron felices. Para lograrlo debe ahuyentar el miedo que han acumulado varias generaciones.



Historia de un cocalero



Cristian Yoleimar Cardona Flórez

TODO COMENSO UNA TARDE DE ENERO,
EN UNA ESCUELA DE UN PUEBLO, A LAS
AFUERAS DE LA CIUDAD DE MEDELLIN.

EL PUEBLO ES UNO DE LOS MAS RERCANOS
ALA COSTA PARA SER MÁS ESPECIFICOS
SE LLAMA EL DOCE, CORREGIMIENTO DE
TARAZA ANTIOQUIA.

EN SU ESCUELA COMENSO TODO CUANDO
UN JOVEN ENTRO A CURSAR EL GRADO
QUINTO EN SUS AULAS.

EL JOVEN  ENJO A CLASES
ESA TARDE. LE HAZERON UN SALON HAY
CONOCTO A , Y SE VOLVIERON
MUY BUENOS AMIGOS,

PERO , NO ERA DEL TANTO BUEN
AMIGO PORQUE HACIA COSAS INCORRECTAS
Y AYUDO AQUE  SE METIERA EN EL
NEGOCIO DE LA COCA,

Todo comenzó una tarde de enero en una escuela de un pueblo ubicado a orillas de la carretera que lleva al mar. Para ser más específicos, el pueblito se llama El Doce, corregimiento de Tarazá, Antioquia. Este pueblo es de clima cálido y tiene una gran belleza. Su carretera va hasta la costa y está rodeada de casas separadas por grandes distancias. Del otro lado de las casas, separadas por pequeños solares, baja el río Cauca. Al otro extremo del río hay dos islas, Nerí y Purí. En ellas hay sembrados de yuca, plátano y otros cultivos de tierra caliente. También hay ganado y aves de pluma como gallinas y patos. De todo esto lo más maravilloso son sus minas de oro.

En la escuela mixta de El Doce comenzó todo, cuando un joven entró a cursar el grado quinto en sus aulas. Jorge, así se llamaba el joven, entró a clases esa tarde con su uniforme nuevo y empezó a hacer amigos. Le asignaron un salón y allí conoció a Armando y se volvieron muy buenos amigos. Pero Armando no era del todo buen amigo porque hacía cosas incorrectas. Era un repartidor de coca y ayudó a que Jorge se metiera en ese negocio.

Para Jorge conseguir más plata y poderle dar lujos a su madre, tuvo que avisarse y conseguir más

gente que trabajara en ese negocio. Uno de esos lujos fue una casa que compró en Bogotá con cuartos, comedor, estufa, horno microondas y otros objetos.

En una mañana muy alegre, Jorge venía de reparar unos pedidos de coca. Él caminaba tranquilo hacia su casa y miró a todas partes para cruzar la carretera. Pero desvió su mirada a la casa de una anciana. Era una anciana tierna que desde lejos se veía dulce y muy cariñosa. Jorge se acercó para ver que estaba haciendo la anciana y por qué estaba saliendo humo de su casa. Al acercarse vio que estaba ahumando unos chorizos en un fogón de leña, pues tenía un negocio y vendía empanadas, morcilla, buñuelos y café. La anciana Juana, así se llamaba, lo vio y le fritó un chorizo. Él se sentó a desayunar en una banca y se comió el chorizo frito, una arepa y un chocolate caliente. Cuando terminó fue a pagarle el desayuno a la anciana y ella no le recibió la plata, pues se lo había dado gratis.

Allí, en esa casa, conoció a Lucía, la nieta de Juana, y se enamoró de ella. Todos los días él pasaba por la casa de Lucía para darle tarjetas de amor y regalos, y así se *ennoviaron*.

Lucía y Jorge se amaron muchas veces en esa casa. Nueve meses después de la última vez que se demostraron su amor, Lucía dio a luz a una pequeña bebé. Después se fueron a vivir juntos y tuvieron un hijo y una pequeña niña, la menor.

Jorge se volvió muy bebedor y *mujeriego* y Lucía muy celosa. Una noche, cuando Jorge estaba con otra mujer, Lucía lo apuñaló en una pierna con un cuchillo

que sacó de su casa. Lucía se separó de Jorge y se fue a vivir con su abuela. Él se fue a buscarla y después de insistir mucho y darle tarjetas volvieron a estar juntos.

Tiempo después, Jorge iba ebrio en una moto a repartir la coca del cultivo que había sembrado, pero no vio un taxi que venía y se chocó con él. La moto voló y se despedazó, mientras que al taxi sólo se le dañó la parte de adelante donde estaba el motor. A Jorge lo llevaron al hospital y le operaron un pie y una mano y después lo metieron a la cárcel, donde le llegaron amenazas para que no *sapiara* a sus jefes ni a los que estaban involucrados en el negocio.

A la cárcel lo fueron a visitar los hijos de Lucía y los de las otras mujeres y cuando todos se encontraron Lucía decidió separarse de él.

Sus hijos sufrían mucho al verlo encerrado y al ver que no lo dejaban regresar, mientras que Jorge vivía atormentado sin saber qué le iba a pasar, pero por suerte salió un año después.

Al salir de la cárcel ya no se fue a vivir con Lucía, sino con Clara, la otra mujer, con la tuvo dos hijas.

Lucía se enamoró de otro hombre, con quien tuvo otros dos hijos. El hombre, que le decían Carriel, empezó a golpearla. Ella se separó de él y se fue a vivir con toda su familia.

Tiempo después, casi ocho años, Jorge viajaba en moto por la carretera de Puerto Valdivia, iba a sembrar coca con un amigo. Pero se chocó, esta vez con una piedra que había en la carretera, como si Dios lo estuviera castigando por hacer cosas tan malas. Esta

vez lo volvieron a operar. Una mano le quedó sin movimiento y un pie, rengo.

Ahora tiene un cultivo de coca en Puerto Valdivia, pero no aprende que la coca hace daño, que quien la consume se vuelva loco y puede atentar contra los demás y contra si mismo.

Esto les causa mucho mal a sus hijos, que ahora viven con Lucía en una casa en Medellín. Viven con un padrastro que les da lo necesario a ellos y a Lucía, que tiene un hijo con él. Lo único que quieren sus hijos es ser felices y tener a sus padres unidos.

Cristian Yoleimar

Sus compañeros dicen que es el mejor dibujante de todo el colegio. A la hora de hablar no es el más fluido, pero si es el más rápido con los lápices y los colores. Cuando está de mal humor prefiere estar solo. Se declara un soñador, y entre sus amigos no cuenta a las personas antipáticas, metidas, problemáticas y anticuadas.

1

LA GUERRA

Un Sábado hace 10 AÑOS.

Mi familia y yo.

Jorge, Edwin, Jaiver

Cristian, Lesmin,

Javier y Luz Elena.

Nos acostamos Cuando de pronto se escuchó unos gritos.

y mucha bulla en el pueblo pues mis padres se preguntaron que, que sería lo que pasaba. y mi mamá dijo será que están haciendo fiestas. y mi padre dijo yo creo que si.

Al otro día mi mamá y mi hermano mayor subieron al pueblo como a las 10 am.

La Guerra

Lesmin Yuliana Pérez Gómez

Yo vivía con mi mamá, Luz Elena; mi papá, Javier; y mis cuatro hermanitos, Edwin, Jaiver, Cristian y Jorge, en un pueblo que se llama Nariño. Nosotros teníamos una finca que queda por las travesías de Nechí. Nuestra casa era rojita, tenía una cocina y le sobraban dos piezas, en una armábamos el pesebre y en la otra yo guardaba mis juguetes. El patio era muy grande y tenía muchas flores, porque a mi mamá le gustan mucho. Me acuerdo que había un árbol muy bonito con flores moradas. Afuera de la casa quedaba una cañada muy grande donde mi mamá lavaba la ropa.

Un día mis hermanitos, mis padres y yo nos acostamos muy temprano, como a las ocho de la noche y como a las doce mi mamá empezó a escuchar mucho ruido en el pueblo, pero se quedó tranquila porque pensó que era una de esas fiestas que se hacían con frecuencia en Nariño. Entonces todos nos volvimos a acostar tranquilos.

Al otro día, como a las diez de la mañana, mi mamá y mi hermanito mayor subieron al pueblo a comprar el mercado. Mi hermanito llevaba una camisa larga de cuadros y un pantalón azul y mi madre un vestido de flores y unos tacones blancos. Cuando llegaron al pue-

blo encontraron la Alcaldía destruida, las casas con los techos, las puertas y las ventanas rotas; además, había unos heridos. Mi mamá veía la gente gritando y sacando cosas de las casas.

Al medio día mi papá subió al pueblo conmigo y con mis otros hermanitos y mi mamá nos contó que todo ese bullicio que habíamos escuchado por la noche no era por una fiesta, sino porque los guerrilleros o los *paracos*, no se sabía quiénes, habían destruido casi todo el pueblo y no se sabía por qué.

A mis padres les dio mucho miedo, pues no querían que nos pasara lo mismo, porque si había pasado en el pueblo también podía pasar en el campo. Mi mamá estaba muy triste, pero decidió venirse para Medellín y mientras vendía algunas cosas nos dejó viviendo en la casa de mi mamita Oliva que quedaba en el pueblo. Mi madre tuvo que vender ocho gallinas y tenía dos marranitos, uno se le murió, y el otro lo vendió. Le tocó dejar el colchón y todas las cosas de la casa. Lo que sí empacó fueron los trastes, las sábanas y la ropa. A mí me tocó dejar una muñeca que quería mucho y un poco de juguetes que me habían dado en las novenas.

En esos días la guerrilla ocupó todas las fincas y todas las veredas y hubo paros y muertos.

Mi papá y mi hermano mayor se vinieron primero para Medellín a conseguir una casa donde pudiéramos vivir. Alquilaron una piecita en el barrio Santo Domingo y nosotros nos fuimos para allá como a las tres semanitas. Nos tocó venirnos en un camioncito particular, metimos todo ahí y mis hermanitos iban

atrás. En el camino se pincharon las llantas y tuvimos que dormir en la carretera que era muy peligrosa, pero gracias a Dios no nos pasó nada y llegamos a Medellín en la madrugada.

Como mi papá se fue de la casa donde estábamos viviendo en Santo Domingo, a mi hermanito mayor le tocó pedir monedas y comida en las tiendas y en los graneros para poder ayudarle a mi mamá.

Después, mi hermanito consiguió un plancito en Caicedo y empezó a escarbar. Los hombros le quedaban pelados de tanto cargar tierra. Después hizo una casita de tablas y eso se nos cayó, porque había un pozo de agua. Mi mamá puso unas tablas en el pozo y encima colocó un colchón y un plástico y ahí dormíamos. Hasta que mi hermanito se fue a vender limones y fue comprando las tablas para hacer un ranchito. Y como mi mamá hace aseo en casas, con lo que ganaba compraba la comida y un adobe, la comida y un adobe. Después mi papá volvió y como ya había muchos adobes armó la casita. Armaron una piecita, la cocina y echaron piso.

Ya llevamos once años viviendo en Medellín. Mi hermanito mayor ya tiene señora y una hija de cuatro añitos. Mi padre vive en Sabaneta y Edwin, Jaiver, Cristian y yo, Lesmin, vivimos con mamá en nuestra casa muy felices.

Lesmin Yuliana

Lleva once años viviendo en Medellín y todavía recuerda los juguetes que dejó en Nariño cuando salió huyendo de la guerra. Es la más consentida de la casa. Le gustan los niños y le encanta cuidar a su sobrina que tiene cuatro años.

Lesmin es un poco tímida pero no tiene problema para relacionarse con los amigos del barrio y del colegio. Algunas veces va con su familia a visitar a la abuelita que todavía vive en el pueblo. Pero no puede quedarse, pues ahora su vida está en la ciudad.

Crueldad

Blanca Danelis Holguín Pérez

la cogió el corbatín del uniforme y la ahorcó. La dejó por allá tirada. En las horas de la tarde cuando el papá llegó de trabajar preguntó que adonde estaba la niña que porque no había llegado a la casa. La respuesta que le dio la esposa fue que no sabía donde estaba su niño. El papá salió con un megáfono avisándoles que si habían visto a su hijo que estaba desaparecido desde las horas de la mañana. Que a la escuela tampoco había ido. Al otro día la madrastra le dijo que la llaron por teléfono avisando que la niña estaba en los pinos pero todo era mentira porque ella sabía verdaderamente donde estaba la niña.

Un día había una señora que era madrastra de una amiga mía. La amiga mía se llamaba Mónica. Mónica era una niña que no tenía rencores, nada de eso. Era una niña inteligente. Si la madrastra de ella no la hubiera matado, ella tendría la misma edad que yo, once años. Ella estudiaba en un colegio que se llamaba Beato Domingo Iturrate. El uniforme era a cuadros y con un corbatín. Un día ella se fue a estudiar y Javier a trabajar. Javier era el papá de ella. Entonces ella llegó, comió, se cambió y se puso a hacer las tareas.

En esos momentos todo era tranquilo. Al otro día Mónica se fue otra vez para el colegio, y la madrastra se fue a llevarla y le dijo que antes de entrar fueran a hacer un mandado a Los Pinos. Eso es como un bosque. Uno va allá y eso es oscuro, oscuro, oscuro. Entonces, ellas fueron y allá la mató. Con el corbatín del uniforme la ahorcó. La dejó por allá tirada. Todo eso lo hizo por celos.

En la tarde, el papá le preguntó a la madrastra: "¿Dónde está mi hija, por qué no ha llegado del colegio?" Ella le dijo: "No sé, no sé nada de su hija". Al ver Javier que Mónica no llegaba salió con un megáfono a avisar que su hija estaba desaparecida, que si habían

visto a su hija, que se había perdido, que si la encontraban que le dijeran que él la estaba buscando.

Al otro día, con esa desesperación que tenía, Javier se fue a buscarla. Al rato Javier volvió a la casa y la madrastra le dijo que la habían llamado a decirle que la niña estaba en Los Pinos. Pero lo de la llamada era mentira, la única que sabía dónde estaba Mónica era ella.

Entonces al otro día fueron unos muchachos a hacer un arroz con leche por allá, y a un muchacho le tocó ir por unos palos para la leña. Y entonces uno de ellos empezó a coger palos, palos, palos. Y vio que la tierra estaba rara, como si alguien hubiera escarbado. Más adelante vio algo más curioso: un pedazo de tela de un uniforme que él conocía. Era de la escuela Beato Domingo Iturrate. Dio unos cuantos pasos y vio los zapatos negros de una niña. Se asustó muchísimo, pero caminó más hacia delante. Dio un paso más y vio todo el cuerpo completo de una niña tirado en el piso. Entonces ahí mismito él comenzó a gritar: “¡Auxilio, auxilio!” Se fue donde los amigos. Los amigos le decían: “¿Qué pasó, qué pasó?”, y él del susto no les sabía contestar nada. Después ellos fueron y miraron y la encontraron a ella tirada allá, muerta. Entonces ellos fueron y dijeron que habían visto una niña por Los Pinos que estaba muerta, ahorcada con el corbataín de un uniforme.

Ya Javier fue allá y la encontró tirada.

Como a los tres días fue el entierro. Fue un entierro ahí todo triste. Era una niña que le gustaba estudiar. Era una niña muy extrovertida. Lo mejor de ella era

que quería mucho a su papá, Javier. Llegaba el papá y ahí mismo Mónica se ponía a arreglarle el agua para que tomara, y las chancas para que se las pusiera.

Javier es un amigo de mi mamá. Desde que ella era chiquita, ellos se conocían. Mónica me decía hermanita a mí, porque Javier decía que dizque se iba a casar con mi mamá. Pero eso no pudo ser porque él tenía una mujer. Javier me ve y se pone a llorar porque él dice que yo me parezco tanto a Mónica. Se pone a llorar.

Javier tenía una esposa joven, por ahí de dieciocho años, cuando esto pasó. Cuando estaba pequeña la violaron. Debido a esto sería que le pasaban por la cabeza todas estas cosas horribles sobre Mónica. Ella, creo que por eso, le tenía tanto odio a Mónica. Como Mónica quería tanto, pero tanto, a su papá, ella creía que ellos eran... ¿Cómo se dice? amantes.

Mónica, primero que todo, era una niña blanca. Tenía el pelo *mono* y tenía pecas. Cuando yo fui al entierro ella ya era negrita, negrita, del cuello para arriba. Ya las otras partes eran blanquitas. Javier, pobrecito, estaba triste. Lloraba y lloraba, no paraba de llorar. La madrastra, normal, como si nada hubiera pasado. Ella no lloraba.

Como a los tres días ella comenzó a ver que estaban averiguando quién había matado a la niña. Entonces ella se fue de la casa. Por allá una señora le dio posada, y la señora tenía una guardería. A la madrastra le daba rabia ver niños y ella estaba embarazada. Entonces, ella fue y le dijo a Javier que la abuelastra de Mónica la había matado. Fueron al trabajo de ella

y a esa señora la iban a llevar ya para la cárcel. Entonces la patrona dijo que no, que por qué se la iban a llevar si ella toda la semana había estado con ella. No se la llevaron nada.

Al rato la madrastra de Mónica se fue, y la señora de la guardería fue y le esculcó las cosas a ver qué tenía. Le encontró un diario donde decía todas las cosas que ella había hecho malas, y ahí contaba cómo fue el asesinato de Mónica. Una prima de nosotros trajo esa carta y nosotros la leímos, y esa carta decía que ella había matado la niña, que la había ahorcado con el corbatín del uniforme y que la había dejado por allá tirada. Y ella como si nada, escribía ese *coso* tranquila, tranquila. No le importó nada.

Ella le dio el papel a la Policía.

Ya los milicianos se enteraron de la confesión y fueron por ella. Y Javier les dijo que no, que no la mataran, que esperan a que naciera el bebé. Ellos iban a esperar pero como se dieron de cuenta que en el diario decía que iba a matar a la familia, entonces dijeron que no. La mataron. La quemaron primero y después la ahorcaron, allá mismito donde ella mató a la niña. Yo fui a verla. Ese día estaba un sol caliente, caliente. Uno tocaba el piso y ahí mismito se quemaba... Sol caliente, y yo me fui porque me contaron que la estaban quemando. Yo me fui con unos primitos que estaban aquí, nos fuimos detrás de unos señores, y por allá vimos como la habían quemado y ahorcado. Ella estaba igualita de negrita a Mónica, pero ella tenía toda la lengua salida hasta el ombligo.

Eso fue hace como cuatro años.

A mí sí a veces me da tristeza, pero ya se me está olvidando. Ya casi no me acuerdo cómo era Mónica. Yo sé que ella era una niña pecosa que quería mucho a su papá.

Blanca Dianellis

No sabe porqué, a sus once años, no puede dormir sola. A pesar de tener a su madre y a su abuela en las camas vecinas, se inquieta y llora todas las noches cuando apagan la luz. Entonces, comienza sus paseos por las tinieblas hasta que una de las dos la recibe entre sus brazos.

Cuando Dianellis narró frente al público su historia surgieron decenas de interrogantes. La narración oral era tan perfecta y los hechos tan atroces que muchos la creyeron sacada de la imaginación infantil. Días después, los vecinos confirmaron la veracidad del relato y su madre, Dioselina Pérez, la acompañó en la recuperación de algunos detalles que ya, según Dianellis, estaban condenados al olvido.

Muerte presentida Luz Marina Álvarez

Yo soy de Ituango, pero prácticamente me crié en Yarumal. El 23 de agosto de 1998 se vinieron mi madre, mi hermana y mi cuñado a vivir acá a Medellín y yo me vine con ellos a pasear. Vivíamos en la vereda El Rosario que pertenece a Yarumal, yo vivía en una finca llamada La Carolina. Allí había mulas, gallinas y marranos. La casa era grande, con ocho piezas. Abajo estaba la pesebrera de las bestias. Era a la entrada. Llegando del pueblo uno llegaba a la pesebrera y seguían unas escalas.

Mi hermana vivía en la carretera. La veredita se llamaba Aguacatal. Cuando se vino con el esposo y con mi mamá a Medellín, planearon el viaje. Entonces, fuimos mi mamá y yo a despedirnos de mi hermano a una finca que se llamaba El Cafetal. Él le regaló veinte mil pesos a mi mamá y le dijo: "Esto es lo último que le doy porque no nos volvemos a ver". Entonces ella llorando le dijo que por qué. Y él: "Yo presiento algo y sé que eso va a ser así". Ella, llorando por todo el camino, me decía: "Mija, ¿el muchacho por qué me dijo eso?" Yo le decía: "No le pare bolas, no seamos pesimistas", pero yo iba siempre con mi intriga.

Nos vinimos. Llegamos a Medellín y yo era con esa cosa, con esa inestabilidad. Mi mamá cogía los veinte

mi nombre es marina

Al bares i mi i stovia
es la si gente

el 23 de agosto del 1998

se binieron mi madre mi hermana

y mi cuñado a vivir acá a me

de llin i llo me binc con ellos

apasar bi biamos en la bere

da el Rosario que pertenece a

lla rumal llobibia en una finca

llamada la carolina i mi hermana

bi bía en la carretera que se la bere

da dita se llama ba aguacatal

entonces nos binimos llobenia

con planes de quedar me 8 días

pero no me de daba una in que

tu bi una angustia de llob de

sia que al go malo iba a su

se der en la bere da i si era

asi era al go que no me lo i n ma

finca nunca al go mai triste

i de se o pe ran te para mi

al llob gar alla rumal se gía

mil pesitos que él le regaló y lloraba y decía: “Mi muchacho, no lo voy a volver a ver”. Yo venía con planes de quedarme quince días, pero no me dejaba una inquietud, una angustia. Yo decía que algo malo iba a suceder en la vereda y si era así, era algo muy triste y desesperante para mí. No aguanté las dos semanas. Yo estaba con mis dos niñas, y a los ocho días les dije que me iba a ir, no decía nada más. Pero yo siempre con ese presentimiento porque yo ya había oído decir que a mi hermano lo iban a matar con todo y familia.

A los ocho días de estar en Medellín, domingo, me levanté, bañé a las niñas, empaqué y me fui. Llegué a Yarumal y mi esposo me estaba esperando. Nos fuimos y subimos las maletas a la escalera y al rato me dijo: “¿O, no nos vamos?” Yo le dije: “Usted verá”. Bajamos las maletas, y después le dije: “Ay, yo siento como una cosa, un desespero, un presentimiento muy maluco. Es mejor que nos vamos”. Subimos las maletas. Y las volvimos a bajar. En esas yo dije que era mejor que no nos fuéramos. Entonces él dijo: “Vamos para la finca”. Y subimos las maletas otra vez. Llegamos a la casa y yo con esa aburrición. Me acosté a dormir.

Al lunes me levanté y me fui a trabajar. Era primero de septiembre de 1998. Ese día a las cuatro de la tarde, a esa hora, ocurrió algo muy triste. Los que siguieron fueron los días más tristes de mi vida.

Como mi marido trabajaba en un corte de caña me fui a trabajar con él. En esas pasó el novio de mi hija mayor. Yo no le paré bolas, sino que le dije a mi esposo: “Ahí va Ramón para la casa”. El empezó a decir: “Ah... yo les tengo prohibido que conversen”, y yo le

dije que no se preocupara. Eran eso de las ocho de la mañana, estaba haciendo mucho sol. Era un día muy bonito. Entonces mi esposo dijo que fuéramos a desayunar, éramos cinco personas las que estábamos ahí.

Al momento bajó ella a los gritos. Cuando veníamos subiendo por un guanabanito, la vi. Ella venía en pura carrera y a los gritos. Yo le dije a mi esposo: “Ramón le pegó”. Y le dije a ella: “Mija, ¿qué le pasó?”. Y ella a los gritos me dijo: “Mami, que mataron a mi tío Nando”. Y yo: “¡Ah!” Hasta ahí llegué, ahí caí, en un hueco. De pronto volví y le dije: “Dónde, cómo, por qué”. Y ella: “Ay *amá*... que lo bajaron ayer de la escalera y que el chofer de la lechera lo encontró esta mañana. Él le avisó a mi tío Saúl y mi tío Saúl le mandó a avisar a usted”.

Era mi hermano mayor, era como mi padre. Los siete hermanos quedamos huérfanos al morir mi padre. Quedamos en poder de mi madre y mi difunto hermano. Él le colaboraba a mi madre con lo que más podía porque era muy pequeño. O sea, nosotros éramos siete y quedamos solos muy pequeños. Claro que la más pequeña de todos era yo.

Me cuenta mi mamá que cuando mi papá estaba grave le dijo: “Tranquila mija que le va a quedar mucha carga, pero yo se la mermo”. Entonces sí. Papá se murió, al otro día murió uno, cuando veníamos de enterrar a ese murió el otro, y al otro día el otro; o sea, murieron tres hermanos míos seguidos, y adelante se había ido mi papá. Fueron cuatro días de muertos, un día el uno, al otro día el otro. Se fueron así, yo no sé, sería que se cumplió lo que mi papá le dijo a mi mamá. Se

murieron de momento, se enfermaban, se agravaban, y de momento morían. No les valía la droga ni nada. Así, en cuatro días fueron cuatro muertos. Mi papá murió de un ataque asmático, uno de los niños también de asma, y ya los otros dos decían que estaban viendo al papá, que cuando veían al papá era un dolor, un dolor, y no se demoraban ni dos horas para morir.

No quedamos sino nosotros cuatro: dos hombres y dos mujeres. Cuando mataron al mayor quedamos tres y mamá. A mamá le tocó muy duro porque él era el que le colaboraba desde que ella quedó viuda porque el más grande era él. Le ayudaba por ahí dizque a coger frijol y maíz, por ahí le colaboraba en lo que más podía. Ya murió el hermano mío y es muy duro porque él era el que le daba todo a ella. Pues la comidita ahí se la vamos inventando mi hermana y yo. Pero él era el que le daba el vestido, la droga. Ella se enfermaba y no teníamos que hacer fuerza para nada. Era muy buen hijo, muy buen hermano, muy buen papá, y a nosotros no nos faltó todo en la vida por él. Él conmigo también era muy querido. A pesar de que yo ya tenía mi hogar y todo, él me veía enferma y me llevaba al médico, mejor dicho, era todo para mí.

Lastimosamente unos grupos armados me arrebataron a mi hermano, dejando a siete pequeños niños huérfanos y desamparados. De ahí dependió también que yo tuviera otra triste historia, la de mi primer desplazamiento. Porque los mismos grupos armados que me arrebataron a quien yo más amaba con alma y vida nos amenazaron y tuvimos que salir de la noche a la mañana dejando todo atrás, como el calvario de mi adorado hermano y nuestras pertenencias.

Como les contaba, la historia de mi hermano mayor fue algo desesperante para mí. Cuando mi hija mayor me dio esa triste noticia yo salí corriendo hacia mi casa, donde se encontraban mis otros hijos, desesperada, sin saber qué hacer. El esposo mío me decía que no me fuera, que no me dejaba ir al entierro de mi hermano porque de pronto a mí también me mataban, y yo me fui. Yo cogí a mis dos hijas menores y salí con ellas, desesperada.

Tenía que caminar dos horas para llegar a donde podía coger transporte. A él como que le dio verraquera y me alcanzó al llegar a la quebrada El Rosario. Me monté con mis niñas en esa bestia y cogimos la loma en esa bestia. Era un camino muy pantanoso, con mucha barranca. A mí me daba mucho miedo montar a caballo, pero de todas maneras ese día saqué fuerzas de donde no las tenía. Llegamos a la carretera y ningún carro por ninguna parte y nos tocó amanecer sentados en una acera. Una señora me llevó un termo lleno de tinto y yo era llore y fume cigarrillo toda la noche.

Entonces al día siguiente, a las seis de la mañana, pasó un carro de las Empresas Públicas, conté la triste historia y el conductor se condolió de mí y me arrimó a Ventanas, a la carretera central donde pasaban los carros de la costa. De ahí cogimos un bus de Coonorte, en él llegamos a una cafetería que se llama El Águila. Ahí estaba el patrón de mi hermano. Le dije yo: “¿Dónde lo tienen?” Me dijo: “Está en la casa de Darío Patiño”. Un muchacho me dijo que me llevaba. En un taxi llegamos allá. Estaban mi hermana y mi mamá, que habían llegado de acá de Medellín, y mi otro hermano.

Llegar al lugar fue algo muy triste porque ahí encontré a mi madre y a mis dos hermanos destrozados. Al ver a Hernando ahí mismo caí. No lo podía creer porque él, prácticamente, era el papá de nosotros. Francamente él era mi papá, él me crió. En la casa yo no le pedía permiso a mi mamá, era a él. Él era todo para mí, mejor dicho. Bueno, entonces, caí desmayada, en el momento volví, me asomé, lo miré y no lo podía creer. En ese desespero salimos a enterrarlo. No hice sino llorar. Fue muy triste porque aún no he podido superar esa pérdida tan grande. Las hijas mías lloraron mucho esa muerte. El quería las niñas mías como a sus hijos. La niña pequeña todavía lo llora. Él se la llevaba para la casa. La dejaba quince o veinte días allá y le daba lo que necesitaba. Uno no lo puede mencionar porque ahí mismo ella llora.

Cuando lo mataron, mi hermano iba con el niño en la escalera. Cuando le dijeron que se bajara, él fue a bajar el niño en ese punto que se llama La Vuelta del Diablo. En ese momento mi hermano le dijo a uno que venía con él: “¿Enrique, a quién irán a matar aquí?”. Entonces después dizque dijo: “¡Virgen del Carmen bendita! ¿Seré yo?”. Y le dijeron: “Sancocho, me hace el favor y se baja”. Él ahí mismo cogió el niño y le dijeron: “No, es que lo necesitamos es a usted”. A la gente le dijeron: “Sigán y no miren para atrás manada de *hijueputas* sino quieren morirse todos”.

Cuando la escalera iba dando la curva se escucharon los tiros. Nadie dijo nada. El niño bajó donde la mamá y le dijo que el papá se había quedado con unos señores. Al decirle eso ella quedó maluca y ama-

neció sentada en el corredor. A las ocho de la mañana le llegó la noticia de que el esposo estaba muerto.

Eso fue el lunes. O sea que donde yo me quedé en Yarumal el domingo, me hubiera tocado irme con él por la tarde en la escalera, y me hubiera tocado verlo bajar. Eso es una cosa que yo no hubiera permitido, me hubiera bajado y me hubiera hecho matar con él. Seguro que los muertos hubiéramos sido dos. Me hago matar parejo con él. Eso fue una obra de mi Diosito.

Cuando bajamos del entierro no me volví a ver con mi cuñada hasta los quince días. Fui a visitarla y la encontré hecha un mar de lágrimas, esos niños llorando al lado de ella. El mayorcito tenía ocho años. Esos niños cortando caña por ahí para darle la comida a ella. Llegué y ahí mismo se me colgó de la nuca y me dijo: “¡Ay, Marina, yo qué voy a hacer con toda esta familia. Siete hijos son siete hijos!”. Entonces yo le dije: “No, tiene que bregar a salir adelante”. Yo le colaboraba con comida. La hermana mía también le mandaba de aquí ropa, cada mes le mandaba un mercadito. Esos niños sufrieron muchas humillaciones. Ese patrón, a lo que ella no quiso estar con él, la echó de allá, y ya ella por ahí de casa en casa. Por ahí me di cuenta que hay unas niñas que todavía piden limosna en Yarumal. A mí me da muy duro eso: unas niñas ya jovencitas y pidiendo limosna por ahí. Ella todavía sufre mucho. Además, el hijo mayor se le fue dizque para el Putumayo. Esa *familita* ha sufrido, o sea, sufrió y sufre mucho, sobre todo las hijas mujeres, porque los hombres se fueron a andar y las dejaron botadas. No fueron como el papá, porque el papá fue muy buen hijo y hermano.

Al otro día del entierro nos madrugamos para irnos en la misma lechera del señor que nos avisó que lo habían matado. Cuando al llegar a una parte que se llama La Cascada nos encontramos con la gente esa. Se vino uno de ellos. Yo venía en la cabina con la mujer de mi hermano, él estaba en el *volco* con mi esposo. Ahí mismo nos dijo: “Manada de *gonorreas hijueputas*, se pierden todos o se mueren todos, y es hoy mismo que se tienen que ir sino a la noche vamos y los acabamos a todos”. Nosotras nos miramos la una a la otra y no dijimos nada. La cuñada mía se puso a llorar. Nos bajamos del carro en una parte que se llama Aguacatal, cogimos para la finca calladas, sin decir nada. Llegamos, amanecemos, y allá nos quedamos ocho días.

Estábamos trabajando cuando yo miré para una loma y vi al *man* ese. Me hizo señas. Yo subí y me dijo: “Te tenés que abrir *piroba hijueputa* si no querés morirte ya mismo con todo y familia”. Ahí sí nos tocó salir.

Ya le dije yo a mi esposo: “Esto es así y así... Nos amenazaron cuando veníamos del entierro, y ahora vea a ese *man* que me llamó para volver a amenazarnos”. Salimos sin nada. Llamamos al cuñado mío y él nos dijo que nos ayudaba.

Fue muy triste tener que salir de la vereda donde nos criamos de esa manera, sin saber a dónde íbamos a llegar, con seis hijos y dos nietos y, como se dice, sin rumbo. Pero mi Dios es muy grande y el cuñado que vivía acá en la ciudad nos apoyó mucho. Gracias a Dios ese cuñado nos ayudó con tres meses de arriendo, y las buenas personas nos colaboraron mucho.

Es muy horrible llegar a una ciudad de estas. Ya uno llega *sicosiado*. Nosotros no sabíamos ni dónde se cogían los carros para ir al Centro. Es muy triste llegar a una ciudad donde no conoces siquiera el paradero de los buses del barrio donde vives. Al fin y al cabo uno siempre ha sido montañero. Es una cosa muy triste. Ahí me daba hasta miedo salir de la casa, que la gente me mirara. Allá salíamos al pueblo pero los carros que se ven allá son nada, y uno llegar a una ciudad de estas es muy difícil. Son cosas que no se las desea uno a nadie, porque son experiencias muy tristes por culpa de la violencia que vivimos en el país.

A los días de llegar a Medellín llamaron a mi esposo por una platica de unas bestias que había dejado por allá y con eso compramos el ranchito. Y por ahí estamos. Yo por acá no me mantengo amañada porque a mí me gustan mucho las fincas. Mi marido dice que de llevarme para una finca, me lleva para la misma y por allá me da miedo a mí. De todas maneras por allá hubo en estos días un enfrentamiento, por allá en Ventanas hubo como siete muertos.

Yo quisiera estar en el campo. Ahora tengo un negocio donde trabajo los sábados y con eso me consigo la comida. Mi esposo trabaja en Barrio Triste y tiene días que consigue algo y otros que no consigue nada. Tiene días que no hace ni los pasajes. Entonces yo soy la que prácticamente busca la comida para los hijos. Mis hijos son seis. Nietos, que tenga yo a cargo mío, son dos. Pero en el momento en la casa no estamos sino una hija, dos nietos, mi esposo y un hijo. Mi negocio es una especie de heladería. Entonces él los sába-

dos me ayuda ahí. Cuando consigue platica me ayuda para el mercado. Cuando no, me toca a mí.

A mí me da muy duro todo lo que ha pasado. Es que yo cuando estaba escribiendo esta historia lloré. Cada que recuerdo a mi hermano lloro mucho, pero qué más se va a hacer, ya toca resignarse uno con lo que Dios quiso... o Dios no, la violencia.

Luz Marina

Será un poco feliz el día en que pueda regresar al campo a vérselas con montañas, ríos, árboles, tempestades a campo abierto, cielos azules, noches estrelladas y silencios. Mientras tanto, Luz Marina apenas pasa los días en un barrio pobre de Medellín donde el hacinamiento la asfixia y el bullicio la estropea.

Si bien escribe de corrido, sabe que le va mejor contando su historia a viva voz, como se usa para comunicarse en el campo, y así, combinando letras y voz logró escribir esta historia.

Mataron a mis hijitos

María Edilma Flórez Álvarez

¿Por dónde empezara a contarles esta historia?
Lo mejor será empezar por el hijo mayor.

Cuando él tenía diez años se iba a trabajar con el papá. Él colaboraba mucho arreglando vasijas, chapas de carro, puertas... Yo me acuerdo mucho de ellos trabajando en las calles, buscando latas para enderezar o soldar o trabajitos así de latonería.

Cuando el niño cumplió once años empezó a relacionarse con unos muchachos muy malos que tenían unos apodos horribles. Por influencia de ellos, el hijo mío se fue a trabajar en una camioneta que hacía viajes del Centro al barrio y del barrio al Centro llevando gente. El hijo mío era ayudante del conductor del colectivo. Él madrugaba a las cuatro de la mañana, se bañaba y se iba a *collectivear*.

Una vez llegó uno de esos muchachos y le dijo: “Venga Julio, vamos a atracar un depósito”.

Eso fue así, qué pesar tener que aceptar que estas cosas pasaron pero así fueron.

Una muchacha de esa gallada se disfrazó, el hijo mío también se disfrazó con una capota de lana que tiene dos huecos por donde apenas pueden mirar. Cuando ella me vio a mí se quitó eso, yo creo que le dio pena.

De todas maneras ellos se fueron a robar en ese depósito, un negocio donde vendían cemento, arena, ladrillos, madera. El dueño, sería que estaba avisado o cansado de que le robaran, les colocó papel periódico cortado en forma de billetes. Esa fue como una trampa que les puso. Eso fue como a las cinco de la tarde. En ese momento Julio tenía un amigo que era policía.

El marido mío estaba muy cerquita del depósito, en un taller arreglando unas cositas ahí, cuando vio que llevaban al niño en una moto de la Policía. Entonces me llamó y me dijo: “Ahí pasaron con Julio de las *güevas*”. Eran seis los detenidos. Los llevaron para el calabozo y allá los encerraron. Yo no dormí, ni comí. En esas me dijeron: “Vaya llévele una cobija, un vasito de agua, un poquito de agua de panela”. Yo estaba como boba, sin saber qué hacer. Como a las siete de la noche le llevé una cobija y un traguito de agua de panela.

Cuando él me vio llegar me dijo: “Mami, yo hice esto por ustedes, porque los iban a matar”. Así me gritó desde el calabozo. Y yo: “¿Cómo así? ¡yo eso no lo entiendo!” Lo que dijo era que si él no se metía a robar y a matar, íbamos a pagar nosotros. Yo me quedé sorprendida. Entonces llegó un tipo y ahí mismo en el calabozo le comentó: “Usted no va a durar mucho doble *hijueputa*”.

Después de que lo soltaron le tocaba presentarse todos los días en una oficina de la Policía porque él era menor de edad.

Ya Hernán dijo: “Vea, lo mejor es que nos vayamos para Cali”. Y así fue, pero en esa época el niño mío,

Julio, estaba enamorado de una comadre mía, él estaba encantado con ella y fue marido de ella. Imagínese, él era un niño y dizque con mujer. Nos fuimos para Cali para evitar que lo fueran a matar a él, y en Cali ese muchacho era desesperado por esa mujer. Él tenía quince años. Ese muchacho era insistiendo en que volviéramos a Medellín porque ella le hacía mucha falta. Tanto insistió que nos vinimos. Me vine yo con él, Ferney y la niña. Salimos con el mero encapilladito.

Ya en Medellín, él se puso otra vez a trabajar en los colectivos, de ayudante de esos carros. Yo le decía: “Mijo, consígase otro arte, eso es muy peligroso”. Yo vivía muy preocupada, yo sabía que Julio no me iba a durar mucho. En esa época llegó un tipo peludo, veníamos ahí en el colectivo y El Peludo le dijo: “¿Usted qué, sigue todavía con esos sicarios?” El niño mío se rió y después en la casa me explicó que ese tipo era muy bocón y que ofendía mucho a la gente.

Eso fue como a las cuatro de la tarde, cuando por ahí a las ocho de la noche el niño mío se bañó y se acostó. Llegó El Peludo, así lo llamaban, y le tocó en la ventana a Julio. Ese muchacho se puso la ropa y salió de una. “¿Mijo, usted para dónde va?” Le dije yo. Y él me respondió: “¿No ve que me necesita El Peludo?”.

A mí no me gustó nada esa salida. Además de El Peludo estaban otros cinco esperando al hijo mío. Yo pensaba que ese muchacho no iba a durar. Yo era la mujer más triste. No me provocaba nada. Yo a ese muchacho lo quería mucho.

A los días, el sábado 7 de agosto de 1993, a las siete de la noche, llegó otra vez El Peludo. Le tocó y el

hijo mío ahí mismo se despidió y se fue para el colectivo. Le dijo al chofer que ya iba a ayudarlo. Ya para el último viaje se despidió de nosotros. Él me dejó el anillo, la cadena, el reloj y se despidió de todos nosotros. Se despidió de todos, de todos, de cada uno. Yo le dije a Ferney: “Acompáñeme donde Zulema yo me hago arreglar el cabello”. Yo iba con la niña y con Ferney, cuando cerquita del teléfono público yo escuché cuatro tiros. Yo ahí mismo miré para el cielo y dije: “¡Ay, Dios mío que no sea Julio!”

De ahí en adelante la mujer maluca, yo me sentía como pesada, muy maluca por dentro. Un gentío horrible. El niño se asomó y vio que era Julio pero no me dijo nada, se quedó callado. Yo me arrimé y pregunté: “¿A quién mataron acá?” Y un muchacho me dijo: “No, como que a un muchacho muy joven que venía pegado del colectivo”. Y yo pensé: “Seguro que fue al hijo mío”. Que el muchacho traía las manos llenas de monedas y billetes, que todo se le cayó al piso, que la gente empezó dizque a recoger la plata que él dejó caer. Entonces yo bajé, bajé para donde la comadre - yo vivía con ella porque nos había dado posada- y ahí mismo me dice una amiga: “Mona, no se vaya a enojar conmigo, ni se vaya a volver nada... Vea: al que mataron allí en la terminal fue al hijo suyo”.

Yo no lo vi, a mí no me dejaron arrimar. “Mija, organícese para que se vaya para el centro de salud”, me dijeron. El marido mío entró y dizque lo tenían colgado. Hubo levantamiento. No me lo dejaron ver. Que decían: “Vean, la mamá es esa monita que está revolcándose en esa manga”. Yo no me daba cuenta

de nada. Yo dizque me halaba el cabello... Yo no me acuerdo. Allá dizque me dieron una pastilla.

Ya se lo llevaron para Medicina Legal y el domingo lo llevaron para la casa a velarlo. Lo enterramos el lunes a las cuatro de la tarde en medio de ese aguacero tan horrible. Así fue el entierro de Julio, nos lo llevaron domingo y lo enterramos el lunes a las cuatro.

El hijo mayor, Julio, comentaba en vida: “Mamá, lo siento mucho pero Mario le va a dar más brega que yo”. Y así fue.

Yo enterré a Julio y Mario me duró otros cinco meses no más. El uno cayó en agosto y el otro en enero. Eso fueron dos dolores en muy poco tiempo.

Mario a mí no me hacía caso. Era muy grosero, muy desobediente. Me tocaba castigarlo. ¡Qué Dios me perdone lo que yo hice una vez con él! Una vez me hizo dar mucha rabia y yo le aventé una piedra y le di en la cabeza. El muchachito se fue consiguiendo esos amigos y con esos amigos otros amigos.

Él jugaba mucho billar. Entonces una vez vimos que tenía dizque mucha plata. Él no nos ayudaba con nada, no nos daba ni un peso. Julio sí era muy buen hijo, si él se ganaba cinco mil pesos los partía conmigo. Mario, no. A ese niño Mario una vez lo vieron con un poco de plata y ¿sabe de qué fue eso? Él consiguió esa plata por haber matado a un muchacho. ¡Ay... por Dios! Sí. El hijo mío mató.

Le decían que si él no lo mataba acababan con toda la familia, no dejaban a ninguno de nosotros vivo.

Le dije yo a Mario: “¡Usted no tiene derecho de matar a nadie, no tiene ningún derecho porque todos

tenemos derecho a vivir la vida!” Él se enojó mucho conmigo, que él había hecho eso por mandato de esos tipos.

Después llegaron unos tipos y le gritaron: “Eso no se queda así *pirobo*”.

En el barrio había un muchacho al que le decían Lanza. Yo una vez salí al lavadero a lavar una camisa y llegó el tal Lanza y le tiró una piedra a él, a Mario, y casi me la da a mí. Yo pregunté que porqué le tiraba con piedras. Y él me dijo: “¡Ah, es que ese es un *pirobo*, muy poco serio. Ese no es amigo, ese me aventó con la ley!” O sea que Mario vendió a ese tipo.

Y una vez, es que uno nunca sabe qué hacen los hijos por ahí, ese muchacho Mario salió disfrazado con un costal para sapiar a otros, pero ellos lo descubrieron. “¿Saben quién es ese *pirobo* que va allá?” gritó uno. “Ese es Mario”. Lo reconocieron por los zapatos. Él se metió en ese costal para vender a otros del barrio.

Cuando otro día, el hijo mío dizque vestido de soldado. ¿Y sabe para qué se puso esa ropa de soldado? Para venderlos a todos. Ese muchacho hizo hasta para vender ese día.

Una tarde, Mario invitó a Ferney, el niño, a tomar gaseosa a la salida y allá estaba la novia de él, una que se llamaba Nancy. Y que allá estaban unos tipos que miraban muy feo a Mario y que en un matojo había unos tipos escondidos.

¡Ay... Esos fueron unos días muy horribles!

Eso fue como a las cuatro de la tarde. ¡Ay Dios! En la caseta había una cantidad de milicianos. Uno

de ellos le dijo a Mario: “Usted se parece bastante a su hermanito, ustedes se parecen mucho. O sea que si usted muere mañana y ese niño crece, él va a quedar igualito a usted”. Ferney tenía cinco años, imagínese lo pequeñito que era.

Cuando al mucho rato mi hijo dizque desaparecido. Entonces le dijo Nancy a Ferney: “Él aquí trajo un costal y unos zapatos que alumbran”. Y que salió para abajo, para la cancha de Cañada Negra y que ahí había dos muchachas que le dieron de a beso en la mejilla, llorando: “¡Ay Dios!... no nos vamos a ver nunca más”, dizque le decían.

Entonces llegaron unos tipos, cogieron de la mano a Mario, y que él era para abajo dizque seco del llanto. “Vení *pirobo* que te vamos a matar”. Me contaron que le gritaban. Y el que me contó, se tuvo que *perder* porque escuchó muchas cosas. A Mario lo llevaban dizque a las patadas. Que él decía que no había hecho nada malo. Así me lo contaron, me lo contaron como a la mamá que soy.

Yo todavía llorando a Julio y ya Mario dizque desaparecido.

Yo me fui para el teléfono público a llamar a la Policía pero no venía nadie. Ese sábado a las doce de la noche y yo llamando y nadie venía. Yo era busque y busque a ese muchacho por todas partes. Al fin me acosté pero no me dormía, yo me sentía muy maluca, con un presentimiento. Yo veía que él entraba pero no, lo veía que pasaba en puras sombras.

A mí me pasaron asombros. A mí me asombraron los dos hijos antes de morir. Me recosté en la cama

donde él dormía y él me asombró. Él me salió riéndose y me tocaba el cuerpo. Eso fue antes de matarlo. Como a él le fascinaba el arroz, a mí me tocaba mantenerle una olla llena de arroz; ese día vino en sombras y destapó la olla, sacó arroz. Yo sentí todo, la niña también y Ferney. Era Mario pero no en realidad, sino un asombro. Cuando dice Ferney: “¡Ay *amá*, lo van a matar!”.

Mario decía que no me iba a durar porque lo amenazaban mucho. Ese amanecer de domingo, a las cinco de la mañana, salí al patio y ahí afuera estaba una evangélica y me dijo: “Mona, vaya a Santa Rita y busque a Mario”. Yo me puse sin saber qué hacer.

Yo me quité la pijama y salí. “Vamos que Mario dizque está muerto, vamos a buscarlo”. Nos fuimos El Caleño, los dos niños pequeños y dos vecinas. Nos fuimos a buscarlo y nada, ni una seña. Les preguntamos a unos jornaleros y ellos dijeron que no habían visto nada. Yo era como mareada, con ese desaliento, con dolores en todo el cuerpo. Anduvimos por todas partes. Nosotros pasamos un alambrado y salimos a un hueco inmenso. Me dijeron: “Vea Mona, allí está Mario”. Yo me desmayé. Yo no me di cuenta de nada más. Él estaba tirado más allá. Los evangélicos me dieron a beber una cosa amarga en una taza, ellos me rezaron, llamaron a la Fiscalía.

Yo quedé en nada. La gente no me dejó verlo porque quedó muy horrible. “Si ella lo ve, se muere”, decían. A él lo torturaron y eso es lo que más me duele. Yo lo vi al otro día dentro del cajón. El esposo mío lo vio, pero el viejo quedó tan impresionado que no dejó que yo me arrimara. Ese muchacho hizo algo grande porque la muerte que le dieron fue horrible.

A Mario le dieron un changonazo, eso tiene una bala grande que entró y le destapó la cabeza. Le sacaron los ojos.

Por allá hay muchos ranchos y hubo gente que oyó los gritos y que pedía auxilio pero quién se iba a atrever a salir.

A nosotros nos tocó pedir limosna para enterrar a Julio y otra vez pedir plata para enterrar a este muchachito. Casi se nos revienta ahí en la caja, en la casa, porque no juntábamos la plata. El tenía la cara llena de chuzones. Ese muchacho no tenía ojos, eso fue lo que más me dolió. El de la funeraria lo destapó y yo miré al descuido y lo vi. Yo me agaché y me puse a rezar. Mi hijo no tenía ojos sino dos cosas blancas. La gente me decía: “No lo vaya a ver”. El señor de la funeraria se agachó, lo destapó y yo miré: “¡Ay! sí, ese es mi hijo y no tiene ojos”. A él lo volvieron nada. Eso es lo que más duro me dio. Eso fue domingo y lo enterramos martes a las once de la mañana.

Julio era un muchacho más pasivo, más obediente. Pero Mario era tremendo.

El marido mío habló con un muchacho que era como medio primo para que nos ayudara a vender el ranchito. Y ahí apareció la gente que lo iba a comprar. Cuando llegó y nos dijo: “En El Popular hay un señor que les compra el rancho para el hijo de él”. Nosotros bajamos a la glorieta por la plata.

Estaban presentes Jairo y la mamá de Jairo. Hernán me entregó la plata a mí. Yo la metí dentro de un maletín. Él cogió unas enaguas, envolvió la plata y me la entregó. Yo le dije a Elena: “Yo voy a dejar el maletín

aquí". Y ella me dijo: "Tranquila que aquí no roban ni nada". Yo le dije: "Me tengo que ir para la parroquia por las partidas de los hijos parairme tranquila". Ella me dijo: "Venga yo la acompaño".

La niña mía quedó en la casa con dos hermanos de Elena, uno pequeño y otro adulto. Empezamos a caminar cuando ahí en la caseta estaban otros hermanos de ella. Y yo vi que ella miró y les hizo una seña. Nosotros seguimos. Cuando volvimos de donde el padre, me dice Ferney: "Mami, necesito unas medias". Yo me fui a buscar el maletín y eso todo revocado, mejor dicho... Yo dije: "¡Ay Señor, la plata!" Entonces fui a ver y nada, ni plata, ni enaguas.

La misma mamá del que nos robó nos ayudó a desocupar el rancho y nos ofreció posada mientras nos íbamos. Los niños vieron al Jairo con un atado de plata en el bolsillo. Nosotros nos lo encontramos en el camino y él nos extravió el camino. Nos robó un millón trescientos veinte mil pesos, toda la platica del rancho.

Como a las ocho de la noche llegó otro de esa familia, y me dijo: "Vea Mona, qué pesar de usted, yo le presto ciento veinte mil para que organice su viaje". Yo le recibí. Cuando voy yo a ver y era mi plata porque el marido mío tiene la costumbre de ponerle una H o una R a cada billete. Era la plata de nosotros. Él tiene esa costumbre. Desde que yo lo conozco él hace eso. Y el marido mío: "Mona, no diga nada, sigamos callados y salgamos de aquí".

La ida para Cali nos costó cien mil pesos y nos quedaron veinte mil pesos para *fresquiar*.

¡En Cali sufrimos con esos pelados! Usted no se imagina, nos tocó dormir en la acera con esos niños. El hermano de Hernán es muy descarado. La casa de Cali era de Hernán, pero el hermano y la cuñada se la quitaron. Allá nos prestó un saloncito para dormir, pero nosotros no cabíamos, no nos podíamos estirar. Entonces nos tocó dormir en la acera porque él no nos dejaba entrar a dormir en una pieza. Hernán compró esa casa con otro hermano que se desapareció en este barrio. Ese muchacho era tan zafado que se puso a decir: "Vea, usted fue el que mató a mi sobrino. Manada de *hijueputas*". Se puso a decir eso delante de toda la gente. Después él desapareció.

Dormimos dos noches en la calle hasta que una vecina nos dio posada. Yo le ayudaba a arreglar la casa y a trabajar en un negocio que ella tenía de fritos. Esa mujer nos dio vivienda y comida dos años y sin pagarle un peso, lo que no hizo el hermano.

Allá nos aburrimos y regresamos a este barrio. Aquí estamos pasándola muy mal porque no tenemos ranchito propio y él, con ese trabajo de latonero, no consigue nada. Él sigue saliendo a recorrer las calles con sus herramientas pero hay días que no trae ni un peso. A mí se me metió que los hijitos míos cayeron en los malos caminos por las necesidades. Nosotros no podíamos darles ni lo mínimo. Al principio, el esposo mío los regañaba mucho, pero después, le daba susto hasta preguntarles de dónde venían.

María Edilma

Preguntarse por su destino es uno de sus oficios. No pasa un día, dice ella, en que no rece y piense en su vida. Es tan enigmático su origen como las razones por las cuáles la persiguen las tragedias. No conoció a su madre y tampoco está segura de ser hija del hombre que una vez le presentaron como padre.

De niña sufrió lo indecible en estas líneas y de adulta asistió, impotente, a la entrega de sus hijos al delito y al peligro. Todavía llora por sus hijos, por lo que fueron y porque murieron siendo casi unos niños.

cuadras más allá de la casa de mi tía, a parte de eso habían muchos niños jugando (como todo lunes festivo). Cuando alguien gritó "se bajaron, se bajaron, cuidado con los niños", la calle se iba quedando sola y mi tía asustada ~~gritó~~ gritó "¡Jonathan, Laura vengan!". En ese momento se oyó un disparo y mi prima cayó al suelo, su madre estaba muerta del susto pero no pensó que le hubieran dado a la niña; la niña cayó frente a ella (Mi tía) y la miro con su último aliento como despidiéndose o diciéndole gracias por todo con la mirada y bajó su cabeza, Mi tía corrió a cogerla, y cuando la vio llena de sangre, la cargó y salió gritando "¡un taxi, un taxi, auxilio un taxi!", en ese momento Orlando estaba a su casa a almorzar, cuando un muchacho, de los que estaba jugando, le dijo "¡ve, parece un herido, un herido!" Orlando dudó en ir pero arreunó pensando "depronto así uno le salva la

El Día

Helly Johana Blandón Uribe

"El día", así le llaman muchas personas al momento en que nuestra vida llega a su fin. Si es así, el primero de mayo de 2000 era el día de mi prima Laurita, una pequeña de tan sólo siete años que justo el 9 de mayo cumpliría sus ocho años. Era hermosa, delgada, ojos color miel, unas pestañas largas y cejas que parecían delineadas, pelo *mono* y crespo. Aunque tenía hiperactividad era obediente, pasiva, tierna y muy buena persona.

Todo sucedió así. Era una mañana del primero de mayo, día del trabajador. Aunque en ese tiempo había mucha guerra en el barrio Caicedo ese día comenzó bien. Como todos los días en los que Orlando, el padre de mi prima, no tenía que ir a trabajar, se levantaron más o menos a las nueve de la mañana, pero Orlando recibió la noticia de que por su trabajo debía hacer un viaje a Oriente, cosa que hacía algunos domingos para aumentar sus ingresos manejando un taxi.

Muchas veces al desayunar, mi prima Laurita le hacía el café a su padre pero ese día no quiso. Entre mi tía Yaneth -su madre- y primo Jonathan -su hermano- lo rifaron y Laurita se lo ganó varias veces, pero no quiso preparar el café y se fue a hacer mimos en

las escaleras. Orlando dijo: “Qué pecado de la niña, déjenla que hoy quiere descansar”. Minutos después Laurita miraba por la ventana y Orlando como de costumbre le cogió la carita con las manos y le dijo: “Este es mi retrato”. Ella le contestaba: “No, yo no tengo pelos”, refiriéndose a la barba. Pero ese día no dijo nada y sólo se quedó mirando a su padre a los ojos y riéndose.

Días antes mi prima juntaba sus manos y le decía a mi tía: “Mami, yo quiero cumplir años ya”. Mi tía le respondía: “No hija, eso sólo se puede el día que uno nace”.

Orlando invitó a mi tía y a mis primos al viaje que iba a hacer a Oriente, pero a ellos les gustaba más la idea de ir donde mi abuelita, por ende la de Laurita, que preparaba una natillada con el resto de la familia.

Cuando mi tía mandó a Jonathan y a Laurita a bañarse llamó Fiorela, una amiga de mi tía, para invitarlos a su casa. Mi tía le preguntó a mis primos: “¿Vamos para donde la mamita o para donde Fiorela?” Ellos se miraron y respondieron al mismo tiempo: “Para donde la mamita”. Los vistió, a Laurita de zapatos, medias, camisa, pantaloncitos blancos, chulitos de bomboncitos y aretes de oro. Mi tía y mi primo, como casi siempre, de ropa azul y blanca.

Cuando iban caminando mi tía pensó en ir donde Fiorela pero siguió su camino. Era la una de la tarde más o menos cuando iban una cuadra más lejos de su casa, y mis primos estaban abrazados y jugando a los borrachos. Mi primo volteó y le dijo a su madre:

“Mami, ya aprendimos a vivir sin pelear”. Mi tía pensó: “Ya para qué”. De una borró ese pensamiento y pensó: “Tan boba yo”.

Pasaron por donde había unos muchachos jugando; además, muchos niños estaban jugando como todos los lunes festivos. Dos o tres cuadras más allá de la casa de mi tía, alguien gritó: “Se bajaron, se bajaron, cuidado con los niños”. La calle se iba quedando sola y mi tía asustada gritó: “Jonathan, Laura, vengán”. En ese momento se oyó un disparo y mi prima cayó al suelo. Su madre estaba muerta del susto pero no pensó que le hubieran dado a la niña. Laurita cayó frente a mi tía y la miró con su último aliento, como despidiéndose o diciéndole gracias por todo y bajó su cabeza. Mi tía corrió a cogerla y cuando la vio llena de sangre la cargó y salió gritando: “¡Un taxi, auxilio, un taxi!”

En ese momento Orlando subía a su casa a almorzar cuando un muchacho de los que estaba jugando le dijo: “*Parce*, un herido, un herido”. Orlando dudó en ir, pero arrancó pensando que le podía salvar la vida a alguien.

Cuando llegó al lugar y montaron a mi prima, él no la reconoció. Cuando se montaron mi tía y mi primo les preguntó qué era lo que pasaba y mi tía entre dolor y lágrimas le dijo: “La niña, la niña, le dieron a Laurita”. Orlando se pegó del pito y en menos de tres minutos estaba en la clínica El Sagrado Corazón, de Buenos Aires. Allí sacaron una camilla y enseguida montaron a mi primita. El médico, después de examinarla, les dijo a mi tía, a mi primo y a Orlando: “Lo

siento mucho, no hay nada qué hacer”. Mi tía casi se desmaya pero no se desmayó porque no lo podía creer. Cuando asimiló bien las cosas estaba destruida y gritaba mientras lloraba: “Mi niña no, no puede ser, mi niña no”.

Hace dos o tres años le sacamos los restos a Laurita y ese día mi tía lloró más que nunca y decía: “No puede ser, esa no es Laurita”. Se negaba a creer que esos huesitos fueran de su hija, la niña con la que un día fue tan feliz y compartió tantas cosas. Cogía los huesitos en sus manos y derramaba lágrimas sobre ellos y repetía una y otra vez lo mismo: “No puede ser, esa no es Laurita”.

Aunque ha pasado mucho tiempo, mi tía al igual que mi primo y Orlando lloran y se les eriza la piel al recordar y contar tan doloroso día. Pero así fue, y sólo espero que Laurita esté en el cielo como un angelito al lado derecho de Dios y protegida por él.

Helly Johana

A la hora de hacer amigos no tiene problemas, pues se considera una persona conversadora, sencilla y solidaria. Aunque ama mucho a su familia le cuesta trabajo demostrarle lo que siente. Cuando termine el bachillerato quiere convertirse en profesora, tal vez de trigonometría, la materia que más le gusta.

Desde que nació, hace 14 años, vive en el mismo barrio. Lo que más le gusta de él es

el ambiente festivo y familiar que se respira en sus calles. A pesar de la guerra que le ha tocado vivir, dice que nunca quisiera salir de su casa. Le gusta leer historias con finales felices, pero escribió una que no termina bien para ella ni para su familia.

La primera muerte que yo vi

Víctor Hugo Guarín

Era un amigo de toda la familia y el mejor amigo de mi hermano mayor, Alex. El personaje principal de esta historia, más conocido como Pacho, era un joven muy atractivo y sobre todo simpático, amable y con muy buen sentido del humor. Tenía un metro setenta centímetros de estatura, dieciocho años de edad, pelo rizado hasta el cuello, ojos cafés, nariz puntiaguda, orejas pequeñas, labios pequeños; era blanco y musculoso.

Alex tenía siete años cuando conoció a Pacho. Pacho tenía ocho.

Alex subía a la cancha de Alto Bonito y Pacho vio a Alex, le dijo: "Parcero, ¿va a jugar?". Alex le dijo: "Sí". Entró a la cancha, jugó con Pacho y jugaron muy bien los dos. Al final, Alex le preguntó: "¿Cómo te llamas?". Él dijo: "Pacho. ¿Y tú?" "Yo me llamé Alex", respondió mi hermano.

De ahí surgió una gran amistad. Pacho llevó a Alex a la casa de él y a Alex le gustó mucho una hermana de Pacho. Después, Alex trajo a Pacho para la casa mía. Y le dijo a Pacho que una hermana de él le había gustado mucho.

— ¿Cuál?

— Leidy.

Y Alex fue conociendo a Leidy y pasaron cinco años y Alex se hizo novio de Leidy y el mejor amigo de Pacho.

Alex y Pacho se metieron a un torneo de fútbol y como ganaron todos los partidos quedaron en el primer puesto.

Pasó el tiempo.

Cuando Alex tenía quince años y Pacho unos dieciséis, unos amigos les dijeron que si se metían al equipo de ellos, que el premio era un marrano. Pacho y Alex se metieron al equipo de fútbol, llegaron a la final y ganaron el partido con un marcador de cinco goles contra cero. Alex metió tres goles y Pacho metió dos. Esa fue la mejor celebración para la cuadra de Villa Turbay.

Yo tenía siete años cuando a Pacho lo mataron. Yo andaba detrás de mi mamá para todos lados porque chupé teta hasta que tenía siete años. Cuando me llevaban a la escuela me ponía a llorar porque la profesora no me dejaba venir para la casa a chupar teta. La profesora llamó a mi mamá para que fuera por mí. Mi mamá fue por mí, cuando la vi llegar a la puerta de la escuela me sentí el niño más feliz del mundo.

Mi mamá y yo nos vinimos para la casa, me entró y me puse a chupar teta. No volví a estudiar porque era muy rebelde y era el niño más mimado de Villa Turbay. Me mantenía andando la calle todo el día mientras mi mamá se iba a trabajar. Salía a las dos de la tarde y llegaba a las once de la noche, y yo me quedaba despierto hasta que llegara mi mamá para chupar teta.

Mi mamá primero vivía en el Centro, en una pieza pagando arriendo con mi papá que todos los días llegaba borracho, y con dos hermanos míos. Y vivieron cinco años en el Centro, cuando una amiga de mi mamá le dijo que se viniera para Villa Turbay que ella tenía un lote para que mi mamá hiciera una casa y que podía vivir en la casa de ella hasta hiciera la casa. Y mi mamá dejó a mi papá y se vino para Villa Turbay, a vivir con la amiga hasta que mi mamá hizo la casa de ella. Mi mamá tenía cinco meses de vivir en Villa Turbay y le pidió ayuda a mi papá para construir la casa. Mi papá se vino para Villa Turbay y vivieron dos años con la amiga de mi mamá y se pasaron a la casa ya construida de material.

Un día mi papá llegó borracho y le pegó a mi mamá y se escuchaba mucha bulla en la casa. Un grupo de milicianos bajaba por la casa y entró a la casa. Sacaron a mi papá y lo cascaron, mi papá quedó tirado en la carretera todo golpeado. Un miliciano tenía agarrada a mi mamá. Cuando los milicianos se fueron, mi mamá cogió a mi papá y lo entró para la casa. Mi papá quedó en la cama dos meses.

En Villa Turbay cuando yo iba para la cancha a jugar siempre venía llorando porque los otros niños me pegaban muy duro con el balón. Un día llegué a la casa llorando con la nariz reventada porque un *man* me tiró el balón a la cara. Y otro día vi que subía ese *man* y le dije a Alex que ese *man* era el que me había pegado con el balón en la nariz, y Alex salió y le pegó un puño a ese *man* en la nariz. Ese *man* salió corriendo para abajo y ese *man* no volvió a subir por la casa. Yo quedé con la nariz rota dos meses y no volví a subir

a la cancha. Y pasó el tiempo y llegó diciembre cuando mataron a Pacho.

La vez que yo me acuerdo que vi a Pacho, estábamos yo y mi hermano Alex en la casa, comiendo, cuando apareció Pacho con otro *man* que tenía una cara de sicario que apenas lo vi sentí tanto miedo que me oriné de susto. ¡Qué miedo de solo verlo! Y mi hermano me dijo: “Este *man* no es el diablo”, y el *man* abrió el maletín que tenía lleno de billetes y sacó un billete de cinco mil, y me dijo: “Compráte una gaseosa para que se te quite el susto que te metí”.

Yo me cambié la ropa y salí para la tienda y compré una gaseosa y varios dulces. Entré a la casa y mi hermano le preguntó a Pacho que de dónde habían sacado toda esa plata y Pacho le dijo: “Atracamos un banco”, y se fueron de la casa. Pacho era muy buena persona y siempre estaba con nosotros en la buena y en la mala, con toda la familia.

A Pacho lo vi al día siguiente. Él llamó a mi hermana para que salieran a hablar con otra amiga que trajo Pacho. Se fueron para el frente de mi casa. Estaban sentados cuando, de un camino, salieron unos hombres encapuchados y armados. De pronto le dispararon en el rostro, y mi hermana y la otra amiga salieron corriendo hacia mi casa llorando. Yo salí cuando los dos milicianos lo remataron, le llenaron el cuerpo de balas. Pacho se tiró en la mitad de la carretera agonizando. Los dos milicianos salieron corriendo por la carretera para arriba.

Mi hermano vio a Pacho tirado en la carretera, agonizando, y salió corriendo para la casa por una sábana para que no se desangrara. Lo envolvió en la

sábana y ahí mismo bajaba un colectivo, y mi hermano se le metió de frente al carro que no le iba a parar, y montó a Pacho en el colectivo y se fueron para el hospital. Entraron por urgencias y a la media hora salió un doctor y le dijo: “Lo lamento, hice todo lo que pude pero murió”.

Mi hermano se vino para la casa llorando por Pacho. Y fue tanta la tristeza que a mí me dio cuando vi llegar a mi hermano a la casa, que yo sentí el dolor que tenía él como si yo lo tuviera en el fondo de mi corazón. Ese día no pude dormir porque sentía que Pacho estaba en la casa dándonos el adiós a todos. Yo sentí que él me dio la mano y me dijo: “Adiós y nunca sufras por mí” y desapareció.

Sucedió en Villa Turbay. Diciembre de 1995

Víctor Hugo

Víctor Hugo vio la muerte por primera vez cuando tenía siete años y no ha parado de sentirla. En adelante supo cómo los muchachos de su barrio se mataban con los de otro en guerras protagonizadas por milicianos y paramilitares. Y ha visto caer a compañeros del colegio por balas perdidas que los alcanzan mientras van rumbo al colegio.

Ahora Víctor tiene 18 años y está validando el bachillerato. Las noches de los sábados las dedica a las tertulias literarias de jóvenes en La Sierra, donde leyó la historia que escribió para este libro.

El Poder, el hambre y el hampa

tres cosas q' vivimos en nuestro Humilde Hogar. Cuando se cuenta con familias numerosas, como el caso de nuestros padres, abuelos y en general todas sus comunidades de ese entonces, una triste historia q' vivió y seguiremos viviendo todos los seres humanos, esa triste realidad q' desde lo más profundo de mi alma, he sentido tanto en lo personal, como en el humano q' está a mi alrededor. No creo estar equivocada cuando pienso y digo q' desde q' me encontraban en el vientre de mi madre, sentí este vacío, esta pobreza y esta vida violenta a la q' me tocaba enfrentar y subsistir para contárselas.

El poder, el hambre y el hampa Ana Chalarca

El poder, el hambre y el hampa son tres cosas que vivimos en nuestro humilde hogar. Cuando se cuenta con familias numerosas, como el caso de nuestros padres, abuelos y en general todas las comunidades de ese entonces, eso puede pasar. Puede suceder que una triste historia que se vivió, la sigamos viviendo; tristes realidades como las que yo, desde lo más profundo de mi alma, he sentido en todo lo que está a mi alrededor.

No creo estar equivocada cuando pienso y digo que desde que me encontraba en el vientre de mi madre sentí ese vacío, esta pobreza y esta vida violenta que me ha tocado enfrentar y sobrevivir para poder contárselas.

Hay un camino por donde llegan los rumores, los enemigos y los hechos violentos de unos seres humanos que por el hambre llegaron al hurto, al rencor, al problema más grande creado en sus propias mentes; seres dispuestos a seguir adelante obteniendo como resultados las más terribles tragedias.

Recuerdo muy bien el día en que mi mamá tomó ese mismo camino para ir hasta la misa celebrada en Sabaneta en honor a María Auxiliadora. Eran las sie-

te y quince de la mañana cuando ella se subió al primer bus de Caicedo y dos o tres kilómetros más abajo se subieron tres horribles sicarios en busca de uno de los pasajeros del bus. Se formó una balacera y mi madre en medio de la desesperación gritó: “¡Conductor... por favor llame a la ley!”

Uno de esos sicarios la oyó y le dijo: “¡Vieja *hijueputa*... cuál ley!” Y le disparó, dejándole incrustadas en su cuerpo tres balas, las que por gracia de Dios todopoderoso no la mataron. A pesar de las heridas estuvo conciente de todo lo sucedido.

Ya supimos nosotros lo que iba a desencadenar lo ocurrido con mi madre en el bus: una tragedia con uno de mis hermanos. ¿Cuál? El más violento, del que más se comentaba que parecía una bomba de tiempo, del que se decía que no era más malo porque no podía. Por comentarios de la gente, mi hermano supo quién le hizo esto a su madre y fue y lo abaleó dejándolo en una silla de ruedas y le dijo: “Quiero verte sufrir como está sufriendo mi mamá por los tres tiros que le diste”.

Ya mi hermano era el malo del sector; El Calvo, así era como lo llamaban sus *parceros*.

Pasaron varios meses. Ya él viendo a mi madre recuperada fue y lo mató. Venganza saldada, según él. De ahí en adelante empezó a unirse a bandas o a grupos que estaban acostumbrados a lo mismo. ¿A qué? A robar, a creerse unos dioses porque tenían armas con que agredir y hacer daño, incluyendo a su propia familia. A sus hermanos los apuñaló en varias ocasiones, a su esposa la maltrató e hizo de ella una persona

sin valor, sin amor hacia ella misma. Y a esas personitas que tenía a su lado - ¿quiénes?, sus hijos- las golpeaba e insultaba.

Se decía que a El Calvo en las noches, en las madrugadas, lo veían disfrazado para así engañar a sus víctimas. Víctimas de un robo porque éstos pudieron ver quien fue el que los agredió y les quitó lo que con el sudor de su frente habían obtenido. Víctimas de su mano asesina porque sin poder contar quién, por su maldad y desequilibrio les quitó sus vidas, la vida: la oportunidad más linda que mi Dios nos obsequió.

Pasado algún tiempo, uno de sus *parceros* lo invitó a hacer una vuelta, para ellos esto es ir a robar o a matar. La vuelta era matar a un enemigo que tenía su *parcero*. Cuando El Calvo se dio cuenta de quién se trataba dijo: “A ese *pelao* no, es hijo de una mujer muy buena amiga mía. A ese *pelao* no”. Su *parcero* lo miró y apuntándole con su arma le dijo: “O le disparamos ya o aquí mismo te mato yo”. Se formó la balacera y El Calvo mató al *pelao*, apodado El Piojo.

El hogar de este muchacho, el muerto, estaba conformado por mamá, papá, El Bony y El Piojo. A los pocos días de la muerte de El Piojo, el papá se hizo matar de un carro; su mamá, muy triste por la muerte de su hijo y de su esposo, siguió adelante por el hijo que le quedaba, El Bony.

El Bony quería vengar la muerte de su hermano y entonces hizo varios atentados contra toda la familia de El Calvo. Aquí entró la angustia, la desesperación, el miedo, el decir de cada uno de sus hermanos: “¿Para dónde cojo? ¿Me quedo o me voy? ¿Para dónde nos va-

mos si no tenemos a nadie que nos colabore para huir de este gran enemigo que, aliándose con sus *parceros*, tiene en mente acabar hasta con el *nido del perra*?

Llegó el día más esperado o inesperado, lo digo así porque sabíamos lo que él tenía en mente pero no sabíamos contra quiénes lo iba a hacer. Ese día mi abuela cumplía años de muerta. Entonces quisimos celebrar una Santa Misa, por ser además ese día el más lindo para las mujeres que han dado vida. Era el 10 de mayo de 1987, día de la madre. Para ese tiempo ya toda mi familia había cambiado de casa, excepto yo que me quedé donde crecimos. Todos nos fuimos para la misa. Terminada la celebración, nos dijo El Calvo: “Vayánse con mi mamá. Yo me quedo comprando un pollo asado que es lo que ella quiere”.

Llegamos a la casa y en cuestión de dos minutos llegó El Bony, acompañado de su *parcero*, apodado El Taita. Llegaron armados hasta los dientes, se dirigieron al patio y El Bony dijo: “¿Dónde está esa *gonorrea* que mató a mi hermano? ¡O me dicen dónde está o los mato a todos empezando por los hijos de esa *gonorrea*!” Entonces mi papá le contestó: “Sea más berraco hombre y enfréntese a él mismo y no con nosotros, gran *marica*, que nada tenemos que ver con esto”.

La respuesta de mi padre lo ofendió demasiado y sin vacilar le disparó. De inmediato fuimos a sacarlo para el hospital pero El Bony fue más rápido que nosotros y antes de abandonar la casa puso un petardo de gran poder. Los destrozos fueron impresionantes. Sólo se escucharon los gritos de todos preguntando por mi mamá. Ella salió del baño, donde se había es-

condido, diciendo: “Por favor, cojan a su papá que está mal herido”. Nos fuimos detrás de él para el hospital.

Cuando El Calvo llegó a la casa preguntó qué había pasado. “Pues, Darío, que mataron a mi papá porque no lo encontraron a usted”, le respondió una de las hermanas. ¡Ay Dios mío la que se armó! La hermana salió para el hospital y El Calvo a buscar a su enemigo diciendo: “Hoy mato a esa *gonorrea hijueputa*, ¡cómo se le ocurrió meterse con mi familia!”

¡Ay Dios mío! ¿Por qué se metió con la familia? La respuestas las teníamos todos menos él que era el único causante de todas las desgracias. ¿Por qué? Porque era el peor de todos los hermanos que no eran *perita en dulce*. De cada uno de ellos puedo contar una historia real y conmovedora por todo lo malo que hicieron. Pero esta es sólo la historia de El Calvo.

Después de la muerte de mi papá, El Calvo quedó como embrutecido. Ya no comía ni dormía en la casa por estar vigilando a El Bony, que según él estaba perdido. Pero no. Los dos estaban haciendo lo mismo. Persiguiéndose. En esas El Bony, confundiendo a otro muchacho con El Calvo, lo mató y por ahí derecho dejó a cuatro niños huérfanos. La ley se lo llevó.

Para El Calvo, el *canazo* de El Bony no era suficiente. Él quería matarlo con sus propias manos. El Bony fue condenado a siete años de prisión y durante todo este tiempo El Calvo se confió de sus *parceros* y desde allá El Bony estaba planeando matarlo. Pues sí, El Calvo, *comiéndole arrastre* a sus *parceros* fue cruelmente torturado, le dieron la más horrible de las muertes.

Cuando llamaron a mi madre para darle la noticia, dijo: “Esa razón la esperaba hace mucho tiempo. Mi hijo era lo que decía la gente: una bomba de tiempo que a cualquier momento explotaba”.

Durante el velorio toda la gente, familiares, amigos, vecinos, hacía comentarios de todo lo que hizo El Calvo desde su niñez. Su madre se acercaba al féretro y decía: “Ay.... hijo, a cuántas madres hiciste pasar este dolor tan grande que hoy estoy sintiendo. Desde niño me diste muchos problemas; pero yo te insistí para que cambiaras y todo fue inútil. Hiciste de tu vida un paño de lágrimas para todos los que te queríamos”.

Cuántos comentarios desagradables escuchamos de este tipo. Unos decían que era un violador; otros, que un asesino, un ladrón... ay... qué no haría si era el hombre más malo que vivía en este barrio. Mirá que yo estoy aquí por mi mamá que es la más bella gente. Sinceramente no sabemos por qué todos los hijos le salieron tan porquerías. Yo solamente quería aceptar que esa persona que estábamos velando era mi hermano y que todas esas personas que hablaban tenían toda la razón.

Mirá, ese tipo era tan malo que estuvo mucho tiempo en Gorgona y para haber estado allá no era *fruta que coma mono*. En ese tiempo había conocido una muchacha muy buena persona. Ella estuvo allá, en Gorgona, visitándolo. En una de esas visitas quedó en embarazo y ese tipo era tan *gonorreá* que, creo, que allá en la isla la estaba ahogando. Cuando ese perro salió de la cárcel no quiso ni reconocer el niño.

Hasta que de tanto la gente decir que él iba a terminar matándola, ella reaccionó y lo dejó. Pero la pobre sufrió mucho por él.

Ya cansada de tanto escuchar comentarios, me fui hacia el féretro y mirándolo le dije: “Si supieras u oyeras todo lo que dicen de vos y lo que yo directamente estoy pensando... ¿Qué clase de persona eras si toda la gente habla de lo malo que fuiste? ¿No te das cuenta de que las hermanas y los hermanos no te están llorando porque saben qué clase de alimaña eras? La que te está mirando fue la más grosera, la que te enfrentaba muy feo. Y ahí está la pobre mamá, la que más sufría.

Mirá que por culpa de él, todas las mujeres se fueron de la casa, menos yo, la que lo estaba mirando. Y eso está muy raro, decían, porque ayer cuando lo mataron la gente no hacía sino decir que dizque él venía con varias armas a matarla a ella. Venía hacia la casa con armas y se puso a tomar en la esquina con varios *parceros*. Ellos le decían que se fuera y él que no. “No me pienso ir hasta que no haga lo que vine a hacer”, les respondió. “Es mejor que te vas”, le decían, “estás muy borracho y así te puede pasar algo”. Uno de los amigos ya le había quitado las armas y preguntándole de nuevo qué iba a hacer lo oyó decir: “Pienso matar a esa *gonorreá* de la hermana mía, así sea lo último que haga. Ella le dice mucho a mi esposa que me deje, que no sea boba, que no aguante, que yo soy muy malo... y eso a ella qué le importa... no, *parcero* es que usted no se ha dado cuenta de que ella es tremenda *gonorreá* con todos los de la casa, ella quiere ser como sola

y eso así no es conmigo. Sabe qué parcero, pásame el revólver que yo la mato y me voy”.

No sé qué pasó de ahí en adelante. El mismo día que él me iba a matar lo mataron a él. Yo me siento tranquila, pero en mi familia siempre han tenido la duda de si yo tuve algo que ver en esa muerte. Por eso y por mi forma de ser vivo sola y aislada de toda mi familia.

La vida sigue y ahora tengo la oportunidad de contarles esta historia, una entre muchísimas, sin siquiera tener que salir de mi hogar. Podría contar trece narraciones más que nacen de la raíz de todas: mis padres. ¿Por qué mis padres? porque ellos son el centro de mis historias.

Mi madre: mujer de hogar, sumisa y víctima de su destino.

Mi padre: irresponsable, borracho, víctima de su propio invento.

Sus hijos: sicarios, ladrones y prostitutas. Víctimas de sus padres porque no tuvieron sino maltratos y no quién los guiara hacia algo bueno.

Ana

Narra con una naturalidad envidiable. Escribió su historia de un tirón y dice que, a pesar de algunos malos momentos, redactarla fue como si un viento ligero le trajera un poco de liberación. Imagino a Ana, en su mesa de trabajo, descargando fuerte el lápiz sobre un

papel a punto de romperse como, según cuenta ella, resuelve muchas cosas en su vida. Impulsiva, divertida, amigable, agresiva, Ana se deja ver en el retrato familiar que apenas empezó a dibujar para este libro. Cuadro que habla, desde lo más íntimo, de las violencias familiares que se cruzan con los conflictos sociales.

entonces nosotros en Pensamos
a encondernos y un día alexy
el se fue a labar un café y
luego se iban a cojer café y
entonces el niño bio q" iban
unos hombres armado detras de
el entoce el llego y se puso
andar setifal final la vestia
cuando lo cogiero unos hombres
y le preguntaron q" endonde
estaba el Papá entoce el le
dijo q" no sabia entoce se le
rebaron con ellos lo golpiaron
y las bestias y se fueron el
niño alberto corrio a contarnos
y corrimos a buscarlo encontra-
mos. nosotros desespertado
corriamos todo los cafetales
Pero no lo encontramos
buscamos en la casa hay
estaba lavando café entoce nos
pacimos muy contentos

A Uramita, no Rubiela Giraldo Bedoya

Yo vivía en Uramita, en la finca Altos del Manda-
rino. Era de nosotros, ahora es monte, pero era de to-
dos los hermanos. Tenía cinco tajos de café, plátano y
pura caña. Todo se distribuía por pedazos. Cuando un
plátano se estaba poniendo viejito, el otro iba a empe-
zar a producir. También había tajos para ganado.

Al principio no sabíamos que era la guerrilla la
que estaba por ahí. De un momento a otro pasaron
por la casa. Pasaron muy tarde, pasaron por su ca-
mino y no volvimos a saber de ellos. A los tres días
oímos en las noticias que habían atacado Cañas Gor-
das. Bueno, fueron pasando los años y todo transcu-
rría normal. Antes no se llamaban frente de las FARC,
se les decía EPL.

Entonces mi hermanito Jorge estaba en el Ejérci-
to, estuvo mucho tiempo en Carepa. Acabó el tiempo
de servicio militar y se vino para la casa. A los tres
meses de él estar acá dijo que tenía mucho miedo. Es-
tábamos lavando un café, un lunes, cuando vimos unos
hombres por una finca vecina, entonces él me dijo:

-Oíste, Ruby ¿qué será aquello?

-¡Ay! Mirá.

Entonces nos pusimos a lavar el café y a mirarlos.
Los vimos que se subieron por un alto, ya era camino

real. Nosotros nos quedamos ahí. Luego mi hermano Ómar, que también estuvo prestando el servicio en el Ejército, se fue con la esposa para el lado de allá a coger un café y vino y dijo que habían encontrado muchos rastros, pero nadie más sabía nada. Entonces mi mamá dijo: “¡Ah! seguro es esa gente que está por esas cañadas, ¿quién sabe para donde se tirarán?” Porque después de que se volteaba había mucho para donde coger. Entonces, no le prestamos más atención al asunto.

Una vez, mi hermanito Ómar se madrugó con mi papá para Uramita. Él se fue por allá, para Arenales donde él tenía una novia. Mi hermanito Jorge se quedó hasta más tarde y me había dicho que me cuidara, que no sé qué y se fue. Más tarde llegó Ómar, le pregunté por el otro hermanito y me dijo que Jorge se había quedado en la carretera.

Entonces, resulta que Jorge le estaba enjalmando la mula a una muchacha que vivía de agregada en una finca cuando vio que unos tipos cayeron a la carretera, pero él no sabía quiénes eran. Siguió enjalmando la mula cuando se dio cuenta de que se dirigieron a él. Ahí mismo lo cogieron, lo amarraron, hicieron tirar a todo el mundo al piso y le dijeron a la muchacha que no había visto nada. Con el cabestro de la yegua amarraron a Jorge y se lo llevaron.

En ese lugar estaba un perro que no era de la casa sino de un amigo de Jorge. Ese perro lo seguía mucho y mi hermano lo defendía, lo quería. Dicen que el perro se fue detrás de él.

Los guerrilleros les dijeron a todos los que estaban en la fonda que no podían moverse ni hablar has-

ta que ellos desaparecieran. Resulta que se confiaron de un señor que estaba borracho, borracho. Ellos vigilaban a los demás pero al borracho no le prestaron atención porque lo veían ahí tirado en el piso, pero él se *pilló* todo el *ruaje*.

Entonces cuando a mi hermano se lo llevaron por un lado, el borracho salió por la otra loma y llegó donde Hugo, el mayor de mi casa, y le dijo:

–Oiga, ¿qué vamos a hacer? se llevaron a Jorge.

– ¿Cómo, hace rato?

–¡Uf! cuando yo monté para acá, ellos montaron hacia arriba.

–Ya no hay más nada que hacer.

– ¡Cómo que no hay qué hacer! Sí hay que hacer, volemós a ver si llegamos primero a la parte de arriba.

Los guerrilleros se llevaron a Jorge a una vereda que se llama Guayabal, allá pusieron a un tipo a que le diera agua y todos detrás de él bien armados. Luego lo pasaron donde una tía de nosotros. Ahí el grupo se repartió y, de pronto, comenzó una balacera. Primero se escondieron y después cogieron por ese cafetal arriba y salieron a un potrero.

En esos días, la cuñada mía se estaba volviendo loca y escuchó la conversación del tío de mi hermano con la guerrilla. Ellos estaban entretenidos cargando las cocas del almuerzo y ella se voló. Cogió loma arriba, ese filo arriba, a las siete de la noche. Esos perros aullaban. Cuando menos pensé yo, me asomé esperando a mi hermanito porque yo sabía que él no bebía ni nada, vi un bombillo que asomó al portón. Cuando sí, empezó a gritar a gritar. ¡Ay, Dios es muy grande!

Porque lo que uno gritaba arriba lo escuchaban ellos abajo, y ellos no escucharon.

Entonces, yo le dije a mi hermano que estaba con la mujer en la cama:

– Ómar, por allá viene una que grita, grita y grita.

–Escuchen y contesten.

Y salíamos y contestábamos, y los perros aullaban, lloraban, la cosa más impresionante de la vida. A nosotros nunca nos había tocado eso. Nosotros: “¡Virgen del Carmen!”

Mi hermano me mandó a mí y mi otra cuñada a encontrarla a ella al broche. De noche nosotras no éramos capaces de andar. Nosotras ipum! caíamos por allá. Imagínese que él nos alcanzó y nosotras sin llegar a donde estaba ella. Él pasó, llegó primero, y escuché que él le gritó más abajo:

–Miriam, ¿qué pasa?

– ¡Qué se llevaron a Jorge y lo mataron!

Yo entendí eso. Ya se sabía que ellos se llevaban a la gente y la envolataban.

Entonces, nosotros corrimos y corrimos, y cuando yo corrí hacia abajo mi hermanito Ómar me dio un guarapazo para que yo no siguiera porque nosotras las mujeres somos más escandalosas, chillamos y de pronto lo hacíamos matar en el camino. Ya no sé más. Cuando yo desperté estaba en la mitad de la loma. Regresamos a la casa y nos quedamos en la casa chillando. ¿Qué más hacíamos? Chillar y rezar. Nosotros rezamos para que si lo mataban, nos lo dejaran velar.

Mi hermanito corrió. Le dio tiempo de ir por la escopeta y atajarlos. Miriam no se devolvió para la finca

con nosotros sino que se fue con él, pero él la botó. Él tuvo tiempo de volverse con la escopeta a esperarlos a la mitad del camino. Mi hermano Hugo le dijo:

– ¿Ómar, dónde los va esperar?

–Arriba donde desembocan todos los caminos, donde se juntan en un solo camino.

–Pero mucho ojo con irlo a matar a él.

–Yo sé que no puedo.

Ómar, como venía del Ejército, sabía que ellos ponen de carnada al secuestrado. Entonces él se quedó ahí, se atrincheró bien, cuando los vio que asomaron pensó: “Ahí vienen estos perros. Si tiro, al primerito que traen es a mi hermano y yo no lo puedo matar”.

Entonces él de una vio que traían linterna. Mínimo, cuando asomaran más arribita, seguro iban a apagar la linterna porque ya empezaban a ver la luz de la casa. Allá los estaba esperando mi hermano solo. Ómar solo. A Hugo le dio miedo. A Ómar, porque ya había prestado el servicio militar, no le daba miedo. Cuando él fue a disparar resulta que era la cuñada mía que iba bajando. A él se le olvidó esa muchacha. Cuando iba a disparar vio que ella traía una camisa blanca, la cogió y ipum! La tiró por una falda abajo.

Cuando, verdad, en esos momento que la tiró vio que venían ellos. Él le disparó al aire. Cuando él disparó, todos a contestarle a él. Todos. Y entonces él les gritó:

–¡Alto! ¿Quién muere y quién vive?

–¡El Ejército!

Y mi hermano vio que todos se volaron cuando él gritó esas palabras. Pero el Ejército era él solo. Todos

se echaron a rodar y él vio que quedó uno solo con mi hermanito. Él traía a Jorge amarrado. Y Jorge sí sabía que el que había gritado era Ómar. Entonces, en un descuido del guerrillero le dio una patada y lo echó a *pelotiar*. Cuando lo echó a *pelotiar* gritó:

– ¡Ómar corra que ya estoy libre!

Entonces todos corrieron. Era como la una de la mañana. Esa madrugada todo se volvió horrible... Los perros ladraban...

Por allá al amanecer mis hermanos se encontraron en el monte, se demoraron mucho para verse porque al ver las sombras cada uno pensaba que era la de algún guerrillero. Jorge se encontraba muy adolorido, muy aporreado. Como a las seis de la mañana nosotros nos levantamos y vimos un hombre que venía llegando a la casa, y dijimos:

– ¡Ay! Mi hermanito.

Cuando era un hombre de esos que llegó a la casa y preguntó por donde era el camino. Nosotros le dijimos aunque ya sabíamos que él iba a ver quién había en la casa.

Nosotros nos fuimos a buscar a mi hermanito y lo encontramos. Él dijo que gracias a Dios ya estaba bien. Tenía una costilla quebrada. Estaba donde mi cuñada. Estaban todos afuera, mi papá, la gente... Ya los vecinos les estaban diciendo a las esposas que los despacharan. Como habían oído el tiroteo querían salir a buscar el muerto y pensaban que si la guerrilla los encontraba, ellos iban a decir que iban a trabajar.

Al ver que Jorge estaba bien nos fuimos todos para las casas. Él me dijo que le arreglara de comer

que tenía mucha hambre. Ya cuando subía para la casa, lo cogieron y lo mataron.

A él lo mataron un 23 de diciembre, a las once y media de la mañana. Ya tiene catorce años de muerto.

Ya toda mi familia se tuvo que venir para acá, para Medellín. Yo me quedé con Alberto, John Jairo y Jhony. Nos dejaron un trabajador para que si llegaban, él dijera que no estábamos, para que nos respaldara.

A mi papá y a mis hermanos les tocaba dormir en el monte. Todos los días salían del trabajo con la comida empacada y se iban a dormir en el cafetal, en las plataneras. Así estuvieron como tres meses. La gente empezó a decir: “Vea, están en tal y tal parte”. Y a ellos empezó a darles miedo, entonces se vinieron para Medellín.

Como al año de haber matado a Jorge ya empezó mi familia a volver a Uramita y mi hermanito Ómar se fue otra vez para el Ejército, dizque a vengar la muerte de Jorge.

Fue pasando el tiempo y empezamos a ver a la guerrilla y prontico llegaron también los *paracos*. Uno no temía porque no tenía conflictos con ellos, pero ya se decía que mataron al vecino, que vea, que mire, que en tal parte mataron al esposo de no sé quien, que mataron la esposa, que encontraron a unos niños llorando encima de la mamá, que apenas amanecía los niños corrían a llamar la mamita y la abuelita muerta.

Ya la vida era encontrar muertos.

Ya uno escuchaba muchas cosas. Por ejemplo, por la parte de arriba de Frontino estaban llegando a las casas y si encontraban un hombre en el día se lo lle-

vaban; que a los niños de once y doce años también se los llevaban. Yo le decía a mi esposo que durmiéramos en el monte y él me decía que no. Se llegaba la noche y eso era una penitencia para uno. Seamos sinceros, era algo muy horrible. De las seis de la tarde a las seis de la mañana podían llegar ellos y acabar con uno.

Cuando en Juntas de Uramita empezaron las balaceras, a la una de la mañana se oía a la gente gritar. De la finca de nosotros no se veía la carretera, había que bajar un buen trecho para ver. Entonces los carros pitaban y decían que bajaron veinte muertos de Juntas... Y nosotros veíamos a Juntas al frente... En esas a usted ya le tiembla todo. ¡Virgen!

Hasta que ya mi marido empezó a decir: “Imagínese que hay un bizco por ahí que es muy malo. Ahorita que iba a arrancar la línea lo vi llegar con todos esos malos de Juntas, pero se ve que es más malo que ellos”. Entonces yo decía: “¡Virgen del Carmen! Cogen esa loma y también acaban con nosotros”. Que vea, que vienen por tal parte. Yo le decía a mi esposo: “Venga, durmamos en el monte”. Después pusieron muchos retenes para Juntas, Cañas Gordas, Cestillal y luego empezaron a meterse a las veredas.

Cuando la guerrilla empezó a meterse por las veredas ahí fue donde cayó mi esposo con ese hombre que era guerrillero y se había vuelto de los *paracos*. Lo empezaron a seguir. Esto sucedió en Uramita. Era un hombre llamado El Mono Torres, que era guerrillero. Este señor se robó un café y le mandó una razón a mi esposo con mi hermano. Le dijo que ese *man* había dicho que no quedaba contento hasta que no lo mata-
ra, por lo que él había contado lo del café.

Eso fue tres años después de la muerte de mi hermano. Vivíamos en la misma finca, era muy buena porque a veces sacábamos hasta cuarenta cargas de café. Nosotros no teníamos que pensar en la comida, nunca, nunca. Si usted quería carne un día de semana, cogía una gallina; también había marranos, pavos, patos, de todo lo que usted quisiera. Con todos esos animales usted tiene muy buen sustento en una finca. Lo único que había que comprar era el jabón y la sal. Vivíamos todos en la finca. Éramos catorce hermanos, de esos murieron dos, y ya quedamos el resto allá con mi mamá y con mis sobrinos.

Una cosecha de café era, no, pues... mejor dicho. Una cosecha de frijol, no... Usted no iba a alzar una tazadita, no. Muchas veces el mismo frijol servía para revuelto porque era mucho, mucho. Usted pilaba ocho kilos de maíz y si no alcanzaba para el día, por ahí a las tres usted estaba pilando, para a las seis estar asando más arepas.

Miren que hay mucha diferencia entre la vida del campo y la de la ciudad.

Cuando ese *man* entró y entraron los *paracos* por las veredas, ya era más peligroso. Cuando empezaron a meterse casa por casa ya amenazaron a mi esposo. Ya él dormía en el monte.

Mi esposo trabajaba en una finca. Cuando le daban el primer paso al café, como se demoraba como tres semanas para volverse morado, se iban a coger café a otras fincas. Entonces mi esposo era el que salía cada ocho días a mercar porque mis hermanos nunca han sabido mercar. Él salió y dice que iba en la línea, por

allá los carros se llaman línea, cuando El Mono paró ese carro. El hombre estaba bebiendo en la entrada del pueblo y paró el carro y le dijo a mi marido:

–Hombre, tengo que hablar con vos.

–No puedo.

–¡Te bajás de ese carro!

–No... llevo el café.

–¡Te bajás o te mato!

Entonces mi esposo, viendo que lo amenazó, se bajó y le dijo al conductor que le pusiera cuidado al café. Entonces ese hombre le dijo:

–Vea, en tal bodega tengo seis cargas de café. Esas seis cargas las vas a reunir y vas a decir que ese café es tuyo.

–No, yo no puedo hacer eso.

–Es que lo tenés que hacer porque ya te dije que te va a pasar.

La muchacha, la dueña del café, reconoció el café. Como la finca de nosotros era más fría, el café era muy grande. En cambio, como la finca de ella era templada, los granos eran más menuditos. Entonces la pelada reconoció el café y empezó a hacer una investigación hasta que se dio cuenta de lo que había pasado. El Mono pensó que era mi esposo el que lo había aventado, entonces se perdió, se robó unas vacas, hizo hasta de todo en esa finca y se voló. Esa finca era de una prima de El Mono Torres. Él le hizo un viaje de cagadas a la misma prima y se voló.

Cuando descubrieron que él era guerrillero, se voló. Ya todo el mundo quedó tranquilo, todo el mundo pensó que ya, y mentiras que al año apareció El Mono, pero esta vez era *paraco*.

Ya cuando volvió era *paraco* y empezó a echarle el viaje a mi esposo, ya aporreó a los muchachos, ya teníamos que correr por los rastros. La razón era que se cuidara que lo iba a matar, que lo mataba porque lo mataba. Entonces mi esposo no creyó, dijo que él no había hecho nada.

Ya no dormíamos en la casa, dormíamos en un caserío. Mi esposo amanecía un día ahí, mañana en otra vereda, después en una cañada. No podía dormir en la misma casa porque no faltaba quien contara. Una vez él se madrugó a trabajar y yo me fui para la escuela a hacer el almuerzo.

Al llegar a la casa le dio por ir a coger café, y Alberto y el niño se fueron detrás con el desayuno. Los muchachos sí lo iban viendo a él, pero los *paracos* no lo veían. Los niños vieron que los tipos iban detrás y regresaron para la casa. Allá, esos hombres les dijeron a los muchachos que no desenjalmaran las bestias, se tuvieron que quedar ahí, y ahí fue donde los golpearon y se los llevaron.

Les preguntaron que dónde estaba el papá, y ellos dijeron que no sabían. Entonces se los llevaron muy lejos, golpearon la bestia y la dejaron tuerta. A Alberto lo golpearon muy feo. Por allá iba alguien, no sé sabe quién, que les dijo: “Oigan, hermanos, dejen esos pelados que no han hecho nada”. A los tipos les dio mas rabia y los tiraron por una falda a *pelotiar*. Los niños eran mis hijos. El *paraco* era el Mono Torres.

Los niños fueron a la escuela y me contaron. Tuvimos que romper un viaje de rastrojo, por unos cafetales, para ir a buscarlo. Nosotros, desesperados,

corríamos por todos los cafetales, pero no lo encontrábamos. ¡Ay, qué desespero! Como a las cuatro y media lo vinimos a encontrar en la casa lavando el café. Yo le conté que ese hombre lo estaba buscando, y él dejó ese café sin lavar. Nos fuimos a meternos a una cañada abajo.

Desde ese día empezamos a amanecer en el monte, a andar por los rastros, a dormir donde los vecinos. Hasta que un día no aguantamos más. Él se vino para Medellín por Cestillal. Cuando mi esposo salió esa noche pensábamos que nunca volveríamos a verlo pero, como mi Dios es tan bueno, al otro día me llamó y me dijo que estaba bien.

Ya sabiendo yo que si ese hombre llegaba y no encontraba a mi esposo mataba a todo el mundo, yo también empaqué. Dejé a John y a Jhony donde una amiga y me vine con los pequeñitos. Me traje a Alberto para que me ayudara a cargarlos.

Me vine en el bus de Peque, a las nueve y media. Llegamos a Medellín y estuvimos un mes, pero mi cuñada les pegaba a los niños porque corrían, jugaban y gritaban. Entonces yo me aburrí y me volví para Uramita.

En Uramita, ese hombre empezó a decir que si no encontraba a mi esposo la cogía con la familia. Y como a ellos no les importaba matar mujeres y niños, yo cogí a mis hijos, bajamos por unas cañadas que eran puro rastrojo y donde uno se zafara se mataba porque eran puras peñas. Después de llegar a los caminos teníamos que esperar que fueran las diez de la noche para poder entrar. Y uno sin comer, los niños con hambre. Esa gente estaba en las carreteras revisando buses,

por eso había que bajar de noche. Ya me los arrastré a todos, por allá no quedó nadie.

Volví a Medellín. Llegamos otra vez de arrimados. Otra vez a sufrir con mis hijos, si comían no desayunaban ni almorzaban. Era muy difícil conseguir hasta un pedazo de panela. Por donde usted mirara no había ni un grano de sal. Una cuñada mía me mandaba mercado.

Estábamos sufriendo mucho y mi esposo recibió una llamada para una finca en Jericó. Entonces mi cuñada decía que ojalá no resultara nada. Él se fue, encontró la finca y como estaba tan aburrido dijo que sí. Yo también estaba tan aburrida que sin pensarlo, sin saber para que cañada o monte me iban a llevar, yo dije: “Sí, yo también me voy”.

No teníamos nada y así nos fuimos. Ese lunes que llegamos, como a las doce del día, los niños con ese desespero como de hambre. A las seis de la tarde todavía se metían por esos cafetales a buscar plátanos, bananos. Eso era coma, coma, coma, como si nunca hubieran comido en la vida. Nos fue muy bien. Al otro día de haber llegado la gente nos llevó fríjoles, arroz, de todo en canastas. Como a los ocho días fue la patrona, nos llevó colchones y plata para mercar.

Llegó la fiesta de la Virgen del Carmen, que la celebran por allá en agosto, y los vecinos, los sacerdotes, los líderes, nos llevaron una paca de panela y de arroz.

Por allá pasamos muy bueno, muy rico. Estuvimos cinco años. Por allá no se veía guerrilleros ni *paracos*. Chismosa fuera yo donde si dijera: vi guerrilleros o vi

paracos. Nunca vi. Vi un muerto porque peleaban y se mataban por ahí borrachos. El problema, por el que nos salimos, fue con una vecina de más abajo porque el agua bajaba sucia. Entonces ella demandó al patrón y lo pusieron que tenía que cerrar la finca.

Llegamos a El Popular, aquí en Medellín. Ya sabíamos cómo era la mano: Nos prestaron doscientos mil pesos, trajimos los corotos y nos metimos por allá a Tres Esquinas, a pagar una pieza. Mi esposo, al verse sin trabajo, se fue para Bolívar, en Antioquia. Se fue con John Jairo, con Jhony y con Alberto. Se fueron a trabajar y con lo que ganaron pagaron las deudas.

Con otros trescientos mil pesos se puso a vender tomates. Yo le decía que no fuera a decir que él era esposo mío. Y me decían: “Oiga, ¿ya llegó el señor que vende los limones?” Yo decía: “Ah, no, está equivocando”. Me daba pena, porque yo sentía que eso era como pedirle limosna al otro, como humillarse.

Entonces John Jairo, Jhony, Ildebrando se animaron a vender tomates. Una vez Jhony se perdió por allá en el Centro, y creo que explotó una bomba y él estaba a una cuadra. El niño llegó contando que eso había explotado muy duro, que le había dejado los oídos haciendo *ipiiiiiiiiiiiiiii!*

Cuando empezó la cosecha de café en Bolívar, en septiembre, se fueron todos ellos a coger café. Mi esposo venía cada quince días, pero mis hijos se demoraron tres meses para volver donde mí. Ahí ahorraron para comprar el lotecito, echamos piso y lo hicimos de madera. Ya yo me vine para esta casa. Pagamos los trescientos mil que habíamos prestado y él dejó de trabajar en el campo.

Empezó a trabajar en construcción. El señor le da trabajo, lo deja uno o dos meses sin trabajo, pero siempre lo llama. Él se rebusca mucho. Cuando ve que está muy dura la cosa se va para Bolívar a trabajar y de por allá nos trae plátanos y de todo. Así sobrevivimos.

Estando aquí, Alberto se estaba dañando mucho. Yo le decía que eso no era una buena vida para él. Se estaba metiendo a los *paracos* de aquí. Yo le decía que lo iba a mandar a la cárcel, que mirara cómo nosotros habíamos tenido que abandonar la casa, que si a él le gustaría volverse un asesino así como ellos. Yo me enojaba y le decía:

—¡De manera que nosotros nos vinimos de allá porque los *paracos* nos iban a matar, y vos llegás aquí, te metés en los *paracos* y no te da nada ir a matar una familia, hacer desplazar una familia! ¿Es que a vos te pareció eso muy bueno? ¿A vos te gustó cuando te pegaron? ¿A vos no te dolió?

—Ah, no, es que uno tiene que hacer como le hacían a uno.

—No, entonces te gustaría que esos hombres llegaran y nos hicieran lo mismo.

—No, a mi familia no.

—¿A vos te pareció muy lindo cuando mataban papás, mamás? ¿Y muy lindo ver a esos niños huérfanos, con hambre, correr por un rastrojo? ¿Te pareció muy bueno?

Él empezó a caer en la cuenta de todo, se enojaba y aunque no me trataba mal insistía en llevar las ideas de ellos. Yo entiendo que él estaba obsesionado por ellos y con ellos, porque uno sabe qué le insinuaban.

Yo le dije que si se iba, me enterraba para siempre. Ya uno, habiendo vivido eso tan horrible, sabe que ellos no se van de santos. Entonces uno por qué le va a decir: “Sí, mijo, váyase, ese el mejor camino”.

Me dolió mucho en el alma.

Yo enfurecía.

Viéndolo así lo mandé para la finca y allá se estaba con mi papá. Estaba toda la semana con ellos y los dejaba solitos el fin de semana. Sábado y domingo amanecía un grupo un día, al otro día amanecía otro grupo. Entonces ya él por la noche se sentaba a llorar, se encocava y rezaba en medio de los hermanitos.

Un día se fue para el pueblo cuando pasaron tres carros que llevaban jóvenes para los *paracos*. Entonces él se fue con ellos, anduvo una cuadra y dijo: “Ay, mis hermanitos que no me dejan”. Yo viéndolo que se volvía así le dije que se tenía que ir para Uramita y los hermanitos, al ver que yo lo iba a mandar, dejaron la escuela y se fueron con él. Y no demoraron un mes para volver a llegar aquí. Vio que la cosa era muy dura y dijo: “Mami, por allá me acordaba de todo lo que usted me decía y me daban ganas de sentarme a llorar. Yo veía esa gente y a mi me temblaba todo, mamá”.

Yo no sé si es que un hijo tiene que ser muy malo para no escucharlo a uno. Si cuando él me dijo que se iba para los *paracos* yo me quedo callada, él se va. Pero como yo me le enojé... Entonces ya vino y dijo que se iba para el Ejército.

En el barrio, en un tiempo empezamos a hacer una escuelita. Eso era de tierra, la hicimos con madera. En ese mismo año entraron los de Corporación Región y

empezaron a meter a mis hijos en el proyecto de los jóvenes. Ellos fueron los primeritos que empezaron a ayudarnos y si no fuera por ellos estos muchachos no tendrían ni colegio, ni cuadernos, ni qué hacer.

En Uramita está la finca hecha un rastrojo. Ahora no hay ninguno de nosotros allá. En la finca vive esa gente. Mi mamá murió y mi papá vive con otra mujer. A mi sobrinito lo mataron en Ituango, estando en la Contraguerrilla del Ejército. Llevaba siete años cuando lo mataron. En mayo hará dos años.

Faltaban siete días para cumplirse dos meses de esa muerte, cuando mi hermanito el de El Popular, que manejaba un taxi, se metió para Belén. No sé sabe qué sucedió, pero lo mataron. Es que después de venirnos de por allá la muerte ha estado muy complicada con uno. Pero igual ya como que paró un poquito. Espere-mos que pare del todo.

Hace días me siento muy contenta porque mi muchacho volvió del Ejército con muchas ideas buenas, nunca de bandas o de algo malo. Ahora soy feliz con mi esposo y mis hijos.

Quisiera volver al campo, pero a Uramita no. Qué pesar que la tierra donde uno nació, donde creció, donde tuvo todos sus hijos, le traiga tan malos recuerdos. Imagínese uno pasar por un camino y decir aquí fue donde mataron a una señora... O de pronto llega esa gente y se le lleva a uno los hijos ya grandes y con estudio. .. O se le lleva a uno la niña... Ay, no... Mucha gente ha vuelto y los hijos ya están en la guerrilla o en los *paracos*.

La patrona de Jericó nos decía que admiraba mucho a mi esposo porque a pesar de la pobreza nunca mató por quinientos mil pesos, que es lo que pagan. Él se gana el sustento sin necesidad de mancharse las manos.

Rubiela

Las historias que Rubiela Giraldo puede contar son muchas y de cada una tiene el recuerdo vivo. Logró reunir las en un relato apabullante, no sólo por la cantidad de secuencias violentas, sino por la intensidad de las tragedias. Aquí, las palabras cortar, abreviar, resumir, achicar pierden sentido. No se puede comprimir las historias dolorosas de una madre que apenas ahora, después de muchos años en Medellín, encuentra razones para sonreír.

Aunque vive en un rancho de madera en un asentamiento al oriente de la ciudad, el trabajo comunitario que sus hijos lideran la llena de orgullo, felicidad y razones para creer que su vida dará frutos.

asacar y no podieron y aquí estamos
esperando que piensen con
nosotros pues lo que pedimos
no es riqueza sino vivienda
digna y trabajo para poder
vivir mejor. Ha que nuestro
ranchito se nos moja cuando
llueve y nos quedaremos aquí
hasta que Dios quiera y así
termina nuestra historia
Fin. Ahí Luz Amparo Vásquez

Mujer con ilusión

Luz Amparo Vásquez Flórez

Yo, Luz Amparo Vásquez, vivía en la vereda El Oso, municipio de Frontino. Era un clima cálido, teníamos muchos animales como gallinas, patos, marranos, un perro que se llamaba Cual y tres pares de conejos. Bueno, en el paisaje había frutas como mandarina, naranja, piña, guayaba, maracuyá, aguacate; también caña, café, plátano, yuca. Además había muchos árboles.

Las familias que habitaban la vereda eran veinte, de las cuales unas seis eran de mi familia; estaban compuestas por padres, abuelos, tías, primos, hermanos. Los abuelitos ya murieron hace diez años.

En donde vivíamos las casitas eran de cartón y laticas de zinc. El piso era de tierra, lo mismo que la pared. Las casas eran de tablas y de barro, también había casas de federación que llaman, de esas que mandan a hacer de tapia. Por ejemplo, mis abuelitos y mis tías vivían en una casa de tapia. Ya cuando mis abuelitos murieron, mis tías se *abrieron del parche*. No más quedamos mi mamá, nosotros, como dos tíos y los vecinos.

Allá alumbrábamos con lámparas de petróleo, luego electrificaron y ya nos fuimos acostumbrando a la energía. Los caminos eran como canelones, feos,

entre el monte. Eran pedazos así como con caña, café, volvían y comenzaban y pasábamos por montecitos. Bueno, los canelones son caminos hondos, caminos como de bestia. Uno se podía esconder, porque no eran caminos como los de aquí, sino hondos. Por esos caminos se caminaba difícil, con botas, más cuando llovía porque eso era puro pantano.

De la vereda al pueblo caminando había tres horas, en mula era más rápido, por ahí dos horas. A veces yo iba a Frontino porque mi esposo me mandaba a mercar, otras veces iba él o encargaba el mercado.

En el año 2000 fue desplazada mi familia, Guzmán Vásquez, que está compuesta por mí, mi esposo Ezequiel, Diana, James, Humberto, Luz Ened, Catherine y Luisa Fernanda. Mis hijos son seis. La mayor es Diana Patricia, ella es alta, blanca, vive aparte, tiene su hogar. De ahí sigue mi segundo hijo que es James León, ese tiene veinticinco años, tiene su hogar también y vive aparte, es blanco también y alto, narizón como el papá, flaco. Después sigue el otro que tiene veintidós. Se llama Humberto y es blanco, medio *acuerpadito*. La cuarta es Luz Ened, trigueña, ojinegra, pelinegra, mala clase a veces. Bueno, de ahí sigue la quinta que es Catherine Mabel. Tiene once añitos y es blanquita, zarca también, parecida a la mamá. De ahí sigue la niña, que se llama Luisa Fernanda y es también trigueña, tiene diez añitos y a veces es agresiva. No le pueden hacer dar rabia. Cuando llegamos aquí, la primera vez, ella tenía como diez mesecitos.

Bueno, voy a hablar del lugar donde vivía. Era un lugar muy tranquilo, se veía en paz todo hasta que

apareció un grupo armado y al tiempo apareció otro grupo. Un día cualquiera llegó un grupo armado pidiendo que le colaboraran. Nosotros le dimos gallinas, plátanos, papas, yucas. Como allá había un tanque grande, iban y se echaban agua en la cara. Salían con lo que pedían por ahí en las casas. Como que tenían campamento pero en el monte, porque ellos llegaban a la casa sin nada, como llegar a pasear, se estaban un rato y se iban. Los veíamos por ahí en los caminos asoleándose. Ellos eran vestidos de civil con armas. Conversaban normales con uno. Un día uno preguntó dizque: “¿Por aquí no han venido los *patiamarrados*?” Y yo decía que qué era eso. La guerrilla llama *patiamarrados* a los soldados, pero yo no sabía.

Esos hombres también me estaban aconsejando la niña, a la mayor, para que se metiera con ellos. Yo me puse a llorar y les dije: “No se me lleven la niña”. Ella era que se iba, que se iba, porque se encaprichó de un *man* de esos. Ella me dejó y yo estaba en embarazo de Catherine Mabel. Ella se me fue con la guerrilla.

Esa noche vinieron esos hombres hasta el patio y eso estaba todo empantanado. Allá las necesidades se hacían en el monte, entonces decíamos: “Ah, eso fue que se fue para el monte”. El papá se fue a buscarla, encontró rastros y el camino lo llevó hasta otra vereda. Fue hasta cierta parte y de ahí se devolvió. Al otro día preguntamos y sí, la gente vio quiénes se la habían llevado. Yo sabiendo que ya me habían dicho que ella tenía conversa con ellos y que ellos mismos iban a convencerla a la casa, ya sabía.

La cagona se fue sin permiso. Al año apareció por la noche. Conforme se me voló, vino. Fue llegando con

una maleta y una barrigota, cuando ya vivíamos en Medellín. La niña que tuvo de ese guerrillero se la quitaron. El papá se mató, porque él se voló de la guerrilla y al verse cogido, él mismo se metió una granada. La niña es huérfana pero no se la entregan a ella. Ella nunca más volvió a saber de esa gente. Ahora está por ahí en una finca.

Bueno, en la vereda pasaron ocho días y quince días y pronto los guerrilleros se fueron como llegaron. La guerrilla se fue y ahí mismo cayeron los *paracos*. En una vereda todo se sabe, ya había *sapeo*, decían que en la casa habían estado esos hombres, y como ellos llegaban pidiendo cosas, uno sin saber, les colaboraba. Llegaba un grupo armado y uno qué iba a saber quiénes eran. Este grupo armado llegó investigando quiénes habían colaborado con la guerrilla. Luego comenzaron a amenazar las familias. Hubo familias que de pronto desocuparon pero nosotros no hacíamos caso.

Ahí se jodió todo. Ya comenzaron los sufrimientos para muchas familias, por esa razón muchas tuvieron que abandonar sus tierras, pero nosotros no hacíamos caso. La cosa se quedó así. Pensábamos que nos decían así porque mi esposo tuvo un problema con un vecino. Creíamos que era por eso. Pero luego nos mandaron de nuevo a amenazar.

El problema de mi esposo con el vecino fue en el comienzo de su juventud. En el campo se hacen fondos a través de fiestas comunales, y el comienzo del problema fue allá, por una pareja, o sea un joven compañero de él y una muchacha. Un señor irrespetó la

muchacha tocándola vaginalmente. Ella sacó la mano, se la puso en la cara, y el señor enseguida se la dedicó a Ezequiel, el que es ahora mi esposo, se juntó con un amigo y le hicieron problema. Bueno, el amigo del señor le tiró un machetazo a la nuca. Ezequiel también le respondió de la misma manera, pero lo único que le hizo fue un planazo que le pegó en una pierna.

A los quince días del problema, el amigo del señor seguía a Ezequiel en el pueblo, bregándolo a acorralar para hacerle algo, pero Ezequiel lo visualizó. Hizo ir de la casa a Ezequiel que le cogió tres horas de camino. Salió con una mochila, un poncho, un látigo, y a la media hora de camino el amigo del señor alcanzó a mi esposo. Cuando le habló tenía el machete. Ahí fue cuando lo señaló en la nuca. El agresivo fue capturado a los quince días por las autoridades. Mi esposo fue, declaró por él y lo sacó de la cárcel, hicieron las pases y quedaron de amigos. Mi esposo tenía diecisiete años cuando eso.

Bueno, a los años, cuando mi hija mayor tenía doce años, mi esposo se mantenía muy tensionado, aburrido, y nos fuimos a una fiesta comunitaria. Por ahí a las tres de la mañana estaban unos amigos, un cuñado y mi esposo charlando medio embriagados, jugando. El cuñado le quitó el sombrero a un amigo sin mala intención, le dañó el sombrero. Mi esposo se lo quitó al cuñado. Se hizo responsable para que éstos no se disgustaran. Otro amigo se lo arrebató a mi esposo. Ezequiel intentó recuperarlo pero el muchacho le pegó un planazo en la espalda al cuñado. Mi esposo le puso otro planazo al muchacho en el pecho. El cuña-

do mío estaba jugando billar, le fue a tirar con el taco y el muchacho se lo paró con el machete, reventó el taco, se le fue a la nariz y le dañó el tabique.

Mi esposo, viendo todo eso, se lo tranzó con el machete y lo sacó de la caseta. Lo siguió por ahí veinte metros. Bueno, la caseta era enrejada con malla. Yo salí a la puerta cuando estaba el señor llamando a mi esposo con el machete en la mano. Mi esposo se fue, cuando me cuenta él que se iba yendo con intenciones de rescatarme pero que al mismo tiempo pensó que era la oportunidad de vengar lo que el amigo le había hecho cuando tenía diecisiete años. Mi esposo se le acercó y el señor comenzó a tirarle con el machete, y mi esposo a los lances lo logró en una mano. Ezequiel pensó rematarlo pero algunos amigos del señor lo cogieron, se lo llevaron. Nosotros nos fuimos para la casa y llegamos a las cinco de la mañana. El señor estuvo en Medellín en recuperación.

Quince días después yo salí a mercar a Frontino, me encontré con el señor y me dijo que mi esposo tenía los días contados. Luego, al mes mi esposo recibió una boleta en donde le decía que tenía nueve días para que nos viniéramos de la vereda, y que era de un grupo armado. Pensamos que las amenazas eran de ese señor. Desde ese mismo día comenzó mi esposo a dormir en el monte.

Lo que más me llenaba de temor en esos términos eran personas no conocidas armadas, otros con camuflados, mucha mortandad en las otras veredas y los *paracos* pasaban por ellas como patrullando, investigando. Ellos no nos amenazaron de frente. Ellos

iban era donde mi mamá. Ella una vez toda triste me dijo: “Ay, hija, vea que se tiene que ir”. Que desocupáramos.

Ahí fue donde tuvimos que desocupar dejando todo, pues cómo íbamos a vender todo a la carrera, como las siembras, animales. Me dijo mi esposo: “Nos vamos”. Empacamos en la maleta dos muditas de ropa, que era lo único buenito, una olla a presión, el televisor.

De la casa a la carretera había tres horas de camino, y a Frontino una hora y media. Era de noche, caminamos por un camino empantanado, por desechos para llegar al pueblo, hasta cierta parte. Ya luego era carretera hasta el pueblo. Íbamos con todos los niños. Como el mayor estaba más grande nos ayudaba a cargar.

Traíamos una maleta café, vieja, *achucharrada*, toda desgastada. Yo la mantenía con cosas arrumadas, papeles y de todo. Al no haber sino eso nos tocó usarla, la metimos dentro de un costal para subirla al bus. Bueno, también traíamos unos bolsitos con lo mejorcito de los niños. En la maleta había ropa. Esa maleta yo la boté, con tantos años.

En Frontino esperamos el bus, no llegamos hasta el propio Frontino sino hasta más abajito, a un sitio que llamaban Mediaguas. Ahí esperamos el bus, le pusimos la mano, y paró. Luego paró en Cañas Gordas para ver si la gente quería tomar alguna cosa. Ezequiel me decía: “Ay, hija, qué vamos a hacer corticos de plata”. Yo le dije que mejor era que aguantáramos, cualquier bobadita era para los niños. Luego el bus también paró en Palmitas para los que querían bajar-

se a hacer necesidad. Bajamos al baño y otra vez nos subimos. Los que tenían, pues se ponían a comer; los que no, nos quedamos en el bus. Fueron cinco horas de camino.

Llegamos a la Terminal de buses, a Medellín. Eso fue como al amanecer. Con hambre, con cansancio, los niños y nosotros dos llegamos a Medellín sin comer lo suficiente, cogimos un taxi que nos dejó en los tubos. El señor había dicho que subía hasta donde la hermana de Ezequiel, pero nos dejó en los tubos. ¡Qué problema! Tuvimos que pagarle completo. De allá acá cobran cinco mil pesos y mi esposo le dijo: “¿Cómo? ¡Si usted no nos llevó hasta donde íbamos!” El señor se estaba enojando y yo por evitar el problema le dije a mi marido: “Déle lo que él le pidió ¿qué se va a hacer?” Abajo donde comienza el colectivo a subir por Enciso, cogimos otro carro para que nos subiera a Tres Esquinas. Llegamos de arrimados donde una hermana.

En todo ese viaje yo me sentí triste, yo lloraba. Si así fue el día que nos vinimos cómo sería después. Es que todavía tengo esos recuerdos patenticos y lloro.

Como el cuñado también le tuvo que dar cosas a la guerrilla, lo iban a matar. No sé cómo hizo para volarse. La mamá fue llorando allá donde mi esposo, que vea, que se lo habían llevado, que lo iban a matar. Amaneció y búsquelo, cuando llamaron de aquí que él estaba en Medellín ¿Y qué duró? Duró tres meses aquí. En La Vuelta del Diablo lo bajaron del colectivo y ahí lo mataron, eso fue como por medio de teléfono, seguro. Eso es malísimo uno irse escondido del pueblo

y hacer llamadas. Nosotros ni siquiera alcanzamos a verlo aquí en Medellín.

Vivimos dos meses con mi hermana. Luego nos vinimos para donde una cuñada, vivimos con ella cuatro meses. De todas maneras estábamos de arrimados y con niños pequeños. Bueno, menos mal traíamos unas libras de arroz. Con eso comimos tres meses. Luego llegó el tormento cuando se nos acabó, pero en esos tiempos de estar por aquí yo aprendí a ir a los recorridos para hacer de comer.

Los recorridos consisten que se va un grupo de mujeres a pedir por todas las tiendas, o por casas donde uno ve que tiene modito. Uno toca y pide que le colaboren con algo y le sacan una papa, una zanahoria, a veces una libra de arroz, lentejas, otras veces le dicen a uno: “No, pidan antes para que nos den... Les da uno una vez y ya todos los días están pidiendo”.

Los recorridos son bajando por el 13 de noviembre, déle por ahí para abajo por los tubos, por Llanadas. Hay otro recorrido que va por Buenos Aires, llega a la placita de Flórez, pero uno se va a pie. Uno pide moneditas también, pues, si a uno no le da pena. Bueno, a veces uno recoge y tiene para el pasaje, y trae la comidita para el diario, otras veces no se hace nada. De todo le dan a uno: hueso, mucha legumbre, mangos. Primero yo salía todos los días al recorrido, ya ahora no por lo enferma que me mantengo, me duelen mucho los pies. Aunque a veces me veo mal de papitas y digo: “Yo tengo ánimo deirme hoy para el recorridito”. Pero por ahora no voy a los recorridos. Falta de plata y salud.

Bueno, luego mi esposo consiguió unos días de trabajo. Mi esposo siempre ha sido trabajador, humilde, comprensivo, responsable, sólo que los problemas a veces lo hacían rebelde. El trabajo que tenía mi esposo era un carro de comidas rápidas, en el Centro, trabajando en las noches. Por medio de un evangélico consiguió el trabajo. Ezequiel se cansó, se fue para Frontino, eso fue en mes de octubre de 1995; se consiguió una finca de café, vino por nosotros, nos fuimos otra vez. Aguantamos hasta el cinco de noviembre de 1996. De ahí nos tocó volver otra vez para Medellín. Es que nosotros nos volvimos para Frontino porque dijeron que eso se había compuesto, que eso estaba dizque en paz y nos tocó salir otra vez.

Ya teníamos un inicio del lote en donde tenemos ahora la casita. El lote lo conseguimos por medio de la hermana de él. Ella dijo que había un señor vendiendo lotecitos, y así conseguimos esto. Mi esposo negoció con él. Yo le dije a mi esposo que lo que ganara lo ahorrara para que hiciéramos el ranchito, que yo seguía pidiendo, y así fue que hicimos el ranchito. Bueno, comenzamos a construir. En quince días hicimos en donde dormir, trabajando lo mismo él y yo.

Luego por medio de la gente conocimos entidades que nos ayudaron con unas hojitas de zinc y comidas. Pues eso tampoco dura mucho que digamos. Bueno, luego otra vez pidiendo para poder comer porque a veces hay para comer, otras veces no. Entonces no podemos dejar a los niños morir de hambre.

Al año, Ezequiel conoció un hermano en Cristo, le dio trabajo vendiendo límpido a crédito. Después una

prima también lo empleaba en lo mismo, pero como era en compañía no le quedaba nada, de todas maneras él insistió hasta que aprendió a prepararlo y ahí vamos, en el ranchito.

Mi casa es en tablitas, el zinc es malito, se moja todo cuando llueve, se mojan las camitas. Las camitas son malitas, con colchoncitos que nos han regalado. Solamente conseguimos la comidita a las bregas. El piso es de tierra, tengo todo junto ahí, nada apartado, todo sin divisiones. Tengo roperitos, unos viejitos; mi esposo compró uno y los otros son regalados. Bueno, en la cocina tengo un fogoncito que me regalaron de dos puestecitos, tengo un locerito y tiene muchos platicos y pocillos de plástico, porque no tengo vajilla ni nada. Tengo una nevera, pero está mala, no sirve para nada.

Tengo los servicios, pero esa agua no es potable. Nos hemos enfermado mucho por medio de esa agua. A mis niñas les han dado granos, inclusive a mí también. Me tocó ir al médico y me mandaron una crema y pastillas para las infecciones y los hongos vaginales. Como uno se baña con el agua así, se enferma. Cuando uno se baña se tira el agua del tanque. El agua de canilla viene muy fría y me gusta del tanque, ya recogida. Yo lleno el tanque y dejo que se asiente esa tierra. Uno lo tiene que lavar permanentemente porque eso es un lodazal. El tanque está dentro de la casa.

Yo me levanto con mucho frío, a veces a las cinco, otras a las seis. Lo primero que hago es *chichí*, me lavo la cara y me cepillo, ya volteo a la cocina a poner las ollitas al fogón, a poner agua de panela y arrozito, si hay.

Cuando hay que madrugar, madrugo; cuando no, duermo. Cuando está lloviendo ahí sí que no me gusta levantarme ligero, o monto las ollas y vuelvo y me acuesto y les voy dando vuelta. De ahí hago desayuno, reparto desayuno, arreglo la cocina, tiendo las camisas, barro y ya. Monto la sopita para el almuerzo y me pongo a lavar. Bueno, cuando tengo que mandar las niñas al colegio las organizo, les doy desayuno y las despacho, y yo me quedo haciendo mis quehaceres. Lavo la ropa, la extiendo y de ahí me organizo yo. Ya me siento a ver novelas si hay ánimo, sino dejo eso apagado, me paro por ahí o me voy a donde mi mamá un ratito. Ya se oscurece y a dormir otra vez. Y así me la paso.

Hay días que paso bien y hay otros días que paso aburrida, tensionada, con ganas de salir corriendo. Yo me pongo a orar. Cuando estoy alegre prendo la grabadora, o prenden música por ahí y me paro a escuchar o a escribir bobadas en los cuadernos. Cuando estoy muy aburrida voy a sentarme a esos pinos. Me voy por allá, doy la vuelta y vuelvo.

Hoy soy una mujer con ilusión de algo más, de una casa digna. Yo quiero tener una casita digna. Me mantengo aburrida aquí, más que todo cuando llueve. Todo esto me tiene como aprisionada de pensar. Tantos años aquí y nosotros viviendo en la misma situación. Hace siete años vivimos aquí y por supuesto nosotros estamos en zona de alto riesgo. Nos iban a sacar y no pudieron y aquí estamos esperando qué piensan de nosotros, pues lo que pedimos no es riqueza sino vivienda digna y trabajo para poder vivir me-

jor, ya que nuestro ranchito se nos moja cuando llueve. Nos quedamos aquí hasta que Dios quiera. Aquí termina nuestra historia.

Luz Amparo

Cuando Amparo está triste toma un cuaderno y escribe, o se va para Los Pinos, un bosquecito que bordea el asentamiento de desplazados donde habita. Escribe como su abuela, una maestra de pueblo, le enseñó cuando era niña, y en el bosque respira profundo y recuerda su parcela verde, hogar de árboles y animalitos.

De su hija mayor, que alguna vez fue conquistada por un guerrillero, sabe muy poco. Los demás, viven bajo su techo de lata y soportan con ella el hambre, la estrechez, el polvo cuando hace sol y los pantanos que se forman dentro de la casa cuando llueve. Por eso ella sueña, y pide, una casa digna para vivir.

asta en el piso los taca, dormir
vueno ya todo eso paso por que ahora
mi madre esta luchando por los hijos
que con esfuerzo a levantado
por que sufríamos mas con el que
ahora que estamos solos por que
realmente el era tan chorrativo
con la comida que comprava unos
cuantos granos de arroz y abia
que tasacebos a el y a nosotros los
mantenia con las peores cosas por que
decia que nosotros eramos unas mulas
queno le serviamos para nada y los
trataba de eso parriva y no conosco
peor tratodel que el ~~para~~ los dio a nosotros
y aunque mi madre hacia lo posible
para que el no las tratara tan mal todo
era embano por que la cogia con
un machete y le dava plan ahora
cuando empeno a trabajar a ya en
bolembdo cuando yegava tipo seis y
medi o siete de Noche el saludo que

Historias de conflicto

Cristina Guzmán Pérez
Yuri Guzmán Pérez

Tarso, Antioquia, es uno de los municipios más pequeños del Suroeste, tiene un ambiente agradable, algunas personas son chéveres. Tiene un paisaje hermoso, entre otras cosas. Allí vivía toda nuestra familia.

Nuestra madre se llama Etergiria, vivía con mi abuelita llamada Blanca y con algunos hermanos, los demás decidieron vivir en Medellín. Nuestra madre sufría el maltrato, las humillaciones e insultos de su madre. Cuando tenía ocho años ya tenía que saber lavar, despachar a su padre, cocinar, entre otras cosas.

Mamá ha sido víctima de la violencia varias veces y ha quedado viuda tres. La primera vez que fue víctima y quedó viuda fue cuando asesinaron a mi papá en Villa Hermosa por líos amorosos. La segunda, cuando mataron un hermano de ella, mi tío Jaime, unos hombres encapuchados. La tercera, cuando se ahogó un esposo de ella en el río Cauca. La cuarta, cuando mataron a Wilson, un hijastro de ella, en Tarso. Y la quinta, cuando desapareció su último esposo, en Bolumbolo.

En estos cinco casos mi madre ha sido víctima y la han marcado tanto a ella como a sus hijos. En esta ocasión vamos a contarles las muertes de Jaime y Wil-

son y la desaparición de uno de nuestros padrastros. Las dos primeras historias las escribió Cristina, la menor, y la última, por tenerla muy viva en el recuerdo, Yuri.

Jaime

Yo tenía cuatro años cuando conocí un tío llamado Jaime. Él era honrado, honesto, trabajador y responsable, entre otras cosas. Y para mi madre y mi abuela era el mejor hermano e hijo. Él vivía en una vereda llamada Tacamocho, con su madre y algunos hermanos. Él antes trabajaba en una vereda llamada La Arboleda, jornaleando en un cultivo, desyerbando y abonándolo. Cinco meses después a mi tío le propusieron trabajar en un mercado y él aceptó. Mi tío empezó a trabajar en el mercado. Allí llevaba meses trabajando.

Eran las dos primeras semanas de marzo de 1995. El patrón le estaba preguntando que él con quién tenía problemas, y mi tío Jaime se sorprendió y le dijo que con nadie, pero que había personas que le tenían envidia y lo odiaban. El patrón le dijo: “Muchacho, esto te va a traer muchos problemas”. A la tercera semana el patrón le dijo que por ciertas personas lo mejor era que se fuera del pueblo antes de que lo mataran. Mi tío salió del trabajo sorprendido y asustado y fue a la casa y le contó a mi mamá. Luego le dijo que él no sabía qué hacer. Mi mamá le dijo que lo mejor era que se fuera para que no corriera riesgos. Mi tío Jaime dijo que no iba a hacer caso, porque quien nada debe nada teme. Mi tío siguió trabajando.

Él, cada que salía, iba un rato a la casa a saludarnos y a saber cómo estábamos todos. Un día como cosa extraña salió del trabajo a las nueve y treinta de la noche. Él vio que estaba muy tarde pero como de costumbre fue a la casa. Mi mamá le abrió la puerta y lo saludó y le dijo que porqué había salido tan tarde. Mi tío le dijo que él no sabía. Mi tío entró a la casa, saludó y le dijo a mi mamá que se iba a ir porque ya estaba muy tarde, y que mi abuelita seguramente estaba preocupada. Él, como cosa que no hacía nunca, le dijo a mi mamá que le diera la bendición y un beso. Ella hizo lo que mi tío le dijo. Él fue y nos dio un beso a cada uno y nos dijo que cuidáramos bastante a mi mamá, que nos portáramos bien y que nos iba a extrañar mucho. Yo le pregunté: “Tío, ¿para dónde te vas a ir?” Él me dijo que para ninguna parte, que sólo iba para la casa.

Él salió de la casa y nosotros nos paramos en la puerta y vimos que él se iba estregando los ojos como si estuviera llorando. Al día siguiente, mi tío salió a las seis de la mañana para su trabajo. Cuando llegaron las dos de la tarde, él le dijo al patrón que si lo dejaba ir para la casa porque estaba enfermo. El patrón le dijo que si se sentía enfermo porqué había ido a trabajar. Mi tío se quedó callado. Ese día salió a las cinco de la tarde. Mi tío le dijo al patrón que él se sentía cansado y enfermo y que posiblemente al otro día no iba a ir. El patrón le dijo que no se preocupara que no lo iba a necesitar.

Mi tío se fue por un sector llamado Los Extramuros, del cual las personas decían que era muy peli-

groso. Él caminó cuatro cuadras y de un momento a otro sintió que bajaba una moto súper rápido y volteó a mirar hacia atrás, y vio que eran dos tipos vestidos de negro. Cuando llegaron donde estaba él, esos dos tipos le dispararon tres veces. Toda la gente escuchó los disparos y nadie quería salir de su casa.

En esos momentos yo pensé en mi tío, abrí la puerta y miré para abajo y para arriba. Cuando miré para arriba vi una persona en el piso, sangrando demasiado. Yo reparé bien y vi que era mi tío el que estaba extendido en el piso. Yo salí corriendo, llorando y gritándole a mi mamá que mi tío estaba muerto. Cuando yo llegué, él estaba calientico, pero era tarde porque mi tío había fallecido. Mi mamá llorando abrazaba a mi tío. Al mucho rato le hicieron el levantamiento. Luego se lo llevaron para hacerle la necropsia.

Mi mamá se fue a darle la noticia a toda la familia; mi abuela y mi abuelo todavía no podían creer que su mejor hijo estuviera muerto. Mis tías no paraban de llorar. Al día siguiente, con mucha tristeza y con mucho dolor al pensar que no lo volveríamos a ver, lo enterramos. Nunca supimos porqué ni quién lo mató.

Wilson

Un tiempo antes, mi abuela conoció un señor llamado Alcides Taborda. Él era un señor alto, malgeniado, nació en 1952, era trozo, color trigueño. Mi abuela sacó a mi mamá de la casa para que se fuera a vivir con él. Él se la llevó obligada. En ese tiempo yo tenía un año. Mi hermana Yuri, dos, y mi mamá había tenido otra hija llamada Cindy. Ella tenía quince días

de nacida. Mi madre sufría el maltrato de ese señor. Ella llevaba tres años sufriendo al lado de él y en ese tiempo quedó en embarazo. Ella no se aguantó más y se fue de la casa con sus tres hijos.

Después de la muerte de Jaime, Alcides amenazó a mi mamá diciéndole que si no se iba con él le iba a hacer perder el hijo que estaba esperando, que porque ella sabía que él no quería ese hijo. Mi mamá se asustó y sin querer perder su hijo se fue con él para La Virgen, un sector del municipio de Tarso. Cuando llegamos, él cogió a mi mamá, la golpeó, y le dijo que no se volviera a ir del lado de él.

En esos días nos bautizaron a mi hermana y a mí. Yo tenía cinco años con algunos meses y mi hermana seis años y medio. En esta edad nosotros teníamos que saber cocinar, trapear, planchar. Si no sabíamos o no queríamos hacer lo que él dijera nos cogía del pelo, son daba contra un palo, luego nos daba con un lazo y teníamos que hacer lo que él dijera.

Alcides había comprado unos marranos y a mi mamá le tocaba ir por el *aguamasa*. En esos momentos él trataba de violarnos a Yuri y a mí. Un día mi mamá se fue por el *aguamasa* y como él tenía una carpintería nos cogió a Yuri y a mí y nos metió para el taller y nos bajó los calzones. Él se estaba desabrochando el pantalón y en esos momentos llegó mi mamá, y cuando abrió la puerta y vio todo, mi mamá cogió un palo y le dio en la espalda. Luego nos subió los interiores y nos escondió en el clóset para que él no nos fuera a pegar. Él cogió a mi mamá del pelo y le dio contra un árbol. Luego la cogió y la golpeó con un

puño en la cara y con un lazo, dándole en la columna. Luego mi mamá cada que iba por el *aguamasa* nos llevaba a nosotros.

Antes de que pasara todo Alcides tenía una esposa llamada Senaida y cuatro hijos: Yamile, Wilson, Angélica y Hernán. Wilson decidió ir a pasear unos días a nuestra casa y cuando vio el maltrato y las humillaciones de su padre para mi madre decidió ir por toda su ropa para vivir con nosotros. En esos días nació mi hermano Estiven.

A los dos meses Alcides dijo que había vendido esa casa, que sólo le quedaba Corinto, que era un pedazo de tierra. Quedaba a una hora de Pueblo Rico y también a una hora de Tarso. Y que nos íbamos a vivir a Pueblo Rico. Al mes de habernos ido apareció Wilson. Era una persona que yo no conocía muy bien, pero con el tiempo logré conocerlo y era una persona muy rabiosa, no le gustaba para nada la injusticia y el maltrato. Era cariñoso y sencillo. Cuando él veía que su papá maltrataba a mi mamá se ponía de mal humor, le daban ganas de golpearlo y de la rabia se cortaba las venas. La relación de él con su padre no era muy buena. En cada momento discutían y se enojaban y por poco les daban ganas de golpearse.

Alcides obligaba a trabajar a mi mamá en la carpintería, cosa que a Wilson no le gustaba para nada. A pesar de que él no era mi hermano, nos bañaba, nos ayudaba a hacer los oficios, nos despachaba para el colegio, y los fines de semana nos llevaba a misa y a comer helado. Él se fue encariñando con nosotros y con mi mamá.

Pasaron varios días y Wilson le dijo a mi mamá que se fueran a vivir juntos, que se escaparan de su padre. Mi mamá le dijo que no porque le daba miedo. Wilson le dijo que él no la quería ver sufriendo más a ella ni a nosotros. A Wilson le dio rabia porque le dijo que no, se fue para la pieza de él y se cortó las venas.

En esos momentos llegué yo y él estaba llorando. Yo le pregunté que porqué lloraba y me dijo que la vida era muy injusta con él. Él cogió un santo pequeñito, llamado Divino Niño, y su cobija y me los entregó y me dijo que cuidara estas dos pertenencias de él, y que nunca lo olvidara porque a pesar de que no éramos hermanos, él nos veía así. En pocas horas él le dijo a mi mamá que se iba a ir para Tarso y luego se iba a pasar por La Arboleda para ir a Corinto. Corinto, a pesar de que era apenas un pedazo de tierra, producía toda clase de verduras, frutas, plátanos, frijoles.

Wilson se despidió de todos. A las cinco de la tarde mis tíos Jorge y John Fredy se fueron con él para la cancha de Tarso, en donde había un palo de aguacates. Cogieron aguacates y a las seis de la tarde se despidieron de Wilson. Él cogió rumbo a La Arboleda. En esos momentos estaba haciendo mucho frío y sacó su chaqueta. Se la puso y siguió caminando.

A las ocho y treinta llegó a la entrada de La Arboleda. Según me cuentan en esos momentos llegaron tres hombres vestidos de negro. Nunca se supo que le dijeron ni por qué lo pusieron a cargar unas piedras grandotas. Él cargaba las piedras con su chaqueta y su bolso. Uno de los tipos le dijo que la chaqueta estaba muy *bacana*, que se la prestara que estaba haciendo mucho frío.

Wilson dejó de cargar las piedras, se agachó para descargar el bolso cuando sintió el primer tiro en el pecho. El tiro le destapó la espalda. El cayó al piso, se alcanzó a arrastrar un poco. Cuando vieron que se estaba arrastrando lo cogieron, lo voltearon y le dieron otro tiro en la frente que le destapó la de la cabeza, le sacó todos los sesos y los huesitos. Él murió con el segundo.

A las diez de la noche en mi casa se cayó un loco-ro con platos de loza.

Al día siguiente llamaron a la casa diciéndole a mi padrastro, Alcides, que su hijo estaba muerto. Él no sabía qué hacer. Le dijo a mi mamá, luego se organizaron y cuando iban a salir yo pregunté: “¿Para dónde van?”. Mi mamá me dijo: “Para el entierro de Wilson”. Yo y mis hermanas reaccionamos llorando y recordamos cuando él nos decía que nos iba a cuidar de su padre, y nos iba a proteger del maltrato.

Cuando bajaron a La Arboleda ya le estaban haciendo el levantamiento. Le tomaron fotos, luego lo llevaron para Tarso y allí le hicieron la necropsia. Cuando terminaron, los médicos preguntaron que quién lo iba a organizar y mi mamá dijo que ella. Mi madre me dice que le tocó meterle los sesos en la poca cabeza que le había quedado y que en la espalda tenía un huecote impresionante, que ella pensó que la tristeza y los nervios no la iban a dejar organizarlo. Pero con nervios y con tristeza lo organizó. Luego lo llevaron para un salón en el que lo velaron. Al velorio llegaron su mamá y hermanas. Al mucho rato la madre de Wilson le salió echando la culpa a mi mamá.

Al día siguiente lo fueron a enterrar y cuando mi madre iba entrando al cementerio Senaida la sacó y le dijo que no podía entrar. Mi madre le dijo que porqué y ella dijo que porque a ella no le daba la gana de dejarla. Mi madre se quedó afuera del cementerio y Senaida se fue a discutir con Alcides. Luego se formó un despelote y quebraron el vidrio del ataúd. Con el vidrio quebrado lo enterraron. Pasaron los días y la casa estaba llena de tristeza.

Mi madre vivió con Alcides siete años. Cuando yo tenía trece años, por curiosidad, esculqué el cajón de mi mamá donde estaban las fotos de Wilson cuando muerto. Cuando las vi nunca supe que había tenido una muerte muy dura.

Alcides

Algunas personas dicen que está vivo y otras dicen que está muerto. Pero realmente no saben la historia que a mí, a mis hermanas y a mi madre nos tocó vivir con él. Yo se las voy a contar para que la sepan de principio a fin. Todo empezó en Bolombolo, un corregimiento que queda a unos pocos minutos de Tarso, por ahí a cincuenta.

Mi padre, o más bien mi padrastro, era un hombre muy impulsivo con nosotros, pero en especial con mi madre. Él era un hombre alto, grueso, malgeniado y su vestir lo hacía ver más inflexible. Su mirada era demasiado fuerte. Él empezó a trabajar como carpintero. Todo hay que decirlo: hacía muebles hermosos. Pero para qué. En vez de hacer para la casa, le decía a mi madre que desocupara las pertenencias de no-

sotros para venderlas. Realmente la palabra lo dice. Nos mantenía *barridos* porque hasta en el piso nos tocó dormir.

Bueno, ya todo eso pasó. Ahora mi madre está luchando por los seis hijos que con esfuerzo ha levantado. Sufríamos más con él que ahora que estamos solos. Realmente él era tan ahorrativo con la comida que compraba unos cuantos granos de arroz para tasarlos entre él y nosotros. Nos mantenía con las peores cosas porque decía que nosotras éramos unas mulas que no le servíamos para nada y nos trataba de eso para arriba. Yo no conozco peor trato que el que él nos dio a nosotras, y aunque mi madre hacía lo posible para que él no nos tratara tan mal, todo era en vano porque la cogía con un machete y le deba plan.

Cuando empezó a trabajar allá en Bolombolo llegaba tipo seis y media o siete de la noche. El saludo que le daba a mi madre era un golpe y así era la mayoría del tiempo que vivió con nosotros. Después de empezar a trabajar fue cuando empezaron los problemas con él. Además, esos problemas fueron la causa de la desaparición de él.

Él tenía la costumbre de viajar en un pequeño colectivo que salía de Tarso a las cinco y media de la mañana y regresaba en el bus de las siete y media u ocho de la noche. Era una jornada dura pero así se la pasaba. Bueno, había días que llamaba y le decía a mi madre que no lo esperara porque se iba a quedar en el sitio de trabajo y que al día siguiente le mandara el almuerzo. Así fueron varios días que a mí me tocó bajarle almuerzo. Me subía con él en la noche, cuando

terminaba el trabajo. Un miércoles 23 de julio llamó a mi madre y le dijo que no iba a subir. Entonces mi madre le dijo que al día siguiente mandaba a Estiven, mi hermano, en el bus de las doce del día, cuando regresara de la escuela. Pero a mí me entró curiosidad por llevar el almuerzo, entonces le dije a mi hermano que yo iba ese día y el iba al siguiente día. Él aceptó.

Entonces yo apenas salí de la escuela me fui para la casa, me cambié el uniforme y me fui. Me acuerdo que me fui con pantaloneta y una camiseta. Mi mamá me entregó el almuerzo y yo fui a esperar el bus que bajara de Pueblo Rico hacia Tarso. A las doce del día bajó el bus pero yo pensé que no iba a poder subirme porque iba demasiado lleno. De todas maneras me las arreglé y me subí, aunque me tocó viajar parada.

Llegué sin saber la noticia que me esperaba. Me bajé del bus a la una y cuarto y el taller donde trabaja mi padraastro estaba cerrado. Yo me asombré porque estaba la madera afuera y la puerta de atrás estaba medio cerrada. Yo, al ver que no había nadie, me salí para la calle.

Al rato de yo estar ahí afuera sentada llegó don Carlos, un gran anciano que vendía bateas, cucharas y muchas más cosas de palo. Él me dijo que el taller no había abierto ese día. Yo me asombré y le pregunté que por qué. Él me respondió en pocas palabras que a mi papá se lo habían llevado pero yo no entendía porqué.

Entonces el anciano me dijo: "Yury, es mejor que espere a Palomo". Yo le pregunté que por qué lo tenía que esperar a él. Don Carlos me respondió que era que Palomo me iba a explicar mejor qué había pasa-

do. Él era el compañero de trabajo de mi papá. Yo, sin entender nada lo esperé, pero llegaron las cinco de la tarde y él todavía no llegaba. Y a mí ya me estaban dando nervios porque se estaban pasando más y más las horas. Al fin llegó, a las cinco y media. A mí me dio un poco de miedo por su actitud. Él me dijo que a mi papá se lo habían llevado los paramilitares. Yo, asombrada y con los ojos llorosos, le pregunté cuándo y a qué horas lo habían sacado. Él me dijo que eran las seis de la mañana cuando lo sacaron, que lo montaron en una camioneta negra, y que habían pegado para el lado del río.

Palomo me dijo que fuera al taller y que sacara la ropa que mi padrastro tenía allá. Yo toda asustada y con miedo fui y la cogí pero cuando vi la camiseta del trabajo salí y le pregunté a Palomo que con qué camiseta lo habían sacado. Me respondió: “Fue que a él lo sacaron esposado y sin camiseta”. No pude contenerme y me puse a llorar. Él me dijo que no llorara más y que subiera al pueblo y le dijera a mi mamá que bajara a conversar con él. Entonces yo cogí la ropa y los trastes del almuerzo del día anterior y me fui a esperar el bus.

Cuando llegué al pueblo mi mamá nos estaba esperando a los dos. Al ver que iba sola y con el almuerzo me preguntó que dónde estaba mi papá. Yo aterrada y asustada no sabía cómo decirle. Ella volvió y me preguntó que dónde estaba mi papá. Yo le respondí con estas palabras: “Mami, a mi papá lo sacaron del trabajo y se lo llevaron esposado”. Pero mi mamá no me dejó terminar, se puso a llorar. Doriela, una veci-

na que estaba con ella esperándome, le decía que no llorara más, pero mi madre no se podía contener. Al mucho rato cuando ya se calmó yo le dije que bajara al taller que Palomo necesitaba hablar con ella.

Esa noche mi mamá no encontró la forma de bajar.

Al otro día, jueves del mes de julio, mi mamá se madrugó a las cinco de la mañana y fue y le dijo al chofer del bus que si la iba a bajar. Le comentó lo que había pasado. Entonces él la bajó. Cuando llegó al taller se encontró a Palomo. Mi mamá le preguntó qué había pasado. Él le comentó cómo se lo habían llevado, pero también le dijo que si quería pasar unos días más con los hijos, no lo buscara. Pero mi mamá le avisó a la familia de él. Al otro día llegaron los tres hijos de él y las hermanas. Se reunieron todos y lograron conseguir un permiso para buscarlo río abajo hasta el puente de Occidente, junto a Santa Fe de Antioquia. Pero nada dio resultado.

Se fueron a amanecer a Santa Fe de Antioquia. Al sábado Elvia, una de las hermanas de Alcides, se madrugó a buscarlo por la orilla del río. Cuando lo estaba buscando se encontró con una señora que le dijo: “Elvia, ayer amarraron un cuerpo que bajaba por el río. Si quiere venga y lo mira”. Elvia fue. Tenía las mismas características. Pero Elvia llorando regresó. No porque lo hubiera encontrado sino porque ese no era él.

Desilusionados por no haberlo encontrado se fueron para Tarso. A la casa llegaron como a las dos de la tarde. Llegaron sucios y hasta con hambre. Elvia

insistía en volver a buscarlo. Ella se regresó pero del puente de Bolombolo no la dejaron seguir. Ella, con el llanto en los ojos, regresó a la casa. Después de que a mi mamá le hicieron una llamada y le dijeron que no lo buscara más ya todos se dieron por vencidos. Lo único que pudieron hacer fue una misa.

Pasaron los días, los meses y el año. Cuando al año empezaron a hacer llamadas muy extrañas, preguntando por mis hermanos menores. Pensábamos que era él, pero eran falsas ilusiones para mis hermanos menores y hasta para mi mamá. Después de haber recibido cuatro o cinco llamadas no se volvió a saber nada de él.

En estos momentos lo hemos recordado nuevamente.

Yuri y Cristina

Cristina y Yuri narran - a cuatro manos- las tragedias de su madre que también son suyas y de los otros cuatro hermanos medios. Yuri, de diecisiete años es rubia, alta y risueña.

Estudia los domingos porque ir de un pueblo a otro cada vez algo malo le ocurría a su familia, le impidió estudiar con constancia.

Cristina, de dieciséis, volvió al colegio en 2006 y asegura que no quiere regresar a su pueblo aunque aquí le toque cocinar en un comedor de religiosas para asegurar que su familia desayune y almuerce todos los días.

Escribir en equipo les generó a las hermanas preguntas sobre su pasado, discusiones sobre las versiones de los hechos y les permitió compartir con su madre historias por las que no le habían preguntado.

PERO ESA FELICIDAD DURÓ MUY POCO, POR QUE LOS "BARRENDEROS" NO ERAN PRECISAMENTE LOS ASEADORES DEL BARRIO, SINO QUE A VIOLADORES, LADRONES ENTRE OTROS LOS IBAN QUEBRANDO. POR NO CUMPLIR CON LAS REGLAS QUE AVIAN IMPUESTO.

ME ACUERDO YO CUANDO EN EL BARRIO SE PORTABAN ESAS BALACERAS, PERO YO TRANQUIL POR QUE MIS HIJOS ESTABAN DORMIENDO. DECIA DOÑA GLORIA.

LO QUE ELLOS NO SABIA, ERA QUE LOS OCACIONANTES DE SEMEJANTE TIADACE ERAN SUS HIJOS.

EN ESA EPOCA LA FAMILIA DE ESAS BALACERAS SE FORTABAN POR TERRITORIOS. CON LOS DE TRES ESQUINAS Y LOS DE ALTO BONITO QUE PERTENECIA A LA (SIERRA) Y NO SOLO POR ESO, TAMBIEN POR UN "SAPD" QUE HACE UN AÑO ESTABAN ^{LOS DE ARRIBA} BUSCANDO PARA QUEBRARLOS, YA QUE LOS DE ALTO BONITO ~~PLA~~ ~~NEBANA~~ PLANEABAN ALGO Y LOS DE ~~ABAJOS~~ ^{TRES ESQUINAS} ~~ABAJOS~~ SO.

Los Barrenderos

Marlin Yuliana Benítez Mosquera

Álvaro. Ese era el chacho de la cuadra, el *tumba locas* por no decir más. Tras de que era el hijo de mi tía Gloria, la presidenta de la acción comunal, hacía parte de Los Barrenderos, la banda de aseadores del sector.

Él no era el único hijo de mi tía Gloria, ella tenía tres más. Dos mujeres, Verónica y Leidy, y Carlos, quien más adelante iba a causar la desgracia de la familia Acosta.

Álvaro, a sus diecisiete años, ya tenía dos hijos, uno de un año y el otro de ocho meses, de distintas madres, quienes siempre que se veían se querían sacar los ojos. Él era un tipo pinta, alto, moreno y muy alegre.

Carlos. Él también era lindo, y al igual que su hermano vestía bien, era un poco bajo, tenía quince años, era moreno y le fascinaba verse como su hermano. A mi tía le gustaba mucho verlos tan unidos.

Pero esa felicidad duró muy poco porque Los Barrenderos no eran precisamente los aseadores del barrio. Era una gran pandilla que se formó porque no les gustaba que los de abajo tuvieran más poder que ellos. Eran como unos 69 muchachos, aproximadamente, ya que el barrio se divide en nueve sectores.

Y claro, impusieron sus reglas. No se podía robar ni violar y sobre todo las mujeres no podían estar hasta altas horas de la noche en la calle. Y a los ladrones y violadores que no las cumplían los iban quebrando, pues los mismos Barrenderos vigilaban el barrio.

“Me acuerdo yo cuando en el barrio se formaban esas balaceras, pero yo estaba tranquila porque, supuestamente, Álvaro y Carlos estaban durmiendo”, decía mi tía Gloria. Lo que ella ni el resto de la familia sabíamos era que los causantes de semejante matanza eran ellos, Álvaro y Carlos.

En esa época la mayoría de las balaceras se formaban por territorios entre los de arriba y los de abajo. Pero no lo hacían sólo por eso. Había un *sapo* que los de arriba estaban buscando, ya que cuando planeaban algo, los de abajo se daban cuenta porque el *sapo* les contaba. Este *sapo* decidió jugar en los dos bandos porque le estaban pagando y con la plata que ganaba podía ayudar a su familia.

El barrio vivía con mucho temor y cuando se iba a calentar avisaban en el colegio que no dejaran salir a los niños por que eso iba para largo, y todo gracias al *sapo*.

Lo que Los Barrenderos no se imaginaban era que el *sapo* era Carlos, el hermano de Álvaro.

¿Se preguntarán cómo se dieron cuenta de que Carlos era el *sapo*? Pues porque al otro lado había un amigo del jefe de Los Barrenderos, el cual les contó que había visto a Carlos hablando con los *manes* de abajo.

Y por supuesto ellos quisieron probarlo sin que Carlos y Álvaro se dieran cuenta. Una tarde mandaron

llamar a Carlos para decirle que en la noche iban a coger a los de abajo; y claro, ¡vaya sorpresa! Cuando bajaron, ya los otros estaban preparados.

Con eso que había pasado en la noche se dieron cuenta de que Carlos era el dichoso *sapo* al que tanto habían buscado.

Al otro día llamaron a Carlos a una reunión en el cafetal de don José, y claro, Carlos muy fresco y con su *tumbao* se fue para la supuesta reunión. Lo que él no sabía era que ese sería su último día.

Cuando llegó, sin que se pudiera escapar, lo amarraron en un árbol de mango, lo golpearon y lo insultaron. En el momento que lo iban a matar llegó Álvaro y sin saber por qué iban a *quebrar* a su hermano lo quiso defender y el mismo jefe, que quería tanto a Álvaro, le dijo: “La lealtad vale más que un cariño” y de un disparo en la frente mató a Álvaro y con dos más, a Carlos.

Cuando todos nos dimos cuenta casi nos morimos sin saber por qué los habían matado y peor todavía para mi tía Gloria que no sabía qué iba a hacer con sus dos hijas pequeñas.

Todos nos dimos cuenta del porqué de lo sucedido el día del entierro de mis primos, cuando Los Barrenderos nos explicaron la razón por la cual los habían matado. “Me dio mucha rabia con ellos por lo que me le hicieron a mis hijos, y más rabia todavía enterarme de que ellos hacían parte de una banda de delincuentes”, dice mi tía Gloria.

Ya han pasado muchos años y mi tía tiene cinco nietos, incluidos los dos hijos que dejó Álvaro.

Lo que ahora mi tía Gloria dice sin Álvaro y sin Carlos es que: “Las cosas suceden porque tienen que suceder y no porque uno quiera. Ahora estoy feliz porque estoy rehaciendo mi vida y tratando de olvidar todo el dolor y el sufrimiento del pasado, ese que no quiero volver a recordar, o tal vez sí, para no cometer los mismos errores del pasado”.

Marlin Yuliana

Cuando está aburrida se sienta a leer un libro y pocas veces la ronda el mal humor. En su rostro nunca falta una sonrisa y siempre es la encargada de animar a sus amigos. Es la representante del grupo séptimo tres del Colegio Gabriel García Márquez, y siempre le pone mucha atención a las clases de ciencias naturales, su materia favorita. A sus 14 años ya ha pasado por diferentes barrios de Medellín y todos le han mostrado la cara del conflicto armado, Una realidad que no sólo tocó a sus vecinos. Sus familiares también se vieron involucrados en esa historia de muerte que envuelve a la ciudad.

Mi amigo Mello

Jesús Eduvier Correa Echavarría

Esta historia sucedió en el barrio Juan XXIII La Quiebra, y trata de cómo una persona pasa de ser víctima de la violencia a formar parte de ella y de cómo muchas veces uno no corre con la suerte de otros y termina como menos piensa.

Lo que les voy a contar trata de Francisco, un amigo que tuve en el colegio del barrio donde yo vivía. Lo conocí cuando estaba con mis compañeros jugando fútbol. Él llegó con sus amigos y me dijo que si lo dejábamos participar, nosotros lo dejamos y desde ese momento me di cuenta de que lo conocían como Mello. Yo le pregunté que si tenía un hermano gemelo y él me respondió que no, que le decían así por su hermano mayor al que se parecía mucho. Me acuerdo que era un *monito* de ojos claros con pinta de *nerdo*. Siempre llevaba el pelo engominado y unas gafas recetadas. No teníamos la misma edad pero nos la llevábamos muy bien. Cuando empecé a conocerlo él estaba en once y yo en séptimo.

Como les decía, esta historia trata de Mello, conocido así por su hermano, que a pesar de no ser su gemelo, se parecía mucho a él. Carlos, así se llamaba el hermano de Mello, tenía un grave problema con las

drogas, cosa que era mal vista por todos en el barrio. Hasta que un día lo mataron porque supuestamente estaban haciendo limpieza, que incluía viciosos, *sapos*, problemáticos y milicianos de la guerrilla. A Mello que le hayan matado a su hermano le dolió mucho, y cuando lo vio gritaba: “¡Ojalá supiera quiénes fueron los *malparidos* que mataron a mi hermano para ir a matar a esas *gonorreas*!” Y algo que también lo hacía sentir muy mal era ver a su madre llorando como una Magdalena por lo de su hijo.

Cuando terminaron de enterrar a Carlos todo volvió a ser como antes. Mello siguió con sus estudios en los que se desempeñaba muy bien, hasta el punto de ganarse una beca para entrar a la universidad. Él estaba muy contento por esa oportunidad y decía que sacaría adelante a su madre.

Pero pasó algo que le cambió los planes. A su tía también la mataron. Ella era la única persona que había estado consolando y apoyando a su madre en los momentos de tristeza, y seguramente fue por los chismes de la gente, pues decían que ella les lavaba la ropa y les guardaba las cosas. Para Mello esto fue demasiado, y algo que él no soportaba era ver a su madre sufrir tanto y en un estado tan deprimente, hasta el punto de que ya no le dirigía la palabra. Por eso él decidió meterse a la milicia y desde entonces no volvió a ser el mismo, porque Mello, a pesar de ser una persona tranquila, era muy rencoroso. Tanto así que abandonó el colegio y se dedicó a combatir en el barrio.

En el morro, un sector del barrio conocido así por su altura y por los cafetales, se estaba desarrollando

un campamento de paramilitares, cosa que complicaba aún más la situación, pues desde allí empezaron los verdaderos combates noches enteras y día tras día.

Cierto día Mello pasó sin camisa, raspado y echando sangre como si se hubiese rodado por el cafetal. Ya no era la misma persona que yo conocí en el colegio. Se le notaba la rabia y el rencor en sus ojos. Hasta cambió su forma de vestir, dejó las camisas por las camisetas largas, usaba pantalones de *gomelo* y una vez lo vi sin gafas. Sus compañeros lo llegaron a conocer como un duro y lo veían como una persona de respeto.

Un día, cuando todo estaba calmado, subió por mi casa y se quedó hablando conmigo. Me contó algo que me dejó sorprendido, que tenía una novia y que además estaba esperando un bebé, cosa que me puso a pensar por un buen rato.

Cierto día subieron los soldados y se formó una balacera casi de todo el día. Mataron cuatro milicianos y cogieron a dos. Entre los capturados estaba Mello. Las guerras continuaron. Pasó un año y las balaceras no mermaron hasta que los *paracos* decidieron retirar el campamento.

Después de esto, por cosas del destino, apareció Mello. Ya no estaba solo, sino con su hijo, con su novia y con su madre. Se dirigían a la iglesia y yo también me dirigía a la iglesia. Lo saludé y empecé a hablar con él. Ya no tenía esa mirada de rencor en sus ojos, y me dijo que no seguiría en las guerras y que se dedicaría a su familia; además, me dijo que estaban viviendo juntos en una misma casa.

Pero un día sucedió algo que acabaría con la historia de Mello y ampliaría más el sufrimiento de su madre, que ahora sólo contaría con su nieto y con la persona que su hijo había escogido para compartir su vida. A Mello lo mataron en la terminal de buses del barrio. Cuando a mí me llegó la noticia fui a ver y efectivamente estaba él tirado en el piso con un letrero que decía: “Por *sapo*”. Un letrero que sólo es capaz de colocar una persona que no tiene sentimientos y que nunca ha visto el sufrimiento de una madre.

Jesús Eduvier

Le gusta ver reír a sus amigos y siempre lo logra con su repertorio de chistes. Pero para él no todo es risa, pues es muy sentimental y casi nunca puede contener las lágrimas. En unos años quiere ser un experto en computadores para poder trabajar y ayudar a su familia. Dedicar mucho tiempo a las matemáticas, pero tiene claro que no todo es estudiar, por eso participa en los torneos de fútbol del colegio Gabriel García Márquez. La violencia lo ha obligado a vivir en diferentes barrios de la ciudad y en uno de ellos perdió a su amigo Mello.

Navidad y terror

Dioselina Pérez

Navidad y Terror

Me padre, Ángel Antonio, un hombre honesto, trabajador, buen padre, buen amigo, cumplidor de su deber.

Un hombre que le gustaba vivir sólo por Puerto Berrio entre Virginia y Caracolí a orillas del Río San José del Nus.

Le gustaba la vida que llevaban los ermitaños, el aire fresco, el agua limpia, los pastos verdes; estar sólo para pensar en sí mismo, en su familia y en su trabajo.

Tenía como herramienta de trabajo un motor y un cajón que utilizaba para sacar oro en las orillas del Río San Bartolo.

Un día Domingo 25 de Diciembre a la 1 hora de la tarde, se encontraba trasladando su entable para otro sitio donde había cateado un orito, llevaba el motor al hombro por un largo camino; se

Mi padre, Ángel Antonio, era un hombre honesto, trabajador, buen padre, buen amigo, cumplidor de su deber; un hombre al que le gustaba vivir solo por Puerto Berrio, entre Virginia y Caracolí, a orillas del Río San José del Nus. A papá le gustaba la vida que llevaban los ermitaños, el aire fresco, el agua limpia, los pastos verdes; estar solo para pensar en sí mismo, en su familia y en su trabajo.

Tenía como herramienta de trabajo un motor y un cajón que utilizaba para sacar oro en las orillas del Río San Bartolo.

Un día domingo 25 de diciembre, a la una de la tarde, se encontraba trasladando su entable para otro sitio donde había cateado un orito. Llevaba el motor al hombro por un largo camino cuando se encontró con unos hombres armados que lo detuvieron y, como a cualquier delincuente que encuentra la ley después de buscarlo durante mucho tiempo, le ataron sus manos a la espalda y le dijeron que caminara. Sí, que caminara a donde estaban otras personas amarradas como él, que sin ninguna explicación fueron atadas y obligadas a caminar junto al grupo.

De ahí en adelante comenzó su calvario. Hubiese sido preferible estar muerto que haber vivido todo ese

tormento, el dolor de ver con sus propios ojos tanta maldad, tanta cosa fea que en tantos años que tenía nunca le había tocado vivir.

Siguieron caminando y en su primera estación llegaron a una finca llamada Santa Isabel donde habitaban una señora y sus dos hijos pequeños, una niña y un niño de ocho y nueve años respectivamente.

Un hombre flacuchento, alto, enclenque, *caremico* - que no tenía ni siquiera cara de hombre, a quien las armas le daban su hombría porque lo hacían sentir superior frente a esas personas vulnerables, indefensas y algunas no tan inocentes- era el comandante. Fue él quien tocó la puerta de la finca. La señora muy asustada salió y les dijo: “¿Qué quieren?” El comandante, armado hasta los dientes, con una muy mala cara, a quien le corría la maldad por las venas en vez de sangre, le contestó que tenían hambre, que querían comida. La señora, que lo único que tenía en su finca eran unas gallinas destinadas para el sustento de sus pequeños, le contestó que no tenía nada para darles, que sólo tenía el sustento de sus hijos.

El comandante, indignado por la respuesta de la señora, la ultrajó y la llevó a donde estaban las gallinas. Sacó su arma, les disparó a varias de ellas y, sonriendo por la hazaña, le dijo a la señora: “Ahí está la carne para preparar el almuerzo”. La señora muy asustada corrió como si en vez de a los animales le hubieran disparado a ella. Cogió los animalitos y se dirigió a la cocina a preparar los alimentos.

En tanto esto pasaba, los hombres armados se divirtieron a costa de la inocencia de los niños. El co-

mandante sacó su arma y les dijo que les iba a enseñar a bailar. Les disparó entre las piernas y los niños brincaban, saltaban y gritaban. Todo esto lo hacían en medio del terror del momento. Mientras tanto su mamá regresó con una olla muy grande en la que había preparado ya un succulento sancocho. Ella escuchó todas y cada unas de las barbaridades y maldades que le hicieron a sus pequeños, a quienes ni siquiera pudo defender porque un hombre armado la vigilaba.

En agradecimiento por la comida que la señora preparó, la maltrataron física y verbalmente y, por último, la acribillaron a balazos diciéndole que mirara que sí tenía comida para darles.

Las personas que se encontraban amarradas, entre ellos mi papá, se miraron aterrorizadas. No pronunciaron ni media palabra porque cada uno se encontraba amenazado con un arma en la cabeza. En ese momento comenzaron a darse cuenta en manos de quiénes estaban.

La noche, como se la podrán imaginar, fue también caliente, negra y tormentosa como el día, con el cadáver en la mitad del patio. Los niños lloraban sin consuelo alguno porque, al parecer, su papá tampoco estaba con ellos.

El amanecer del nuevo día fue más tormentoso. Los hombres siguieron sentados, amarrados, con hambre, al sol caliente, sin saber con cuál de ellos el comandante, cuando se le acabara la pereza y el ocio, decidiría practicar el tiro al blanco.

Dentro del grupo de delincuentes, *paracos*, se encontraba un muchacho que había conocido a mi papá

desde que estaba muy pequeño. Él, más que nadie en aquel sitio, sabía cómo era el comportamiento de mi padre. Fue donde el comandante y le dijo que él conocía a ese señor, que sabía que era un hombre trabajador, que nunca había estado de un lado o de otro de los bandos. La respuesta del comandante no se hizo esperar. Le dijo que no se preocupara, que si lo quería defender tanto, la única solución era que él diera su vida a cambio de la de mi papá.

Minutos después de todo esto el comandante fue donde mi papá y en vez de desayuno sacó el arma, se la metió hasta las agallas y le dijo que le había llegado la hora de morir. Lo maltrató, lo ultrajó, pero nada más grave pasó porque la marcha tenía que seguir, gracias a Dios.

Las terminales entre Rancho Quemado y La Culebra quedan a dos horas de distancia, pero el cansancio de la gente hizo parecer más extenso el camino. Entre estos dos sitios caminaron durante todo el cautiverio. Un día dormían en un sitio y al otro, en otro.

Ahora recuerdo las palabras de mi padre: “Yo soy campesino de pura cepa, y al campo no vuelvo ni a deshacer los pasos porque la crueldad, la atrocidad y la barbarie cometida por aquellos paramilitares no quiero que mis ojos la vean de nuevo”.

En el grupo de los amarrados había un hombre que estaba acusado de haber sido colaborador de la guerrilla y que por ese motivo se iba a morir. El secuestrado, sin miedo alguno, se le enfrentó al comandante y le suplicó que le contara quién lo había acusado de ser colaborador de la guerrilla, que escuchara

su versión del asunto y que si por eso se iba a morir, moriría tranquilo.

El comandante enfrentó al secuestrado con el delator. Los hombres habían sido muy buenos amigos algunos años atrás. El supuesto amigo llegaba a cualquier hora del día o de la noche a invitar al ahora secuestrado a algún pueblo cercano a hacer una vuelta. Y él, como confiaba en su amigo, sin preguntar qué, ni cómo, salía y lo acompañaba hasta que un día cualquiera se enteró de las tales vueltas a las que su amigo lo invitaba. Él nunca más volvió a acompañarlo.

El comandante, al escuchar la versión del otro, decidió que ambos se iban a morir. Al enterarse de que de todas maneras, aún siendo inocente, se iba a morir, el secuestrado tomó aire y le dijo al comandante que le concediera un último deseo: que lo matara cuando llegaran a lo más alto de la loma porque él pensaba en su familia, en que cargar con un muerto por esa loma arriba le sería muy difícil y, además, que le diera el gusto de, antes de morir él, ver al otro muerto.

Así fue. Cuando terminaron de subir la loma mataron al *paraco* y a unos cuantos metros mataron al secuestrado.

Por otra parte del recorrido se encontraron en el sitio llamado Rancho Quemado, una pequeña terminal a donde llegaban los carros con pasajeros y los arrieros con sus cargas. Estaban allí estacionados y de repente llegaron unos arrieros con sus mulas muy cargadas, cansados, sudados, con hambre por el largo viaje.

El comandante visualizó aquel grupo de hombres que acaba de llegar y como mandado por un rayo o por

el mismísimo diablo se fue hacia donde ellos estaban y les dijo que ellos eran colaboradores de la guerrilla y que por ende tenían que saber dónde se escondía.

Uno de los *paracos* se acercó al grupo armado con una motosierra; esa es su arma letal.

El comandante que ya le había puesto el ojo encima a uno de los arrieros le dijo que él tenía que saber donde se escondían los guerrilleros; lo sacó a un lado del grupo y mientras tanto el *paraco* prendió la motosierra. El arriero suplicaba, gritaba, imploraba y juraba que él no sabía nada de esas personas por las que le estaban preguntando. Eso no valió de nada, otros hombres lo sujetaron por un brazo mientras que el hombre de la motosierra le cortó el otro, luego el otro brazo, las piernas y la cabeza. Así hicieron con cada uno de los arrieros. En últimas la confusión fue peor porque no se sabía de cuál cuerpo era esa cabeza o ese brazo o esas piernas porque todos estaban descuartizados. Los cuerpos se confundían unos con otros.

Mientras ocurría esta masacre, cada uno de los que estaba secuestrado miraba aterrado, no porque gustara de ver, sino porque cada uno tenía un arma en la cabeza para que no se perdieran aquel gran espectáculo.

En el grupo de secuestrados había una señora, chocoana, alta, *acuerpada*. Esta señora era amiga de mi papá. Él a veces se la encontraba en el camino trasladando su entable y le ayudaba. Ella tenía dos niñas. Iba con sus pequeñas al pueblo para meterlas en la escuela cuando se encontró a esos hombres armados que las secuestraron.

El comandante se había conolido, no sé cómo, de las súplicas de ella y decidió que en uno de los carros que estaban próximo a salir, se iría con sus hijas. Entre tanto todos estaban entretenidos en la masacre. El paraco amigo de mi papá le dio con el pie en el trasero sin previo aviso y así lo tiró dentro del carro. La señora, que ya estaba adentro, lo utilizó como silla para ella y sus dos niñas. La marcha del vehículo comenzó y dos horas después mi papá ya no sentía ni la cintura ni las rodillas y le preguntó a la señora que si los venían siguiendo.

La marcha terminó y mi papá regresó a casa vivo gracias a Dios pero con una enfermedad que no se sabe aún cuál es. Al principio temblaba como cuando una persona tiene mal de San Vito, no sostenía ni la cuchara para comer. Ahora está mejor, gracias a Dios, pero mantiene un dolor en la boca del estómago, dice que se siente como si tuviera un perro pegado. Tiene la boca tarjada y reseca, como si en vez de comida se sostuviera a punto de sebo. De esto ya han pasado siete años y aún no ha llegado el médico que descubra la clase de enfermedad que tiene.

Así y todo, él está entre nosotros, entre los vivos, a pesar de toda esta tragedia. Gracias a Dios.

Dioselina Pérez Restrepo

Diosa, como le gusta que la llamen, cuenta la historia de su padre. El viejo se la ha narrado infinidad de veces y ella la recuerda con una claridad capaz de llegar a detalles que erizan la piel. Diosa recoge la voz del padre, precioso homenaje a quien se sabe sobreviviente de una semana de horror y la convierete en las palabras de una hija que todavía no sale del estupor.

En su casa de tablilla, techo de zinc y piso de cemento, Diosa, bachiller y secretaria ejecutiva, escribió a mano este relato mientras soñaba con un computador que le hiciera más fácil la tarea y la comunicara con el mundo, como, según dice ella, deberían poderlo hacer todas las personas con sólo hacer clic.

Jamás olvidaré tu nombre es el resultado de los talleres de escritura De su puño y Letra realizados por Concepto Visual Comunicaciones.

Idea original y dirección:

Patricia Nieto. Periodista.

Asistentes:

Alexandra Catalina Vásquez Guzmán. Periodista.

Lina María Martínez Mejía. Periodista.

Talleristas:

Róbinson Posada. Cuentero

Natalia Botero. Fotógrafa

Dora Beatriz Nieto. Arquitecta

Juan Miguel Villegas. Periodista.

Producción General:

Jorge Mario Betancur. Periodista e Historiador.

Claudia Vásquez. Periodista.

Agradecimientos

- Mabel Quiroz. Profesional del Proceso Cultural
Biblioteca Empresas Públicas de Medellín
 - Saúl Franco. Cemiv Centro Misionero por la Vida
 - Sacerdote Jaime Bravo. Parroquia Santa María
de la Sierra
 - Sacerdote Oscar Vélez. Parroquia Nuestra
Señora de los Dolores Las Estancias
 - Hermana Consuelo Rivas. Templo Comedor
Nuestra Señora de la Caridad del Cobre
-
- Biblioteca Empresas Públicas de Medellín
 - Institución Educativa Gabriel García Márquez
 - Cerfami. Centro de Recursos Integrales para la
Familia
 - Corancón. Corporación Ancón
 - Corporación Región

